

**LAIA SINCLAIR**

**Siempre hay un lugar  
al que ir**

# **Mientras sueñas**

**Rancho Tríplice K**

*Contemporánea*



# Contenido

[Portadilla](#)

[Información](#)

[Prefacio](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Epílogo](#)

[Más de Sweety](#)

Siempre hay un lugar al que ir

**MIENTRAS  
SUEÑAS**

Laia Sinclair

SweetyStories

©Laia Sinclair 2017

© para esta edición DirtyBooks Sweetystories  
<http://sophiewestautora.wix.com/sweetystories>

Diseño editorial DirtyBooks  
<http://sophiewestautora.wix.com/dirtybooks>

Primera edición mayo 2017

Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibida la difusión. Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

## Prefacio

Siempre he estado enamorado de Hannah Summer, esa es la pura verdad. Desde que la vi por primera vez, cuando yo tenía tres años y ella era un bebé llorón al que su madre intentaba calmar meciéndola en sus brazos, ha estado en mi pensamiento como algo inamovible.

Recuerdo que aquel día, mamá me llevaba de la mano. Había ido a buscarme a la guardería y pasamos a toda prisa por delante de los grandes escaparates de los Almacenes Summer. Yo estaba encaprichado con un coche de policía de juguete que tenían allí, y me solté de la mano de mi madre y entré en los almacenes, corriendo desesperado, sin atender a sus gritos. Sabía que tendría solo un momento para poder disfrutar de la visión de aquel juguete que me habían negado varias veces por ser demasiado caro y nada adecuado a mi edad. Era un coche de radio control, y tenía luces y sirena, y ambas funcionaban a la perfección. Solo quería poder admirarlo durante un momento, así que me escabullí, corriendo por los pasillos, intentando despistar a mi madre que venía detrás gritando mi nombre, cuando, de golpe, choqué con unas faldas con un estampado lleno de rosas y me caí de culo al suelo.

Jamás he olvidado esas faldas porque las seguí con la mirada, subiendo y subiendo, hasta verla a ella. Mi Hannah.

Estaba en brazos de su madre (era la dueña de las faldas contra las que había chocado). Era un bebé llorón con unos preciosos ojos verde jade que me miraron muy abiertos cuando su madre se agachó para ayudarme a levantarme.

—¿Qué haces aquí, Marcus? —me preguntó, llamándome por mi verdadero nombre (entonces era demasiado pequeño y no había iniciado la campaña para que todo el mundo me llamara Mac).

No contesté. Me levanté sin apartar la mirada de aquella cosita pequeña y pálida, pensando que era el bebé más hermoso que había visto en mi vida. Estiré mi mano para poder tocarla, y ella cogió mi dedo y se lo llevó a la boca, haciéndome reír.

Mi madre me alcanzó en seguida y me llevé la zurra del siglo por haberme escapado, pero aquellos ojos se quedaron grabados en mi mente y nunca, jamás, pude olvidarlos.

Cualquiera, en mi lugar, habría hecho lo posible por estar pegado a ella

constantemente. Pero siempre he sido bastante estúpido en todo lo relacionado con el sexo opuesto, y en mi infancia ya di muestras sobradas de ello. La vi crecer desde lejos, sin atreverme a acercarme a ella; y cuando coincidimos en primaria, me dediqué a ignorarla completamente. La protegía, sí, y no permitía que nadie se metiera con ella; pero de lejos.

No fue hasta que me marché de Cascade, después del beso que nos dimos durante la fiesta de final de curso en el instituto, que fui consciente de lo que sentía por ella. Habíamos tonteado algunas veces, y había tenido varias novias durante la adolescencia, pero ella nunca llegó a ser la elegida. Me gustaba, pero no de la manera en que lo hacían otras chicas, que conseguían revolucionarme las hormonas y alterarme el pulso cardíaco.

Yo tenía muy claro cuál quería que fuese mi futuro, y supongo que mi subconsciente me avisaba de que Hannah era un peligro, por eso me repetía que lo que sentía solo era una mera reminiscencia de aquel lejano día que no había podido olvidar. Me empeñaba en verla como a una chiquilla, una cría, una niña; y ni siquiera cuando se desarrolló y se convirtió en mujer, empecé a pensar en ella como tal.

Hasta que nos dimos aquel beso a escondidas detrás del escenario en el que tocaba el grupo que amenizaba la fiesta.

Pero ni siquiera entonces me replanteé mi futuro. Quería ser policía, tenía dieciocho años, y me faltaban dos para poder entrar en cualquier academia de policía, así que mi prioridad era prepararme para aquel momento. No tenía tiempo para novias, ni estaba preparado para tener una relación seria con una mujer, y mucho menos a distancia. Además, Hannah solo tenía dieciséis años, y lo que me hizo sentir aquel beso dado a escondidas fue demasiado para mí. Me sentí enorme y minúsculo al mismo tiempo, como el globo aerostático en el que había subido unas semanas atrás durante la feria; enorme cuando estaba atado en el suelo, pero pequeño a la vista cuando se alzaba en el aire subiendo cada vez más.

Me asusté. Mi instinto de protección y mi necesidad de posesión estallaron como una bomba en el centro de mi pecho, así que me aparté de ella y me fui de allí sin decir nada, huyendo como un cobarde, esperando poder olvidar aquellos sentimientos que tronaban en mi cerebro y en mi corazón hasta casi volverme loco de angustia, y que me impulsaban a olvidar mis planes y quedarme en Cascade, junto a Hannah, para siempre.

Me fui a Boston al día siguiente, a la Universidad, gracias a la beca deportiva que había conseguido, y al cumplir veinte años me inscribí en la

Academia de Policía.

Durante aquellos dos años no había conseguido olvidar el maldito beso, ni a Hannah, pero me esforcé por concentrarme en mis estudios, terminar los cursos de criminología, y preparar mi ingreso en la academia.

Estaba seguro de que tenía ante mí un futuro prometedor sin imaginarme que, al cabo de pocos años regresaría a Cascade, roto y destrozado, para ocupar el cargo de *sheriff*.

Pero, ¿cómo puede un joven e inexperto de veinte años, imaginarse que el futuro que lo espera está lleno de dolor, pérdida y culpabilidad? ¿Cómo puede pensar que la oportunidad de hacer un gran bien, puede volverse en su contra?

Yo no lo pensé, desde luego. Si hubiera tenido algunos años más, con la experiencia que eso conlleva, no me habría dejado tentar por la oportunidad que me ofrecieron días antes de graduarme en la academia. Pero los agentes de la DEA que estaban esperándome en la oficina del capitán, apelaron a todos aquellos ideales que me habían llevado hasta allí. Mi país me necesitaba, dijeron. Solo yo podía ayudarles.

Y fui tan estúpido que les creí.

## Capítulo uno

Estaba harta. Llevaba toda mi vida esperándolo, en contra de toda lógica y razón. Como una buena chica, fiel a su amor verdadero, como si fuese una estúpida princesa Disney. Las consecuencias de estar enamorada de un hombre que nunca me había querido, fueron demoledoras. Jamás había tenido una relación, nunca me había fijado en otros hombres, y, desde luego, todavía era virgen. A los casi treinta años.

Deprimente, lo sé. Pero es que nunca había sentido eso que dicen que se siente cuando deseas a alguien, excepto con Mac. Mac, el imperturbable. Mac, la esfinge de hielo. Mac, el único hombre que conseguía que mi sexo se fundiera y se convirtiera en una fuente, y de quién solo había conseguido una mirada condescendiente.

Hasta el día en que me planté y dije: basta.

Ocurrió durante la fiesta que Clara, una de mis dos mejores amigas, celebró en el rancho Triple K, una fiesta en su piscina para celebrar la llegada de la primavera. Aquel día, Keitan, el pequeño de los Wescott, me hizo ojitos. Sé que se los hace a cualquier mujer que tenga menos de cincuenta años y esté disponible, así que no me creí ni por un momento que yo le interesara especialmente. Había muchas mujeres en la fiesta, la mayoría de ellas más guapas que yo, y Keitan solo iba probando a ver cuál le respondía. Y tomé la decisión de ser yo. La virginidad me pesaba como un lastre, esperando eternamente a un hombre que jamás se acercaría a mí. Supongo que ese día fue el que me rendí definitivamente y decidí tomar las riendas de mi vida y olvidarme de él. Iba a ser difícil, pero follar con Keitan sería un buen primer paso. Sabía de buena tinta que era bueno en la cama, y quería aprovecharme de eso.

Me acerqué a él, con la copa en la mano, y le guiñé el ojo. Él me devolvió la sonrisa y el guiño.

—Hey, rubia —me susurró con esa voz varonil que tan locas vuelve a las mujeres—, ¿tienes ganas de coquetear un poco?

—Coquetear... y algo más. ¿Por qué no damos un paseo por algún lugar en el que no haya... tanta gente?

No sabía cómo tener un comportamiento sexy y provocativo, no tenía ni idea, pero había visto muchas películas, así que hice lo único que se me

ocurrió: le puse la mano sobre el pecho lo acaricié.

—¿Estás segura? —me preguntó, sorprendido. Sabía, como todo el pueblo de Cascade, Montana, que yo bebía los vientos por Mac Rayne, el *sheriff*, desde que tenía uso de razón. Igual que sabían que él jamás me había hecho caso, excepto durante la fiesta de graduación de su curso, en que tonteamos y me robó algún beso... pero nada más.

—Muy segura.

—Mac nos está mirando, y no parece muy feliz.

—¿Le tienes miedo a Mac? —lo provoqué—. Porque si es así, puedo buscarme a otro... aunque preferiría que mi primera experiencia me la proporcionaras tú.

—¿Tu primera..? —se sorprendió.

—Sí —le susurré, acercándome a él para hablarle al oído—. Todavía soy virgen. ¿Has hecho el amor con una virgen antes?

Bueno, técnicamente no era virgen, solo que mi virginidad la perdí con un consolador, algo que ni fue memorable, ni bonito. Pero nunca había estado con un hombre.

Keitan negó con la cabeza y tragó saliva, como si aquello fuese demasiado para él.

—¿Cómo puedes ser virgen a tu edad?

La pregunta del millón. No debería haberme ofendido, porque no lo hizo con esa intención, pero me sentó mal.

—Oye, si no te interesa, dilo y punto.

Hice el gesto de marcharme, pero me cogió del brazo para detenerme. Supongo que la fantasía sexual de ser el primero en la cama de una mujer les pesa mucho a lo hombres, y Keitan no fue diferente a la mayoría.

—Me interesa —aceptó—. Ven.

Me cogió de la mano y rodeamos la casa. Daba grandes zancadas y yo tenía que seguirlo medio corriendo, como si de repente le hubieran entrado las prisas.

—¿No subimos a tu dormitorio?

—No. Jamás subo mujeres allí.

—Comprendo, es tu *sancta sanctorum*.

—Bueno, sí, supongo. Pero también es que mi padre está siempre merodeando por ahí, y no creo que te gustase que nos pillara en pleno acto.

—Dios, no —me reí.

Estaba nerviosa, he de admitirlo. Había tomado una decisión de manera

impulsiva, y empezaba a preguntarme si hacía lo correcto. ¿Me arrepentiría después? Probablemente. O no, quién lo sabía en ese momento. De lo que sí me había arrepentido, era de esperar durante años a un hombre que nunca estuvo allí para mí.

Cuando terminamos el instituto, Mac se marchó de Cascade. Algo normal, pues la mayoría, al graduarnos, nos fuimos a la universidad. Pero el sueño de Mac era marcharse a la Academia de Policía de Boston con la intención de no regresar jamás. No sé qué le impulsó a volver años después, y yo, estúpida, estúpida, me hice mil películas en las que él volvía porque no había podido olvidarme, igual que yo no lo había podido olvidar a él.

—¿En serio me llevas al granero? —pregunté, estupefacta, cuando vi que íbamos en línea recta hacia las caballerizas.

—Es el mejor sitio para retozar —bromeó, mirando hacia atrás—. Ya verás.

Entramos en los establos y, solo cruzar el umbral, me empotró contra la pared para besarme. Me pilló desprevenida y durante un segundo no supe qué hacer. Me habían besado antes, otros hombres además de Mac (aunque jamás les permití llegar más lejos), pero nunca, ninguno lo hizo como él. Tenía mucha práctica, era evidente, y supo hacer que perdiera la cabeza y olvidara el resto del mundo. Le puse las manos detrás de la nuca, y me aferré a él mientras empezaba a gemir.

En mi cabeza sonaban dos voces muy distintas: una gritaba de emoción «¡voy a dejar de ser una puñetera virgen!»; y la otra me susurraba que no debía hacerlo, que después me arrepentiría. Evidentemente, los gritos ganaron a los susurros, y yo me dejé llevar... hasta que algo apartó a Keitan de mí y lo envió volando contra la pared opuesta.

—¡Quítale las putas manos de encima!

Mac. Allí estaba. Alto, guapo, con todos esos maravillosos músculos en tensión... y muy, muy cabreado.

—¿Qué te crees que estás haciendo?! —le grité.

—¡Quitarte a este imbécil de encima!

—¿Y alguien te ha pedido que lo hagas, maldito estúpido? —le recriminé, acercándome a Keitan para ayudarlo a levantarse.

—Apártate de él, maldita sea. ¿No sabes la clase de hombre que es?

—¡Claro que lo sé! El tipo de hombre que sabe qué hacer con una mujer, no como tú, que te has pasado años ignorándome.

—¡No podrás ser feliz con él!

Lo señaló con el dedo y yo me eché a reír. En serio, fue un momento gracioso, tragicómico, como sacado de una obra de teatro antigua.

—¿Ser feliz? ¿Qué crees que quiero de él? ¿Casarme? ¿Formar una familia? ¡No seas ridículo! Solo quiero echar un buen polvo. Creo que ya me lo merezco.

—Totalmente ridículo —intervino Keitan, que hasta aquel momento se había mantenido en silencio, con esa media sonrisa provocativa en su boca.

—¡Tú, cállate! —le gritó Mac, y le asestó un puñetazo que lo mandó de nuevo al suelo.

—¡No! ¡Tú eres quién tiene que callarse!

Vi la manguera y no me lo pensé. La cogí, abrí el grifo y apunté a Mac. El agua salió a presión y lo empapó en un instante, empujándolo contra la pared de enfrente.

Estaba furiosa, y me sentía muy humillada. ¿Quién se creía que era? Durante años había bebido los vientos por él, había intentado seducirlo muchas veces, siempre sin éxito. ¿Y cuando por fin decidía apartarlo de mi mente y vivir, se presentaba hecho un basilisco y me fastidiaba el plan a golpes?

—Te arrepentirás de esto —siseó en cuanto cerré el grifo y el agua dejó de salir por la manguera.

—No, Mac. Me arrepiento de todos los años que he perdido esperando que tú te fijaras en mí, rezando para que te dieras cuenta de cuánto te quería y descubrieras lo importante que soy para ti. ¿Crees que no sé que le has dejado claro a todos los hombres de Cascade que soy terreno prohibido para ellos? ¿Que les darás una paliza si se atreven a ponerme una mano encima? Eso hacía que mantuviera la esperanza. Pero, ¿sabes una cosa? Me he cansado. Se acabó. Eres un maldito cobarde y por tu culpa estoy arruinando mi vida, esperando algo que no va a ocurrir jamás.

Él no dijo nada. Solo me miró mientras hablaba, hasta que se cansó, dio varios pasos hasta donde yo estaba, me cogió entre sus brazos, y me besó.

Sí, me besó. De una manera arrolladora y posesiva. Como si le fuera la vida en ello. Como si el mundo estuviera a punto de terminar y solo ese beso pudiese evitarlo. Invadió mi boca con fiereza, me apretó contra su cuerpo, y gimió. Sentí su calor rodearme y alzarme como si fuese una pluma con la que juega el viento. Me dejé ir, y lo rodeé con mis brazos, lo apreté contra mí con desesperación; casi sollocé de dicha. ¡Había soñado tanto con aquello! Quería que me hiciera el amor allí mismo, sin importarme que Keitan también

estuviera presente.

Pero los años de frustración y rabia, de desesperanza, acudieron en mi rescate. No podía dejar que se saliera con la suya porque sabía qué pasaría. Me entregaría a él y, al día siguiente, todo volvería a ser como antes. No podía rendirme, no cuando había tomado la decisión de olvidarme de él de una vez por todas, apartarlo de mi vida y de mi corazón, e intentar ser feliz sin esperar que él estuviera a mi lado.

Mi cuerpo, que hasta aquel momento había respondido con ardor a su beso y sus caricias, se enfrió. Me quedé quieta, dejando de devolverle las caricias y los besos. Mis brazos se cayeron, inertes, a ambos lados; y aparté el rostro para impedir que siguiera besándome.

—Hanna —gimió—, maldita sea.

—No. Maldito seas tú —le dije, intentando impregnar mi voz de toda la frialdad que conseguí reunir en un intento desesperado.

—Nena, yo...

—No. Suéltame, Mac. Es demasiado tarde. Has perdido tu oportunidad.

Se apartó de mí y me miró. Su rostro era impasible y sus ojos azules, eran como el hielo.

—¿Oportunidad? Solo quería proporcionarte un buen polvo. ¿No es eso lo que querías? —Su voz destilaba sarcasmo, y eso me dolió todavía más que su frialdad.

—Vete a la mierda —le dije, y salí de allí con toda la dignidad que pude, sin acordarme de Keitan ni de nada más.

Caminé directa hacia mi coche. No me despedí de nadie, no tenía el ánimo para hacerlo. Además, si Clara o Britt me hubiesen visto en aquel momento, sabrían que algo me pasaba y no tenía ganas de hablar sobre ello. Clara estaba embarazadísima y no quería preocuparla; y Britt me diría lo de siempre, que debía arrancarme a Mac del corazón de una vez por todas.

Y en aquel momento no tenía ganas de darle la razón.

Aquel día fue el primer punto de inflexión en mi vida. Había renunciado a mucho por Mac. Sí, solo fue culpa mía y de nadie más. Yo había tomado la decisión de esperar a que él reconociera sus sentimientos por mí, pero aquella noche, entre llanto y vómitos causados por los nervios y la angustia, me di cuenta que, en realidad, había sido una cobarde. Me había aferrado a mis sentimientos por Mac y los había usado como escudo y como excusa para dejarme arrastrar por la vida sin tomar apenas decisiones. O, mejor dicho,

para evitarme tomar decisiones arriesgadas. Como darle una oportunidad a otros hombres. Sí, había tenido citas durante mi época universitaria; y sí, me habían besado. Pero jamás permití que naciera una relación, ni siquiera para experimentar en propias carnes qué era eso. Me encerré en mí misma, les encontré defectos insalvables a todos, y clavé los codos en la mesa para estudiar, olvidándome de todo lo demás.

Para lo que me sirvió...

Me decía que era porque estaba enamorada de Mac, y que en mi corazón no iba a poder sustituirlo por nadie, así que era una pérdida de tiempo intentarlo siquiera. Me escudé en esa rotunda afirmación y me negué a darme una oportunidad. Y, de eso, yo fui la única culpable. Mac jamás me hizo promesas, ni me dijo que me amaba. Al contrario. El día que se fue, me dijo claramente que su prioridad era conseguir su sueño, y que no había lugar en su vida para una mujer. Ni yo, ni ninguna.

Por lo menos, esa parte la cumplió. No sé que líos de faldas tuvo durante los años que estuvimos separados, pero no me consta que se casara, ni que tuviera novia. Yo me habría enterado, su madre se habría ocupado de hacérmelo saber. No es que sea una mala persona y que lo hiciera para hacerme sufrir. Al contrario. Estoy convencida de que a ella le hubiese encantado que su hijo sentase la cabeza conmigo, pero siempre ha sido una mujer demasiado prudente como para decir nada al respecto. Me tiene mucho cariño, y creo que en el fondo le fastidiaba mucho esta situación.

Pero el hecho de que Mac jamás se hubiera casado no era un consuelo para mí. Nunca lo ha sido. Casi habría preferido que lo hubiese hecho porque así, yo ya no hubiese tenido excusa para esconderme de la realidad. Esta me habría golpeado en la cara y habría tenido que arriesgarme a tomar decisiones. Porque dejar que tu vida gire exclusivamente alrededor de una persona, es enfermizo. Lo sé muy bien, porque así ha sido para mí.

Y, después, está la carga que suponen mis padres. Sí, carga.

Mirando hacia atrás, me pregunto por qué me he dejado manipular tanto por ellos. No os equivoquéis, los quiero con locura, pero jamás me han dejado volar, y yo no he hecho esfuerzo alguno por despegar del nido. Fui a la universidad en Missoula porque no soportaban la idea de que cruzase medio país para estudiar. Me hubiera gustado ir a Nueva York y, de hecho, podría haberlo hecho gracias a la beca que me ofrecieron, pero mi madre se puso histérica cuando lo dije en casa, y mi padre me echó esa mirada suya que me decía «ya has hecho llorar a tu madre», y que a mí siempre me ha

hecho sentir muy culpable. Y claudiqué; me quedé en Montana, porque ya me había costado un enorme esfuerzo convencerlos de que quería estudiar Bellas Artes, como para no hacer concesiones.

Tampoco había logrado viajar por Europa. Cualquier estudiante de Bellas Artes tiene el sueño de hacerlo. Visitar París, Florencia, Roma, Venecia... Lugares que han sido claves en el desarrollo de las artes y cuna de grandes artistas. ¡Si ni tan siquiera había seguido pintando! Cuando terminé la universidad, mis padres se las arreglaron para hacerme volver a casa. Querían jubilarse, me dijeron. Mi padre no estaba muy bien de salud y lo usó de excusa para darme las riendas de los Almacenes Summer. Me ató a ellos poniendo sobre mis espaldas la responsabilidad del negocio familiar, y yo no supe decir que no. Olvidé mis sueños, y me dediqué en cuerpo y alma a intentar modernizar el negocio, a pesar de todas las trabas que mi padre fue poniéndome en el camino.

Mi padre fue el que provocó el segundo punto de inflexión, y el que me motivó a tomar la decisión más arriesgada de mi vida.

Fue a finales de aquel verano. Clara ya había dado a luz a su hijo, y Britt y yo andábamos como locas con aquel pequeñín, adorándolo y mimándolo todo lo que sus padres nos permitían. Había estado evitando a Mac todo lo que pude, teniendo en cuenta que Cascade es un pueblo pequeño y que es casi imposible no encontrarse con alguien al salir a la calle. Pero cuando me lo encontraba, pasaba de él, cambiaba de acera o simplemente giraba mi rostro para no tener que saludarle.

Puede parecer una reacción infantil, pero es que a pesar de mis buenos propósitos seguía estando enamorada de él. Había empezado a pensar que la única manera de olvidarle, era marcharme yo pero, ¿cómo podía hacerlo? Tenía la responsabilidad del negocio, mis padres confiaban en mí para dirigir los almacenes, y no podía dejarlos plantados y obligar a mi padre a volver a hacerse cargo de ellos, con el riesgo que eso implicaba para su salud.

Pero todo cambió a finales de verano, cuando mis padres me pidieron que me sentara con ellos porque tenían algo que decirme.

Había cenado en el Rancho Triple K, con Clara y su familia. Britt también estaba allí. Yo ya no miraba a Keitan con los ojos entrecerrados, esperando que hiciera algún comentario gracioso sobre lo ocurrido en el granero unas semanas antes. Siempre pensaba que me moriría de vergüenza si lo hacía, así que un día me llené de coraje y lo amenacé con cortarle las pelotas. Él se burló primero, pero después me tranquilizó y me prometió que

jamás lo haría. Yo no había contado nada a mis amigas, pero sí les había hecho saber la decisión que había tomado. Britt me felicitó, y Clara, que sabía muy bien qué era estar enamorada, sacudió la cabeza con pena.

Como decía, había estado cenando en la casa grande del rancho. Volví a Cascade en el coche con Britt, y ambas bromeamos durante el camino con los buenos que estaban los hermanos Wescott y la suerte que habían tenido Clara y Nita al casarse con dos de ellos. Britt me dejó en la puerta de mi casa, y me despedí de ella hasta el día siguiente. Subí las escaleras, bastante contenta, y entré en casa esperando encontrármelo todo a oscuras.

Pero no fue así. La luz de la cocina estaba encendida y oí a mis padres murmurar. Eran más de las once de la noche, y no era normal que a esas horas estuvieran despiertos. Pensé que había pasado algo malo, pero me lo quité de la cabeza porque si hubiera sido así, me habrían llamado al móvil.

—¿Ocurre algo? —les pregunté, asomándome al salón.

—Siéntate, hija, tenemos que hablar —me dijo mi padre, mirándome muy serio. Miré a mi madre, que no dijo nada. Sentí que el estómago se me revolvía por la angustia.

—Papá, me estás asustando. ¿Pasa algo malo? —pregunté, muerta de nervios, mientras me sentaba enfrente de ellos.

—¡Claro que no! —exclamó, sonriendo de aquella manera que yo ya le conocía, la que me decía que lo que iba a decirme no iba a gustarme ni un poco—. Verás, es que tu madre y yo hemos estado pensando que quizá ya es hora de que nuestro nombre desaparezca del título de propiedad de los grandes almacenes.

Me quedé quieta, parpadeando. Eso no era una mala noticia. Entonces, ¿por qué me rehuía la mirada?

—Creemos que ya es hora de que tú y tu hermano seáis los propietarios legales. Así que la próxima semana iremos al notario y lo haremos todo legal. Por supuesto, tenemos que esperar que John nos diga qué día puede venir porque ya sabes que tu hermano tiene poco tiempo disponible, entre el trabajo y los niños. Si esa zorra de Megan no los hubiera abandonado...

—Espera, espera. —Alcé una mano para parar el torrente de palabras que vomitaba la boca de mi madre—. ¿John? ¿Qué diablos tiene que ver John con los almacenes?

—¿Cómo que qué diablos tiene que ver John? Para empezar, no digas tacos, jovencita. John es tu hermano, y tiene tanto derecho a su parte de los almacenes como tú. ¿O esperabas que iban a ser solo tuyos?

—¿Derecho? ¿En serio? —Sentí que la furia se iba apoderando de mí. Aquello no podía ser real. Tenía que ser una mala pesadilla. Seguro. Era eso. Había cenado demasiado y la indigestión me estaba haciendo una mala pasada.

—¡Por supuesto! —exclamó mi madre, enfadada por mi reacción—. No esperarás que a él lo dejemos sin nada, ¿verdad? Sé que eres una chica bastante egoísta y poco sensata, pero de verdad creía que comprenderías que no podíamos dejar a tu hermano fuera de esto. ¡Tiene familia, por Dios! Los almacenes serán de los dos.

Me quedé muda de asombro. ¡Lo decían en serio! Y la rabia se desbocó y solté toda la amargura que había ido acumulando durante todos estos años.

—A ver si lo entiendo. Estoy trabajando en los almacenes desde los doce años, durante mis vacaciones del colegio y los fines de semana, pegada a ti, papá, aprendiendo todo lo que quisiste enseñarme sobre el negocio, mientras John hacía el idiota con el equipo de fútbol americano y las animadoras. Cuando terminé la universidad, volví aquí porque vosotros decidisteis que era el momento de jubilaros, y desde entonces soy yo quién se ha hecho cargo de todo; y mientras, John hacía el idiota en la universidad, haciendo ver que estudiaba mientras iba de fiesta en fiesta y de borrachera en borrachera. Dejé de lado todos mis sueños por que vosotros me lo pedisteis; mientras, John dejó embarazada a Megan y se fueron a vivir a Helena porque Cascade y los almacenes eran poca cosa para ellos, pero con el dinero que salía de MI trabajo, —enfaticé el «mi» señalándome con el dedo—, los mantuvisteis durante dos años, enviándoles dinero cada vez que John lo pedía.

—Estás tergiversando las cosas a propósito para hacer que John parezca una mala persona —se quejó mi madre, removiéndose en el asiento

—John no es una mala persona, es un aprovechado que pensaba que iba a comerse el mundo, y se ha quedado de simple administrativo de tercera, en una empresa de tercera, y sin esperanzas de mejorar, porque nunca ha tenido agallas ni coraje para luchar por lo que quiere. Yo he estado dejándome la vida en este pueblo por vosotros, haciéndome cargo de los grandes almacenes, rompiéndome la cabeza para hacer que el negocio funcione a pesar de la competencia desleal que suponen los centros comerciales de Templeton, y él se beneficiará de mi trabajo, como ha hecho durante años.

—¡Basta! —Mi padre se levanto dando un puñetazo sobre la mesa de la cocina—. Es tu hermano, y tiene tanto derecho como tú a su parte de la herencia. Deberías agradecer que os la queramos dar ahora en lugar de

esperar a morirnos.

—¡Pues dadle otra cosa, papá! ¡Pero no un negocio del que nunca se ha preocupado! Cuando se casó no quiso saber nada de él porque era humillante estar detrás de un mostrador. ¡Humillante! Y te lo dijo a la cara, papá. ¿Y ahora vas a ponérselo en bandeja? ¿Sabes qué hará en cuanto caiga en sus manos esta propiedad? La querrá vender, y me presionará porque sin mi firma no podrá hacer nada, ¡eso es lo que hará!

—¡No digas tonterías! Tu hermano jamás haría algo así. Y tú necesitas a alguien que te supervise, como he hecho yo durante todos estos años. ¿Que has llevado tú sola el negocio? ¡No me hagas reír! Yo he estado pendiente a cada paso que has dado.

Aquello me dolió mucho más de lo que podía imaginar. Las palabras de mi padre, el rictus de desprecio en su boca, se clavaron en mi corazón como una puñalada.

—Se acabó. No pienso discutir más sobre este tema, pero quiero que os quede clara una cosa: si le dais a él la mitad de los almacenes, yo me desentenderé de ellos. Y quizá sea yo misma la que le proponga venderlos. Cogeré el dinero y me marcharé de Cascade.

Me fui de allí, llena de furia y rabia contra mis padres, dejándolos con la boca abierta. Estaba harta, cansada de ser la buena hija que ellos esperaban, cansada de callarme la amargura que había ido acumulando a lo largo de los años de sueños rotos, de su incomprensión y su nulo agradecimiento.

Salí a la calle luchando contra las lágrimas que se agolpaban en mis ojos, contra el dolor que quería que me doblara y me encogiera, contra las ganas de gritar hasta que mis cuerdas vocales estallaran. Quería golpear algo hasta que mis puños se rompieran; o que alguien me abrazara y me consolara diciéndome que todo iba a ir bien. No, alguien no, quería que Mac estuviera allí, me mirara con amor, y que sus brazos me rodearan muy fuerte, sentir el calor de su cuerpo contra mi cuerpo, y su aliento en mi oreja mientras me susurraba palabras de consuelo.

Pero eso no iba a suceder nunca. Mac no me amaba, igual que mis padres no confiaban en mí. ¿Supervisarme? ¡Cómo se atrevía mi padre a decir algo así! Había estado poniendo palos en mis ruedas, eso es lo que había estado haciendo, intentando por todos los medios que nada cambiase, que todo permaneciese como siempre. Discusiones y enfrentamientos cada vez que yo tenía una idea nueva porque él quería que todo siguiese inmutable. ¡Yo había logrado que no nos fuéramos a la ruina! ¿Y así me lo pagaba? Dándole a mi

hermano la mitad de un negocio que siempre había despreciado y por el que jamás se había preocupado.

Un negocio que llevaría a la ruina en cuanto pusiera las manos sobre él.

Caminé sin rumbo fijo durante un buen rato y, sin darme cuenta, acabé en la puerta de la casa de Mac. Me odié a mí misma por estar allí. La casa estaba a oscuras, algo normal teniendo en cuenta que eran más de las once. Me picaron las manos por la necesidad de llamar y de echarme en sus brazos a llorar. ¿Por qué? ¿Por qué no podía quitarme de la cabeza y del corazón a este hombre? ¿Por qué seguía traicionándome a mí misma con la esperanza de su amor y su consuelo?

—A la mierda todos —me dije, en un arrebato de frustración y rabia, y me limpié de un manotazo las lágrimas silenciosas que se deslizaban por mis mejillas.

Me fui a casa de Britt y llamé con insistencia hasta que conseguí que me abriera la puerta, con el rostro somnoliento y el camisón arrugado.

—¿Qué ocurre? —me preguntó cuando me vio allí plantada. Se frotó los ojos pegados por el sueño, y los abrió enormemente cuando me eché en sus brazos y empecé a llorar amargamente—. Dios mío, Hannah, ¿qué ha pasado?

—Los odio —susurré—. Los odio a todos.

Me arropó entre sus brazos y me llevó hacia el interior. Me obligó a sentarme en el sofá mientras iba a la cocina y volvió enseguida con una taza humeante de algo dulce.

—Tómame esto. Te ayudará a tranquilizarte.

Cogí la taza entre las manos sin dejar de llorar e hipar. Al verla a ella enmarcada en la puerta, toda la furia se transformó en pura desolación y no había podido evitar echarme a llorar como una niña.

—Hannah, me estás asustando mucho. ¿Están bien tus padres? ¿Le ha pasado algo a Mac?

Oírla hizo que mi llanto arreciara todavía más. No podía parar. Me temblaban las manos y todo el cuerpo, y Britt cogió la taza y la dejó sobre la mesita para evitar que acabase derramada sobre la alfombra.

Aquella noche, no me hizo más preguntas. Me llevo hasta su cama, me metió dentro, y se acurrucó a mi lado como si fuéramos niñas, abrazándome, dándome el calor y el consuelo de su presencia hasta que me quedé dormida.



## Capítulo dos

Sé que no debería importarme lo que Hannah hiciera, o dejara de hacer. Sé que debería mantenerme al margen de su vida y no inmiscuirme como lo hago constantemente. Soy consciente de que durante toda mi vida me he comportado con ella como un auténtico gilipollas egoísta, y que si ambos estábamos sufriendo, era exclusivamente por mi puta culpa.

Lo sé muy bien. Como sé que debería apartarme de su camino para darle la oportunidad de encontrar a un buen hombre que la haga feliz.

Un buen hombre, esa es la palabra clave. Algo que yo no soy.

Dejé de serlo en Texas, hace unos cuantos años.

—Eh, Mac, ¿me estás escuchando?

La voz de Nita García, mi segunda al mando en la comisaría de policía, me sacó de mi ensimismamiento. Estábamos en mi despacho, hablando sobre los turnos del mes siguiente, cuando mi mente había empezado a divagar con el encuentro que tuvimos Hannah y yo en los establos del rancho Triple K.

Besarla había sido un gran error, y no había sido capaz de sacarme su sabor de la boca a pesar de las semanas que habían transcurrido. Y que ella me rehuyera desde aquel momento, en lugar de buscar excusas para encontrarse conmigo como había hecho siempre, había conseguido que algo se revolucionara en mi interior.

—Te oigo perfectamente, algodón de azúcar —le contesté, tomándole el pelo con el mote que le había puesto durante nuestra estancia en la Academia de Policía de Boston.

—El día que alguien te oiga llamarme así, te arrancaré las pelotas. Que lo sepas.

Nita siempre había sido una mujer dura, y jamás amenazaba en vano. Había llegado a Cascade porque yo le pedí que viniera, después de un turbio tiroteo en el que se vio envuelta durante una operación anti droga, y que le costó la vida a su compañero.

Aquí había conseguido rehacer su vida, y aunque sé de primera mano que hay errores que jamás se olvidan y que pesan en el alma durante el resto de nuestras vidas, ella había logrado seguir adelante y darle una oportunidad al amor.

Iba a casarse en unos meses, y yo estaba orgulloso de ella y compartía su felicidad porque se la merecía.

—Pensé que Knox había logrado endulzar tu carácter.

—Soy dulce con él. Contigo, ni en tus sueños.

Su rictus de desprecio siempre me hacía reír, porque sabía que era fingido. De repente, me embargó una oleada de emoción que me quemó el pecho, y me obligó a carraspear antes de hablar.

—Nita, no sé si te lo he dicho alguna vez, pero estoy muy contento por ti. Me alegro mucho de que encontraras la manera de ser feliz.

—Solo hay una manera de ser feliz, Mac. Knox me la enseñó.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es la fórmula mágica? —pregunté con sarcasmo.

—Darnos la oportunidad.

Aquella frase me dejó sin habla por culpa de la verdad que encerraba, aunque no tuve mucho tiempo para pensar en ello porque Colin, uno de los agentes, entró para dar malas noticias.

—Acaban de avisar de un accidente, —dijo, abriendo la puerta bruscamente y sin llamar. Estaba muy pálido—. Mac, ojalá me equivoque pero...

—Pero, ¿qué?

—Creo que son tus padres.

—¿Cómo que..? —exclamé, levantándome de un salto. Nita salió del despacho detrás de mí—. ¿Por qué dices que son mis padres?

—Es lo que me ha dicho Bobby Templeton por teléfono.

—¿Y dónde ha sido? —grité, cogiendo las llaves del coche. Colin me dijo el lugar y salí de la comisaría hecho un manojo de nervios y muy asustado.

«Papá, mamá. No puede ser verdad, será una equivocación», me repetía a mi mismo.

Unas manos pequeñas me cogieron las llaves de las manos. Eran las de Nita.

—No puedes conducir en este estado —me dijo.

—Estoy perfectamente.

—¿Perfectamente? Mis ovarios. Yo conduzco.

—Nita...

—Escúchame bien. Tú no vas a conducir, así que podemos quedarnos aquí perdiendo el tiempo mientras discutimos, o puedes entrar en el coche y dejarme conducir a mí. Tú eliges.

—Podría quitarte las llaves si quisiera.

—Ja. Inténtalo.

Me rendí. Además de tener razón, Nita era dura de pelar y no me sería fácil arrebatarle las llaves. Una mujer que es capaz de tumbar a Sam el ermitaño sin despeinarse, no es fácil de doblegar.

—De acuerdo.

Me subí sin oponer más resistencia y Nita puso en marcha el coche.

—No te montes películas —me dijo—. Todavía no sabemos qué ha pasado. Puede que no sea nada. Puede que ni siquiera sean tus padres.

—Bobby Templeton no mentiría, ni se confundiría. Los conoce muy bien.

—De acuerdo, puede que no se haya confundido. Pero puede ser que sea un simple choque sin consecuencias graves.

—Hay muchos «puede» en tus frases.

—¿Ahora te dedicas a corregir mi gramática?

—No, solo estoy constatando un hecho. Muchos «puede» son demasiadas incógnitas para mi gusto. Quiero llegar allí y ver con mis propios ojos qué ha pasado.

—Exacto. Espera a ver con tus propios ojos lo que ha pasado y deja de imaginarte mil escenarios horribles. Que te conozco.

—Son mis padres, Nita. Si les ha pasado algo...

—Aguanta, colega, ¿de acuerdo? Tú solo no te dejes llevar por el miedo. Estaremos allí en un santiamén.

Tardamos pocos minutos en llegar al cruce donde se había producido el accidente, pero a mí me pareció una eternidad. Había un corro de gente alrededor de dos coches que habían chocado, y tuvimos que abrirnos paso a empujones para llegar hasta ellos.

Uno era el de mis padres.

\*\*\*

—¿Te has enterado de lo de Mac? —me preguntó Britt en cuanto llegó a casa.

Hacía varios días que estaba viviendo con ella. Después de la discusión con mis padres no tuve fuerzas para volver a mi casa, y ella me permitió quedarme allí hasta que me aclarara las ideas. Tampoco había ido a trabajar. Le envié un *whatsapp* a mi madre para decirle que me tomaba unos días de vacaciones, que no se preocuparan por mí. Ni siquiera me contestó, y no es que tuviera la excusa de no saber cómo funcionan estas cosas.

—No quiero saber nada de Mac —refunfuñé. Llevaba cuatro días sin salir a la calle, estaba hecha un desastre, con el pelo lleno de nudos y vistiendo un pijama y unas bragas que Britt me había prestado.

—Sus padres han tenido un accidente.

Su voz era un susurro y me costó comprender lo que me acababa de decir. La información entró poco a poco en mi cerebro, y supongo que tal y como iba siendo consciente de ello, la expresión de mi cara iba alterándose, porque Britt corrió hacia mí y me abrazó con fuerza.

—¿Un... un ac.. accidente? —Tartamudeé—. Pero, están bien, ¿no? — Mi pregunta fue más un ruego, pero vi la respuesta en el mohín arrugado en los labios de Britt—. ¿Qué les ha pasado? ¿Cómo están?

—No lo sé. Se los han llevado a ambos a Templeton en el helicóptero del hospital, pero parece que no pinta nada bien.

—Oh, Dios. —Me llevé las manos a la boca para ahogar un sollozo, aunque las lágrimas se derramaron de mis ojos igualmente—. Tengo... tengo que ir con él. Mac me necesitará ahora. Estará destrozado, y necesitará a su lado a la gente que le quiere.

Seguí balbuceando mientras me levantaba y caminaba de un lado a otro, sin saber muy bien qué hacía. Estaba asustada, y aturdida, y no podía pensar en otra cosa que en correr a su lado. Ya no me importaba cuánto me había hecho sufrir, ni la promesa que me había hecho a mí misma de mantenerme alejada de él. Nada importaba. El señor y la señora Rayne habían sido siempre muy buenos conmigo, eran respetados y queridos en todo el pueblo, y Mac... Pobre Mac.

—No puedes ir así.

—¿Cómo que no puedo ir?! —Me revolví contra Britt hecha una furia.

—Hannah, estás en pijama y apestas a sudor. —Su voz, fría y calmada, me hizo entrar en razón. Aunque necesité mirarla con fijeza durante unos segundos para darme cuenta de lo que me estaba diciendo—. Date una ducha rápida y mientras, yo te busco algo mío que te venga bien, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, claro, tienes razón.

Las dos horas que tardamos en llegar a Templeton fueron un infierno. No podía dejar de pensar en Mac, en lo mal que lo estaría pasando, en su dolor y su desesperación. Necesitaba abrazarle y consolarle, aunque en lo más profundo de mi ser sabía que no iba a permitírmelo.

Lo que no pude imaginar fue que su reacción sería tan... violenta.

En cuanto pisamos la sala de urgencias, lo vi. Estaba sentado en una silla,

vestido con su uniforme, y tenía la cabeza entre las manos. A su lado, con una mano encima de su hombro, estaba Nita García, la mujer de Knox Wescott. Sentí un arrebato de celos por la relación que mantenían. Nita tenía algo que yo no había podido conseguir jamás: la confianza y el afecto de Mac. Eran muy buenos amigos, y aunque sabía que no había nada más entre ellos, esa mano encima del hombro de él fue como una bofetada en mi rostro.

Me reprendí por pensar así en un momento como aquel, y me acerqué a Mac despacio, sin saber muy bien a qué atenerme.

—¿Mac? ¿Puedo sentarme? —le pregunté cuando llegué hasta él. Britt estaba a mi lado, cogida de mi brazo, sin decir nada.

Él alzó el rostro y me miró con rabia.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? ¿No te he dejado claro, por activa y por pasiva, que no me interesas en absoluto? ¡Lárgate, joder! ¡No quiero ni verte!

Me escupió las palabras con desprecio, como si yo fuera... no sé, una buscona o algo peor. Me quedé petrificada sin saber qué contestar. Por suerte para mí, Nita y Britt sí reaccionaron.

La primera le dio un puñetazo en el brazo y le dijo:

—¿Tú eres gilipollas, o qué?

—Muy gilipollas —añadió Britt—. El gran maestro de los gilipollas. No estamos aquí por ti, señor que se cree el centro del universo. Estamos aquí por tus padres, imbécil. Ven —Me cogió a mí del brazo para llevarme hasta otra hilera de sillas, y a él le enseñó el dedo medio además de sacarle la lengua.

—Britt, no —le susurré—. Está destrozado.

—No es excusa para hablarte así.

—Pero tiene razón —confesé, muerta de vergüenza y con el corazón roto en mil pedazos—. Si yo fuera un hombre, tacharías mi comportamiento de acoso en toda regla. Y lo sabes.

—Hannah, por Dios, tú no vas acorralándole por los callejones para meterle mano, ni te plantas delante de su casa para observarlo a escondidas. —Se quedó callada durante unos segundos, mientras me miraba interrogativa—. ¿No?

No pude evitar sonreír.

—Claro que no. Pero he estado haciéndome la encontradiza con él muchas veces. No, él tiene razones para estar harto de mí. Vámonos, vámonos a casa. No quiero quedarme aquí, donde no se me quiere, Britt. Por

favor, dile a Nita que cuando se sepa cómo están el señor y la señora Rayne, te llame, ¿quieres? Y que si necesitan algo, sangre o lo que sea, que avise.

—¿Estás segura? —me preguntó, mirándome con indecisión.

—Sí, estoy segura. Es hora de terminar con todo esto.

Me fui de allí sin despedirme. Miré a Mac una última vez, empapándome de su figura, sus gestos, y recordando su risa, clara y diáfana, muy varonil, que siempre me hacía estremecer. Mis ojos se cruzaron con los de Nita, que estaba hablando con Britt, y le sonreí con tristeza, despidiéndome de ella. No habíamos llegado a ser buenas amigas, y ya no íbamos a tener la oportunidad.

Había tomado una decisión, y era hora de hacérselo saber a mis padres.

Mac ni siquiera volvió a mirarme.

\*\*\*

—¿Cómo puedes ser tan imbécil con Hannah, Mac?

Nita lo preguntó en un susurro cariñoso, mientras me pasaba la mano por la espalda. ¿Qué podía contestarle, si ni yo mismo alcanzaba a comprenderlo?

—No es el momento, Nita. Ahora no, por favor.

Suspiró, resignada.

—Está bien, pero cuando todo esto termine —hizo un movimiento con la mano para abarcar el hospital y la situación que estábamos viviendo—, vamos a sentarnos tú y yo, y hablaremos largo y tendido.

—No hay nada de qué hablar. Hannah lleva toda su vida enamorada de un hombre que no existe, y ya es hora que se dé cuenta de ello. —Aspiré profundamente. Nita iba a decir algo más, pero el doctor salió en ese momento y me levanté para ir hacia él.

—Sheriff —me saludó. Su gesto anunciaba que no era portador de buenas noticias.

—Doctor. ¿Cómo están mis padres?

Sentí en mi espalda el calor de la mano de mi amiga. Se había levantado para venir detrás de mí, para confortarme con su presencia, pero sentí un vacío inmenso porque quien quería que estuviera allí era Hannah.

Pero yo la había echado de mi lado, una vez más.

—El señor Rayne presenta una conmoción cerebral y algunas magulladuras. Deberá quedarse ingresado en observación algunos días, pero no hay nada que indique gravedad. Pero la señora Rayne... se ha llevado la mayor parte del golpe, tiene varias costillas rotas, una de las cuales le ha perforado el pulmón y tememos que se le ha reventado el bazo. En estos

momentos está siendo intervenida.

—Pero, ¿se pondrá bien, doctor?

Fue Nita la que preguntó, porque yo me quedé paralizado. Era mucho más grave de lo que había imaginado, aunque mi mente se había vuelto loca cuando, al llegar al lugar del accidente, los vi.

Un coche se había saltado el stop y los había embestido lateralmente. Había sangre por todas partes, y gritos de dolor. El humo que salía del motor del otro coche formaba una neblina densa e irrespirable alrededor de los vehículos. Los de emergencias ya habían llegado y estaban atendiendo a mi padre en una camilla, pero mi madre todavía estaba atrapada, con el morro del otro coche incrustado en el de mis padres. Tuvieron que venir los bomberos para liberarla, cortando hierros, hasta conseguir sacarla de aquel infierno.

Quise estar cerca de ella durante el proceso, pero me lo impidieron. Hubiera sido un estorbo, y la impotencia de saberme inútil me llevó a malos recuerdos que, unido a lo que estaba viviendo, transformó mi vida en una auténtica pesadilla.

Me vi en Cascade y en Texas al mismo tiempo, reviviendo una y otra vez, en un bucle interminable, los peores momentos de mi existencia, con la manos anegadas de sangre y un terrorífico grito mudo atorado en mi garganta.

Por suerte, Nita estaba allí y me mantuvo con los pies en el suelo. Sin saberlo, con solo su presencia constante, consiguió impedir que me perdiera en la locura más absoluta.

—Vamos a ver a tu padre.

Parpadeé y volví al presente. Me sentía entumecido, como si mis huesos fueran de hierro oxidado y mi mente, una masa de gelatina. No atinaba a comprender ni a moverme.

—Mac, el médico ha dicho que podemos entrar a ver a tu padre, y esperar allí a que termine la operación.

—Sí, sí, claro. Pero tú deberías volver a Cascade y hacerte cargo de todo.

—No te preocupes. Colin es perfectamente capaz de suplirnos.

—Colin es un jovencito imberbe.

—Que tiene la cabeza bien puesta. Además, no es como si Cascade fuese Las Vegas. Nadie aprovechará nuestra ausencia para montar una orgía de sangre. Dudo siquiera que alguien sepa qué es una orgía.

Me hizo reír. Ese era el don de Nita, hacerme reír cuando ni siquiera recordaba cómo se hacía.

—No somos tan paletos como crees, algodón de azúcar. Creo que Knox ya te lo ha demostrado con creces.

—Bueno, sí, pero una flor no hace primavera.

Subimos en ascensor hasta la planta en la que habían ingresado a mi padre. El pobre estaba aturdido y preocupado por mi madre. Lo tenían sedado, pero a pesar de eso se mostraba nervioso y malhumorado. El pelo blanco, que siempre llevaba bien peinado, estaba revuelto y alborotado. Bajo sus ojos había unas profundas ojeras, y las arrugas de su rostro habían excavado la piel, haciéndose mucho más pronunciadas. Había envejecido años en tan solo unas horas, y lo vi pequeño y frágil, metido en aquella aséptica cama de hospital.

—Mamá se pondrá bien, papá. Ya lo verás. Es una mujer fuerte.

—Tengo mucho miedo a perderla, hijo. ¿Qué haré si..?

Ni siquiera fue capaz de terminar de decirlo, y se lo agradecí. Le cogí la mano, aunque esas cosas los hombres no las hacen, y se aferró a ella con toda la fuerza que su edad y las drogas que le habían inyectado, le permitieron.

Las horas pasaron muy lentamente. Nita puso en marcha el televisor de la habitación porque, dijo, no soportaba el silencio sepulcral que había allí. Intentó distraernos contándonos anécdotas divertidas de cuando estuvo en el departamento de policía de Boston, y aunque logró sacarnos alguna sonrisa, el fantasma de la muerte siguió planeando sobre nosotros.

Todos teníamos miedo a que mi madre muriera en el quirófano. Todos rezábamos para que eso no se produjera. Y ninguno de nosotros se atrevió a volver a poner voz a nuestros temores más ocultos.

\*\*\*

—Es un bonito ramo, Hannah. A la señora Rayne le encantará.

—Seguro que sí. Tienes unas manos que son mágicas, Nat. No se cómo lo haces, pero todos tus ramos son maravillosos.

—Aduladora.

Nat, diminutivo de Natasha, se rio y me dio un golpecito en el hombro. Era la dueña de la floristería desde hacía poco, y ya tenía una buena lista de clientes fieles. La anterior dueña, la señora Morsley, era un desastre a la hora de hacer ramos, aunque su invernadero es el mejor del condado y sus flores,

las más preciadas y hermosas. Formaban un tándem magnífico con Nat al frente de la floristería y la señora Morsley a cargo del invernadero.

—¿Tienes una tarjeta para escribirle unas palabras? Y se la envías junto al ramo.

—¿No vas a llevárselas tú misma? —preguntó con sorpresa.

—No, Mac no me quiere por allí —confesé, enrojeciendo de vergüenza. Lo ocurrido una semana antes todavía me tenía mortificada. Verlo mirarme con tanta rabia, rompió la cadena que me unía a él y me hizo abrir los ojos de verdad, de una vez por todas.

—Mac es tonto.

—No, Mac no está enamorado de mí, eso es todo. No se puede forzar el amor, aunque yo he tardado demasiado tiempo en darme cuenta.

Nat me puso la mano en el brazo y apretó un poco para hacerme sentir mejor. Pero yo sabía que era compasión, y eso me enfadaba.

—Lo siento mucho, Hannah.

—Bah, no te preocupes. Seguro que en Italia encuentro a un italiano fornido y bien guapo que me hará olvidar todas las penas.

—¿Italia? ¿Te vas de vacaciones?

—No, me voy a vivir allí una buena temporada.

La cara de estupefacción de Nat casi me hace reír a carcajadas. Es lo que pasaba con todo el mundo cuando les decía que me iba de Cascade, y que dejaba los almacenes. No se lo creían. Pensaban que era una broma. Pero no.

Durante los años que Mac estuvo fuera, yo fui incapaz de quitármelo de la cabeza porque tenía recuerdos de él en cada esquina, en cada plaza, en cada calle, en cada lugar. El pueblo era una especie de álbum de fotos en las que él estaba siempre presente. Y jamás lograría olvidarle si me quedaba allí, sobre todo si lo veía a diario. Porque era imposible no verlo, entrando o saliendo de su oficina, patrullando con el coche, atendiendo algún problema. Cascade es pequeño, muy pequeño, casi como una botella; y, para mí, Mac era como el barco que ocupaba casi todo el espacio.

Así que el primer paso hacia la solución, era sencillo: tenía que alejarme de él todo lo que pudiera. Pero, ¿a dónde podía ir?

Entonces, pensé en Gia.

Gia era una estudiante de intercambio que conocí en la universidad. Nos hicimos amigas íntimas, compartimos muchos secretos, nos guardamos las espaldas, y, lo más importante, nos pasábamos los apuntes de clase cuando una de nosotras hacía novillos. Ella también estudiaba Bellas artes, y nos

hicimos uno de esos juramentos que solo las chicas jóvenes y alocadas, que no tienen ningún problema en el mundo y que no saben nada de la vida, pueden hacerse: que seríamos amigas durante toda la vida, y que nos visitaríamos cada año.

Nunca fui a Venecia, donde ella vivía; ni ella vino nunca a Cascade. Aunque no fue porque no nos invitáramos constantemente, pero las circunstancias primero, y las obligaciones después, impidieron que cumpliéramos nuestra promesa.

Pero a pesar de eso y del paso de los años, habíamos seguido manteniendo el contacto, aunque cada vez de forma más espaciada. Hacía años que no hablábamos por teléfono, pero cada Navidad nos enviábamos un email para felicitarnos las fiestas. Y cada año repetíamos la coletilla de «deberíamos vernos de nuevo. A ver si este año es posible».

Después del amargo rechazo de Mac en el hospital, le envié un mail a Gia, diciéndole que iría a visitarla en breve, que quería quedarme allí un tiempo, y que me ayudase a buscar algún apartamento de alquiler que fuese económico. Tenía los ahorros de siete años de trabajo ininterrumpidos, casi treinta y cinco mil dólares, gracias a que nunca he sido una mujer de lujos o caprichos. Y tenía intención de usarlos para hacer el viaje de mi vida, el que siempre había querido hacer y nunca había podido.

No dije nada en casa hasta que los papeles del traspaso de los almacenes estuvieron firmados. Entonces, delante de mi hermano, lo anuncié.

La noticia no sentó muy bien. Mi padre gritó, llamándome irresponsable; mi madre lloriqueó, diciendo que qué iba a hacer sin tener a su niña cerca; y mi hermano me acusó de ser una egoísta porque iba a dejarlo a él al frente de un negocio que odiaba, y que se vería obligado a dejar el empleo que tenía para ocuparse de él. Nada nuevo bajo el sol. Pero me mantuve firme, y no consiguieron hacerme sentir culpable por mi decisión.

Sonreí al recordarlo mientras le escribía la tarjeta a la señora Rayne. Sabía que la operación había ido bien, y que, aunque habían tenido que extirparle el bazo, su vida ya no estaba en peligro y aquella misma mañana la habían trasladado a planta desde la UCI. En la nota le decía que lamentaba mucho no poder ir a verla; que no había querido molestarla mientras estaba en cuidados intensivos, y que ahora ya no podía visitarla. Que me iba de Cascade al día siguiente, que iba a estar lejos una larga temporada, y que no sabía si volvería. Le prometí que le enviaría una tarjeta postal, porque sabía que le gustaba coleccionarlas. Que se cuidara mucho, y le mandé un fuerte

abrazo.

Metí la nota en el sobre, y la cerré.

—¿Cuándo le llevaréis el ramo? —le pregunté a Nat.

—Esta misma tarde. Tenemos varios por entregar.

—De acuerdo. Muchísimas gracias.

—De nada, cielo. Espero que en Italia encuentres lo que buscas.

—Yo, también. ¡Hasta la vista!

—Hasta la vista. ¡Y cuídate mucho!

Salí de allí muy satisfecha. En el fondo, muy en el fondo, mantenía la esperanza de que Mac leyese la nota y se le revolvieran las tripas. Que tuviese una revelación y, al darse cuenta de que me perdía, lo viese todo claro y viniese a por mí. No voy a negar que incluso se me pasó por la cabeza la idea de vivir una de esas escenas de película, conmigo en la cola para el embarque, y él llegando, agitado y sudoroso de tanto correr para llegar a tiempo e impedir que me marchara.

Hubiese sido muy bonito, y romántico. E imposible. Mac no me amaba, eso me había quedado claro. El convencimiento que tenía de que sí me quería pero que había algo que le impedía mostrarlo abiertamente, y que él había ido alimentando durante los años siguientes a su regreso, quedó hecho añicos en el hospital. Nadie mira con tanto odio a la mujer de la que está enamorado. Y el porqué me había montado una escenita en el granero cuando me escapé con Keitan, se volvió un misterio. Igual que los motivos que lo impulsaron a apartar cualquier posibilidad de romance con los hombres de mi alrededor, asustándolos o amenazándolos.

Y ya no me importaban. Quizá simplemente era un loco desequilibrado. Y yo no quería tener nada que ver con locos. Ya había bastantes en mi familia.

## Capítulo tres

—¿No te dejas nada? ¿Lo llevas todo?

—Britt, es la quinta vez que me haces la misma pregunta —repliqué, riéndome—. Llevo todo lo importante, y lo que necesite, ya lo compraré allí.

Estábamos en el aeropuerto, las tres amigas, Britt, Clara y yo. Eran las únicas que habían venido a despedirme. Mis padres se habían quedado en casa, refunfuñando uno y llorando la otra. Mi hermano ni siquiera estaba allí. Había vuelto a su casa en Helena. Antes, claro está, me pidió que le firmara unos poderes para poder tomar decisiones respecto a los almacenes sin tener que depender de mí. Me negué. Iba a obligarlo a hacer el trabajo que yo había hecho durante años; y si quería vender el negocio, tendría que hablar conmigo cara a cara antes.

—Te vamos a echar mucho de menos —me dijo Clara.

—No digas tonterías. Os tenéis la una a la otra. Además, tú tienes a Kaden y al chiquitín.

—Pero en mi corazón hay un hueco que solo es para ti, Hannah.

Britt asintió, con los ojos encharcados en lágrimas, y yo también acabé llorando, abrazada a ellas, formando un espectáculo lamentable que hizo que todo el mundo alrededor acabara mirándonos.

—Prométenos que nos mantendrás al tanto de tus andanzas —me dijo Britt, hipando.

—¿Hola? —repliqué, intentando bromear—. Tenemos el grupo de *whatsapp*, ¿recordáis? Hablaremos a diario, y os pasaré muchas fotos, y audios y vídeos.

—A mí has de prometerme que te follarás a cuanto italiano buenorro se te ponga por delante.

Solté una carcajada, y abracé a Clara. Siempre tan directa. Ambas sabían por qué me iba en realidad, aunque ninguna de las dos dijo nada al respecto porque respetaban y comprendían mi decisión. Las mejores amigas del mundo.

—Y les haré fotos mientras duermen y os las enviaré, para que os muráis de envidia.

Nos pusimos a reír, y mientras nos abrazábamos de nuevo, riendo y llorando a la vez, llegó la hora de separarme de ellas, pasar los controles, y subir al avión.

Atrás dejaba toda una vida, pero por delante me esperaba una aventura en toda regla, y estaba dispuesta a exprimirla hasta las últimas consecuencias.

El viaje fue interminable, monótono y aburrido. Lo pasé durmiendo o leyendo. Estaba nerviosa, asustada, y sin ganas de entablar conversación con nadie. En los asientos de al lado tenía una pareja italiana, recién casados por lo que pude deducir, que no paraban de hacerse cariños y hablar en susurros. Supuse que habían estado en Estados Unidos de luna de miel.

A ratos, agucé el oído para empaparme con esa cadencia poética y musical que tiene el italiano, y me pregunté si algún día lograría entenderlo. ¡Más me valía hacerlo! Iba a tener que espabilar si quería poder desenvolverme sin problemas, y mi plan dependía mucho de ello.

Lo tenía todo pensado. Los primeros días los dedicaría a hacer turismo. Había muchos lugares que visitar, y muchas cosas que hacer. ¡Quería darme un paseo en góndola! Caminar por el palacio ducal, admirar la belleza de la basílica de San Marcos, pisar el puente del Rialto, y asistir a un concierto en La Fenice. También quería perderme por los callejones, caminar sin rumbo fijo, y llenarme los pulmones del aire impregnado de Historia.

Pero, sobre todo, quería llenar de bocetos mis cuadernos de dibujos. ¡Hacía tantos años que no lo hacía! que ni siquiera sabía si me acordaría de cómo hacerlo.

En el aeropuerto Marco Polo me estaba esperando Gia. No había cambiado nada en todos estos años, ni siquiera la alegría que destilaban sus ojazos negros. Seguía teniendo el pelo largo, sedoso y ondulado; y su rostro, de piel olivácea, recuerdo de sus ancestros gitanos, quizá un poco demasiado anguloso para una mujer según nuestros estúpidos cánones de belleza, todavía le daban ese aire falso de severidad y dureza que se diluía en cuanto sonreía.

—¡¡¡Hannah!!! —gritó en cuanto me vio aparecer, y corrió hacia mí para darme el abrazo más efusivo que nunca había recibido—. ¡Qué alegría tenerte aquí! ¡Después de tantos años!

Solté las maletas para rodearla con mis brazos y estuvimos un rato así, llorando de emoción y alegría, apretándonos con fuerza y dando saltitos, y sentí como si el tiempo no hubiese transcurrido.

—Me alegro tanto, tanto de verte.

—Y yo me alegro tanto de que por fin te hayas decidido a venir. Vamos, —se apartó de mí y cogió una de mis maletas y con la otra mano, me agarró a

mí—. Tenemos que coger el *vaporetto*. ¡A ver si tenemos suerte y podemos sentarnos detrás!

Tiró de mí, caminando decidida, arrastrándome mientras yo tiraba con dificultad de la otra maleta.

—¿Detrás?

—Sí, al aire libre, para que te dé el sol y el aire del mar en la cara. ¿Te mareas en barco?

—Pues... no lo sé. Nunca he subido en uno.

—Bueno, no te preocupes. Te acostumbrarás en seguida. Aquí, o caminas, o vas en *vaporetto*. ¡No hay más opción!

Se rio, contagiándome su alegría, y acabamos riendo al unísono, cogidas del brazo y arrastrando mis maletas por el interminable pasillo que llevaba al atracadero de los *vaporetto*.

Mi primer contacto con Venecia fue a través de la laguna, con el viento en el rostro, inundada de una plétórica alegría y el convencimiento de que todo iba a salirme muy bien a partir de ese momento. Ni siquiera el espantoso ruido del motor del *vaporetto* fue capaz de arrancarme de la cabeza y del corazón la sensación de ligereza que tenía. Como si, de repente, solo por estar allí, me hubiera quitado de encima el gran peso que llevaba soportando toda la vida. Me sentí libre por primera vez, y el futuro era una página en blanco en la que podía escribir cualquier cosa.

Atrás quedaron todas las responsabilidades que mi familia me había obligado a tener; y el nefasto y obsesivo amor que sentía por Mac, que me había arrebatado la alegría y la esperanza de tener una vida plena, dejó de ser como un puño oprimiéndome el pecho. Sí, el regusto amargo todavía estaba allí, e iba a necesitar tiempo y espacio para que desapareciera; pero allí, en aquella ciudad mágica llena de historia, todo era posible.

Tardamos un buen rato en hacer el recorrido hasta llegar a nuestro destino, y adentrarnos en el Gran Canal hasta llegar a la terminal en la que íbamos a bajar, la del Mercado de Rialto.

Gia había vivido toda su vida en el *palazzo* que pertenecía a su familia. Los Macchi habían sido importantes en la época en que Venecia era una gran potencia. Eran una familia de comerciantes con muchas influencias, grandes aliados de los Sanudo, con los que estaban emparentados por matrimonio. El edificio, remodelado y dividido en apartamentos durante el siglo XIX, era lo único que les quedaba de su pasado esplendoroso como comerciantes.

Aunque seguía siendo una familia inmensamente rica, ahora se dedicaban a la política y habían establecido su residencia en Roma, dejando atrás sus raíces.

Llegamos a él caminando por estrechas callejuelas llenas de vida, abarrotadas de gente de todas partes del mundo, y en las que se oía una rara mezcla de idiomas y rostros.

—¿Siempre es así? —pregunté, sorprendida.

—No, que va. En verano es mucho peor.

—¿En serio?

—Totalmente. Y cierra la boca —añadió, riéndose y empujándome el mentón hacia arriba con dos dedos—, o te entrará una mosca.

Me reí con ella porque tenía razón. Lo iba mirando todo completamente embobada, con la boca abierta por el asombro; las calles estrechas, las plazas (que aquí se llaman «campos»), los edificios... todo era Historia, con mayúscula, y se notaba en cada piedra, en cada paso que daba, en cada inhalación de aire.

—Esto es maravilloso —susurré al pasar por delante de la iglesia de san Giacomo di Rialto y ver el enorme reloj con números romanos que ocupaba una exagerada parte de la fachada.

—Esto no es nada. Espérate a mañana. Voy a llevarte al Palacio Ducal.

—Me muero por verlo todo. Estoy ansiosa. ¿Se acostumbra una a toda esta grandiosidad?

—La verdad es que no, aunque aprendí a apreciarlo mucho más cuando estuve lejos.

—Estados Unidos es anodino, en comparación —admití—. Aunque si repites mis palabras, las negaré —añadí, riéndome.

—Cada país tiene cosas interesantes. Pero como mi Venecia...

Llegamos al Palacio Macchi poco después. La entrada a la parte en la que Gia tenía su apartamento era pequeña y moderna, aunque el interior olía a viejo y a iglesia abandonada.

—Es el olor de la Historia —se rio Gia cuando vio que arrugaba la nariz—. Y a la falta de ventilación y la humedad impregnada en la piedra. Pero no te preocupes, mi apartamento no huele así.

Subimos cuatro tramos de escalera estrecha y empinada, arrastrando las maletas como pudimos, hasta llegar a la parte más alta. Gia abrió la puerta y yo la seguí, entrando en su apartamento.

—¿Qué te parece?

Me quedé boquiabierta porque no esperaba encontrar un espacio tan

amplio y diáfano. En este tipo de palacios, las habitaciones solían ser pequeñas porque así era más fácil calentarlas, pero lo que se abría ante mí era una única habitación enorme, muy moderna, con varios ambientes muy definidos. A la derecha estaba la cocina, con barra de desayunos, y una mesa comedor de cristal con seis sillas. A la izquierda, una gran chimenea presidía la zona de ocio, relax y descanso, rodeada por dos sofás blancos de cuatro plazas, y una alfombra peluda y mullida. El suelo era de madera, y el techo estaba muy alto, tan alto que casi daba miedo, y estaba decorado con varios frescos de la escuela veneciana.

—Los pintó Tintoretto en el siglo XVI —me dijo Gia poniéndose a mi lado para mirarlos también—. Son magníficos, ¿verdad?

—Sí. Es como vivir en un museo. ¿No tienes miedo que se degraden?

—Por supuesto, por eso casi no uso la cocina, y no permito a nadie fumar aquí dentro. Poco más puedo hacer. Ven —empezó a caminar hacia una de las dos puertas que había a la izquierda—. Te enseñaré tu habitación.

—Serán solo unos días, te lo prometo. Encontraré algo y me mudaré.

—De eso, nada, Hannah. Mi casa es tu casa. Además, en esta zona es imposible encontrar algo de alquiler a largo plazo y que sea asequible; te fundirías los ahorros en pocos días. Y me encantará tenerte aquí. —Se paró delante de una puerta y me miró, sonriente—. ¿Estás preparada?

Asentí con la cabeza y abrió la puerta, invitándome a entrar con un gesto.

La habitación parecía sacada de una película sobre Casanova. Una gran cama de cuatro postes presidía el dormitorio, con el dosel y las cortinas gruesas de terciopelo rojo ribeteado en negro. Era muy alta, y tenía un escabel a un lado para poder subir.

—Es... —Me había quedado sin palabras y no podía expresar lo que sentía.

—¿Absolutamente decadente y presuntuosa?

—¡No! Es absolutamente maravillosa. Como haber viajado en el tiempo. Incluso el edredón parece antiguo —añadí, acariciándolo con la palma de la mano.

—Pero no lo es —bromeó Gia—. Mi fanatismo por las antigüedades no llega hasta ese punto.

—Y la chimenea...

Me acerqué a ella. Era enorme, casi tan alta como yo, y profunda. Me metí en el interior y toqué la piedra del fondo con las manos, deleitándome con el tacto frío.

—La dejé solo como elemento decorativo, no funciona —me explicó Gia—. Está cegada un metro por arriba para que no se escape el calor en invierno. Pero aunque no funcione, no podía quitarla.

—¡Por supuesto que no! —exclamé, horrorizada por la idea.

—Quizá algún día la arregle para que funcione con gas. O pondré una de esas pantallas falsas en las que se ve ardiendo un fuego. Todavía no me he decidido por alguna de las dos opciones. Acabará poniendo lo que se vea menos falso. Ven, te enseño el vestidor.

Abrió una puerta escondida, disimulada en los paneles de madera que recubrían toda la pared, y encendió una luz. Era un cuarto con baldas y perchas para la ropa, y una puerta a la derecha.

—Aquí está el baño, todo para ti sola.

—Esto es un sueño.

—¡¡Giaaa!!

La voz masculina me sobresaltó y me giré, espantada. Gia se rio al ver el susto que me había llevado.

—Tranquila, es solo mi primo —me dijo dándome un pequeño empujón en el hombro—. ¡Dante! ¡*Siamo qui!* ¡*Nella stanza di Casanova!*

—¿Casanova? —pregunté.

—Es una larga historia. Ya te la contaré. Ahora refréscate un poco y cámbiate de ropa, que hueles a sudor, cochina, y quiero que des una muy buena impresión a mi primo.

—¿Eh? ¿Qué?

Me dejó con la palabra en la boca, saliendo del baño y cerrando la puerta tras de sí, dejándome allí sola. Respiré hondo y sonreí. Gia, siempre con sus teje manejes. Seguro que se había propuesto emparejarme con ese tal Dante. En nuestra época de la universidad hacía lo mismo, me volvía loca siempre presentándome a los chicos más guapos para que «me saliera novio de una buena vez y me diese una alegría», decía.

«Pero esta vez, si el tal Dante es guapo, quizá le haré caso y me daré una buena alegría», pensé, mirándome al espejo. Estaba horrible, con cara de cansada y el pelo hecho un revoltijo, así que me dispuse a adecentarme para causar una buena primera impresión.

Media hora más tarde, después de pasarme un agua en la ducha, cepillarme el pelo y arreglarme el maquillaje, salí al salón. Gia estaba sentada en uno de los sofás, al lado del hombre más guapo y varonil que había visto en la vida (Mac ya no contaba). Se levantó en cuanto crucé la puerta y vino

hacia mí, decidido, para darme un abrazo y plantarme dos sonoros besos en las mejillas.

—*¡La mia preziosa bambina! Io sono Dante Macchi...*

Siguió hablando en italiano, un idioma que yo no entendía en absoluto, ante la divertida mirada de Gia. Sonreí como una tonta mientras le miraba el rostro, tan cercano al mío. Tenía los ojos muy expresivos, del color del chocolate caliente con pequeños puntitos dorados que brillaban como estrellas. El pelo le llegaba a los hombros, ondulado, castaño oscuro con algunos mechones más claros. La nariz aquilina dividía un rostro hermoso y simétrico, con pómulos altos, mentón afilado y unos labios carnosos pero muy masculinos.

—Dante, *sei uno scemo* —le dijo Gia.

—¡Ey! —protestó el aludido, molesto, por lo que supuse que lo había insultado.

—Hannah no habla italiano.

—¡Ah! *¡Mi dispiace!* Creí que lo entendías —dijo, dirigiéndose a mí de nuevo, pero esta vez en mi propio idioma—. Lo siento mucho. Decía que estoy muy feliz de conocer por fin a la magnífica amiga que cuidó de nuestra pequeña Gia durante el tiempo que estuvo en Estados Unidos. Toda la familia Macchi está en deuda contigo.

—Gracias —atiné a susurrar—, pero en realidad no hice nada.

—Hermosa y modesta. Creo que me estoy enamorando de ti.

Me ruboricé como una adolescente sin poder hacer nada para evitarlo. Sentí el calor en mis mejillas y sonreí con timidez, mirando a Gia de reojo para que me echara una mano porque yo me había quedado sin palabras.

—Deja de abrumar a mi invitada, Dante. Y córtate un poco. Es un mujeriego empedernido —añadió, dirigiéndose a mí—. Espero que no caigas en sus garras.

Me guiñó un ojo, y entendí el mensaje perfectamente: «utilízalo para pasar unas buenas vacaciones, pero ni se te ocurra enamorarte de él».

Bueno, yo estaba harta del amor, así que no iba a ser una presa fácil en ese aspecto. Pero divertirme... esa era una cuestión totalmente diferente que nada tenía que ver con el amor. Y Dante era un hombre muy apuesto.

—Hablas de mí como si yo fuera un ave de presa, querida prima. Nada más lejos de la realidad. Mi problema es que soy demasiado enamorado.

—Sí, sufres de déficit de atención amorosa: hoy amas a una, y mañana amarás a otra. Estoy deseando que un día te enamores de verdad y que ella te

haga sufrir como mereces.

—Eres una mala pécora, desearle algo así a tu más querido primo — protestó él, poniéndose la mano en el pecho y abriendo los ojos teatralmente.

—No eres mi más querido primo.

—¡Oh! No me esperaba algo así de ti. Tú sí eres mi más querida prima. Vamos, *amore* —dijo, mirándome con ojos pícaros y ofreciéndome su brazo —, te invito a comer. Dejemos sola a esta bruja del averno que no merece estar en nuestra compañía.

—Lo siento, Dante —le dije, siguiendo la broma e intentando no echarme a reír—, pero Gia es mi amiga, y por nada del mundo pienso dejarla sola. Aunque sea una bruja.

—*Donne maledette*. Conseguís volver loco a cualquier hombre. Está bien, os acompañaré a pesar de todo. *Andiamo*.

\*\*\*

Hacía una semana que Hannah se había marchado de Cascade. Todo el mundo hablaba de ello, algo normal en un pueblo como este en que las noticias corren como la pólvora. Yo me enteré el mismo día de su marcha, cuando fui a ver a mi madre al hospital y me dio la tarjeta que le había enviado con un ramo de flores.

—Espero que estés contento —me soltó, recriminándome con los labios fruncidos y una mirada casi asesina—. Ya te la has quitado de encima.

—¿De quién hablas?

—De Hannah. Se ha ido de Cascade.

La noticia me sorprendió, pero lo disimulé lo mejor que pude.

—¿Ha dejado los almacenes?

—Eso parece, aunque en su nota no dice nada de eso.

Miré la tarjeta que tenía entre las manos y la leí.

*«Querida señora Rayne: Lamento mucho no poder ir a verla. No quise molestarla los días que estuvo en cuidados intensivos, y ahora ya no puedo ir. ¡Me voy a Italia! ¿Se lo puede creer? Voy a pasar allí una larga temporada, pero no voy a aburrirla con mis cosas.*

*Espero que se recupere pronto y bien. Le enviaré una postal desde allí, para su colección.*

*Atentamente,*

*Hannah Summer*».

Cuando terminé de leerla, tuve el impulso de arrugar la tarjeta y tirarla contra la pared, pero me contuve. Mi madre me miraba con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados, signo inequívoco de que estaba muy molesta conmigo.

—¿Qué le has hecho? —me preguntó, de sopetón.

—¿Qué? ¿Por qué tengo que haberle hecho algo?

—Hijo, no soy estúpida. Hannah lleva toda su vida enamorada de ti, y si ha decidido irse del pueblo ha tenido que ser porque tú le has hecho algo muy gordo.

—Pues no le he hecho nada —protesté, enfurruñado. Uno de los incómodos poderes extrasensoriales de mi madre, es conseguir que yo me sienta como un adolescente cada vez que me riñe.

—No me mientas.

—¡No miento!

Oh, sí, mentía. La había tratado muy mal cuando vino a verme al hospital para estar conmigo y ofrecerme su consuelo y compañía. La eché de mi lado sin consideración y gritando como un energúmeno. Después tuve que aguantar la bronca de Nita, que no se cortó un pelo a pesar de las circunstancias, pero me mantuve en mis trece y me negué a salir detrás de ella para pedirle perdón.

Debería haberlo hecho, y pensé en hacerlo más adelante, cuando mis nervios se hubiesen calmado y la furia interior hubiera desaparecido; aunque no podría haberle hecho entender mi reacción y mi auténtico estado de ánimo, sin hablarle de mi pasado en Texas y lo que allí ocurrió.

Y eso no podía hacerlo.

Jamás había hablado de ello con nadie, excepto con el terapeuta que la DEA puso a mi disposición cuando todo acabó. Y tampoco es que fuese muy claro ni hablase abiertamente de cómo me sentía.

El sicólogo lo intuyó. Son como perros de presa, oliendo un trauma a la legua, yendo a por él sin conmiseración, obligándote a hurgar en la herida hasta hacerla sangrar de nuevo.

Yo me negué. Me encerré en un mutismo casi patológico que lo obligó a declararme no apto para el servicio activo y me confinó detrás de una mesa, lejos de la acción.

Y ahora, Hannah, la única «cosa» que se mantenía inalterable en mi caótica vida, se había ido. Ya no me encontraría más con ella por la calle, ni

podría oír su risa, o perderme en sus preciosos ojos. La mujer a la que había amado desde mi infancia, había desaparecido de mi vida para siempre.

«Mejor así, ¿no? Esto era lo que querías, que te olvidara y siguiera con su vida. Querías que te dejara en paz. Pues lo has conseguido».

Era lo mejor para ambos. Hannah merecía a un hombre de verdad, no una piltrafa como yo, un hombre repleto de traumas y cargado de culpabilidad. Un hombre que no puede dormir una noche en paz sin despertar empapado en sudor, sumido en una pesadilla recurrente, con las manos manchadas de sangre inocente.

Hannah estaría mucho mejor sin mí. Aunque las tripas se me retorcieran solo con imaginar mi futuro sin ella presente.

—¿En qué piensas?

Nita se me había acercado por detrás mientras yo me había perdido en mis pensamientos. Estábamos en la calle, delante de los almacenes Summer, que ahora me parecía un lugar sin vida al saber que Hannah no estaba allí.

—En nada —repliqué, y me puse a caminar en dirección a mi oficina.

—¿Te has enterado del lío que ha montado Hannah al marcharse?

—No, y no me interesa.

—Pues te lo voy a contar igual. —Nita mantenía mi paso, a pesar de que yo aceleré para perderla. Esta mujer de piernas largas y tan decidida como un pitbull no iba a rendirse con facilidad—. Parece que los padres pusieron los almacenes a nombre de ella y del hermano, y Hannah se cabreó. Lógico, teniendo en cuenta que durante todos estos años ha sido ella la que ha llevado el negocio, sin ayuda de nadie. Así que decidió largarse, y los ha dejado en la estacada. Ahora el padre intenta forzar al hermano a volver al pueblo para hacerse cargo, pero este se niega.

—John siempre ha sido un imbécil prepotente que se ha aprovechado de su familia. Todos en el pueblo lo saben.

—Pues los padres le echan la culpa a Hannah por haberse ido, y están que trinan.

—Siempre han sido unos ciegos en todo lo que respecta a sus hijos. A Hannah la presionaron para que se quedara aquí. Le cortaron las alas desde bien jovencita. Si consiguió ir a la universidad y estudiar lo que ella quería fue porque es testaruda. Si los Summer se hubieran salido con la suya, ni eso habría logrado. Solo han tenido ojos para el inepto de John.

—Yo me alegro de que por fin haya decidido largarse de aquí. A ver si consigue olvidarse de ti de una puta vez y tener una buena vida. Britt me ha

dicho que hay un italiano muy guapo y rico que le hace ojitos tiernos, un primo de su amiga Gia. Por lo visto, se han convertido en inseparables.

—Me alegro mucho —refunfuñé mientras el fantasma de los celos se enredaba en mi estómago haciéndome sentir náuseas.

—Lo sé. Debes sentirte liberado ahora que ya no tienes que huir de ella ni de sus ojitos de cordero degollado.

—Mucho.

—Claro. Pensar que está en brazos de otro que la hace feliz, a tantos kilómetros de distancia, y que probablemente no volverás a verla...

—Cállate —gruñí.

—Y el tío es muy guapo. Un adonis. Envió una foto de él por *whatsapp*, y te aseguro que todas babeamos. Hasta yo. ¿Quieres verla? La tengo guardada en mi móvil solo para enseñártela.

—¿No tienes nada mejor que hacer?

—¿Mejor que qué? ¿Que torturarte? Nop. Se te está poniendo la cara verde. ¿Te encuentras mal?

—Vete a la mierda, Nita. Déjame en paz.

—Claro, jefe. Ahora mismo. Pero que sepas que si, digamos, decidieses tomarte unas vacaciones para ir a Italia, yo podría hacerme cargo de todo sin problemas.

—No se me ha perdido nada en Italia.

—No, claro. Nada de nada. Ni siquiera tu corazón, porque no tienes, ¿verdad? *Ciao, bambino*.

Nita se alejó dejándome solo por fin. Yo entré en la oficina y me dirigí hacia mi despacho sin saludar ni mirar a Colin, que en ese momento estaba atendiendo una llamada. No tenía ganas de hablar con nadie.

Nita era una cabrona hija de puta, con un sexto sentido único. A ella no la engañaba. Sabía de sobra que yo estaba enamorado de Hannah y su conversación había ido dirigida explícitamente a hacerme reventar de celos.

Y estaba a punto de conseguirlo, porque imaginarme a Hannah en brazos de otro hacía que se apoderara de mí una furia asesina que no podía controlar.

## Capítulo cuatro

Mis primeros días en Venecia fueron como vivir otra vida, como si no fuese yo quien estaba allí; o como si mi vida anterior no fuese más que una pesadilla de la que hubiera despertado. La belleza de la ciudad me saturó los sentidos y amortiguó las penas que me habían traído hasta allí. De vez en cuando pensaba en la discusión con mis padres, en los años perdidos en los almacenes, y en Mac; pero era como si hubiesen pasado siglos y el dolor se hubiera atemperado. Era feliz y me sentía viva y plena por primera vez en mi vida, como si me hubiera desecho de un lastre que me hundía y me impedía volar. Había días que me sentía borracha de felicidad, llena de una energía que jamás hubiera sospechado que guardaba en mi interior.

Al principio, Gia y Dante me hacían de guías y me llevaron por los lugares más característicos y turísticos. Visité el Palacio Ducal, la plaza de San Marcos, la basílica; subí al Campanile para tener unas magníficas vistas de toda la ciudad; atravesé multitud de puentes, y admiré el Gran Canal desde lo alto del puente del Rialto.

Durante aquellos primeros días fui una turista más de los miles que había. Pero la verdadera ciudad empecé a descubrirla cuando me decidí a salir sola a caminar por los callejones y perderme en ellos.

Dicen que lo mejor que puedes hacer en Venecia es perderte, y es cierto, porque allí me reencontré con mi verdadera pasión.

El primer día que salí sola, lo hice solo con el bolso y sin expectativas. Caminé sin rumbo, admirando las bellezas arquitectónicas, las estilizadas góndolas navegando por los canales, las maravillosas tiendas de máscaras artesanales, la gente que caminaba por las callejuelas. Llegué al antiguo barrio judío, con sus sinagogas, los niños jugando en el campo del Ghetto Nuovo, y algunos judíos ortodoxos caminando, con sus rizos a los lados de la cabeza.

Durante todo el rato me picaron los dedos y, sin ser consciente, en mi mente transformaba las imágenes que veía en dibujos al carboncillo, como cuando estaba en la universidad e iba a todos lados con mi cuaderno y mis lápices. Por eso, al día siguiente le pedí a Dante que me llevara hasta alguna tienda de artículos de pintura para poder hacerme con lo necesario para poder dibujar.

—Tienes que hacerme un retrato —me dijo al salir. Iba con las manos en

los bolsillos y caminaba despreocupadamente. El aire sacudía levemente su media melena ondulada—. De cuerpo entero. Mostrarás al mundo mi inmaculada belleza masculina en su máximo esplendor. Posaré para ti completamente desnudo, en una postura lánguida, tumbado en un diván. ¿Qué te parece la idea?

—Uf, estoy muy oxidada. Hace años que no dibujo —me excusé mientras me ponía colorada como un tomate.

—¿Y eso? ¿Por qué?

Me encogí de hombros y seguí caminando. Me daba vergüenza admitir que, las circunstancias primero y un hombre tonto después, consiguieron hacerme olvidar mi pasión por el arte y la pintura.

—Cosas que pasan —murmuré al final porque él no dejaba de mirarme esperando una respuesta.

—*La vita è una cagna.*

—¿*Cagna*?

—Putas, zorra, perra. Que es una mierda, vaya. Y si la dejas, te hunde.

—No me parecías el tipo de persona que piensa así.

—*Perché*? ¿Porque siempre estoy bromeando?

—Por eso, y porque provienes de una familia rica. No das la impresión de tener que luchar mucho para conseguir lo que quieres.

Se echó a reír, pero fue una risa amarga mientras en sus ojos vi pasar una sombra de dolor, un brillo fugaz que me contó que Dante escondía mucho más de lo que dejaba entrever.

—Y yo no creía que tú eras del tipo de persona que prejuzga a los demás solo por las apariencias.

—Y no suelo serlo, pero tú te esfuerzas mucho para mantener escondida esa parte de ti que no quieres que los demás vean, ¿no? No puedes culparme por juzgarte exactamente como tú has querido que lo haga.

—Ah, tienes razón, *amore*. Has dado en plena diana.

—Dime, ¿qué es lo que escondes?

Me miró con esos ojos castaños que me tenían fascinada porque, cuando les daba el sol, aparecían puntitos dorados que brillaban como estrellas.

—Quizá algún día te abra mi corazón, *cara*. Pero hoy, no. Ahora, dime, ¿te atreves a dibujarme? Me da igual que hayas perdido la práctica. Un modelo como yo seguro que te alentará a mejorar. Estoy dispuesto a posar desnudo para ti, aprovéchalo. Algo así no ocurre todos los días.

Me sonrió con picardía, sabiendo que ese tipo de comentario hacía que el

rubor subiera a mis mejillas. ¿Verlo desnudo? ¿Posando para mí? ¿Para que yo lo dibujara? Bueno, ¿por qué no? ¿Acaso había algo o alguien que pudiera impedírmelo?

—Está bien, lo haré. Pero primero has de darme unos días para que mis manos vuelvan a tener la agilidad de antes. Un modelo perfecto como tú, merece que sea plasmado en el papel igualmente perfecto.

—En eso estamos totalmente de acuerdo. Hannah, estoy deseando que llegue ese día.

Desde ese día, cada mañana me perdía por los callejones con mi cuaderno y los lápices. No iba a los lugares invadidos por los turistas, sino que buscaba rincones apartados, más íntimos, donde la vida real de Venecia se mostraba ante mis ojos. Dibujé un puente de madera sobre un canal casi desierto; los niños que jugaban a la pelota en el campo del Ghetto Nuovo; un grupo de gondoleros tomándose una copa de vino después de terminar su jornada laboral; un viejo artesano trabajando en su taller sobre una máscara de carnaval. Detalles cotidianos que hacían de Venecia una ciudad real, no solo un enorme museo repleto de turistas.

Por la tarde, cuando Gia salía temprano del trabajo, íbamos a alguno de los bares frecuentados por los venecianos a tomar un spritz o una copa de vino mientras picoteábamos las típicas tapas de la región. Me gustaba sentarme un rato en un rincón (en los lugares en que una podía sentarse) y escuchar el alegre acento de los italianos. Poco a poco, con la ayuda de mi amiga y de Dante, empecé a comprender algunas palabras sueltas. Afortunadamente para mí, hay muchos venecianos que hablan perfectamente el inglés (entre otros idiomas), ya que la base de su economía es el turismo y es casi imprescindible para poder encontrar trabajo.

A veces, Dante se nos unía y eso hacía la salida mucho más divertida. Con ella solíamos ir caminando a los lugares, pero cuando él venía, siempre nos pasaba a buscar con su lancha y cruzábamos la ciudad navegando por los canales.

—¿Has visitado el cementerio? —me preguntó una noche.

Estábamos sentados en la lancha con otros amigos, tomándonos una copa de vino mientras una música suave salía del interior del bar. Casi todo el mundo se había ido ya a su casa, y la calle al lado del canal estaba prácticamente desierta. Uno de los camareros nos miró desde la ventana e hizo señas, como diciendo que debían cerrar ya. Dante le contestó con un

asentimiento de cabeza e instó al resto a llevar las copas vacías dentro y a irse a su casa.

Gia no había venido aquella noche, así que, cuando todos se marcharon, nos quedamos los dos solos.

—¿Me recomiendas visitarlo? —le pregunté, retomando la conversación.

—Sí, seguro que podrás sacar unos magníficos bocetos. Pero ahora mismo... —Miró el reloj. Eran las dos de la madrugada, y yo me sentía un tanto achispada después de haberme tomado un par de copas de más—. Vamos a hacer algo que cualquier veneciano rebelde ha hecho, por lo menos, una vez en la vida.

—¿El qué?

Me sentí fascinada y llena de curiosidad a causa del brillo pícaro y travieso de su mirada. Sonrió sin contestar, pero me guiñó un ojo antes de poner en marcha la lancha.

—Ven, siéntate a mi lado —me dijo mientras transitábamos con calma por los canales.

Abandoné el asiento de atrás en el que estaba y me puse a su lado. En sus labios seguía la sonrisa torcida y descarada.

—Agárrate bien —me avisó cuando entramos en el Gran Canal antes de acelerar y enfilarse a toda velocidad.

Grité y me reí. La lancha se deslizaba sobre las aguas tranquilas y el viento me azotaba el rostro. Tenía las manos aferradas, una en la borda, la otra en el extremo del parabrisas, y los nudillos se me estaban poniendo blancos. El Gran Canal estaba vacío excepto por nosotros y unos cuantos transeúntes rezagados que caminaban por las aceras.

—¡Estás loco! —grité por encima del ruido del motor, riéndome. El agua me salpicaba y hacía frío, pero me daba igual. Me sentí como si la vida fuera algo sólido que pudiera coger con las manos, y hacer con ella lo que quisiera. Grité de alegría, eufórica como una copa de champán con las burbujas revoloteando y chocando contra el cristal. Me solté y levanté las manos al cielo, más feliz que nunca en mi vida.

Un rato después, con las mejillas arreboladas, el corazón latiéndome a mil y todavía sonriendo de felicidad, abandonamos el Gran Canal. Era hora de regresar a casa de Gia para irme a dormir. Dante me llevó con la lancha hasta las escaleras más cercanas. La ató en la reja y desembarcó para acompañarme.

—No es necesario —le dije. Estábamos muy cerca, a menos de cinco

minutos.

—Un caballero no deja a una dama sola en la calle en plena noche, *cara*.

—Y tú eres un caballero, claro.

—Por supuesto.

Me ofreció su brazo y me cogí a él, riendo otra vez.

—¿Te has divertido?

—Mucho. Ha sido casi como volar. Jamás me había sentido tan libre.

—Venecia tiene ese efecto en las personas.

—Sí, pero también tiene mucho que ver el ir a toda velocidad por el canal. Y la compañía. Sobre todo, la compañía.

—Es bueno saber que te sientes libre estando conmigo.

Habíamos llegado ya a la puerta del palacete. Su voz sonó como un ronroneo. Nos quedamos quietos, uno delante del otro. Dante me miraba con intensidad. Sus labios perdieron esa constante risa torcida y burlona que siempre lo acompañaba. Tragó saliva, muy serio, mientras sus ojos abandonaron los míos para dirigirse a mis labios. Me pasé la lengua por ellos. No fue algo consciente, sino porque de repente sentí la trascendencia del momento. Iba a besarme si no se lo impedía. En aquel mismo momento.

¿Por qué querría detenerlo?

Durante un fugaz instante, mientras los labios de Dante se acercaban a los míos, la imagen de Mac apareció en mi mente. La hice a un lado, molesta. No tenía ningún derecho a estar allí, a estropearme ese momento.

El beso fue suave, y dulce, y me abandoné a él sin resistirme. Nuestros labios y nuestras lenguas jugaron, divirtiéndose, haciendo que suspirara, que se me erizara la piel, que mi útero pulsara de deseo.

Las manos de Dante se deslizaron por mi espalda, pegándome a él. Las mías volaron a su cuello, para rodeárselo primero, y para perderse en su pelo después.

Fue un beso largo, húmedo, concienzudo. Un beso que hizo que los dedos de los pies se me encogieran, que mi corazón cabalgara desbocado, y que la piel ardiera.

Cuando por fin se separó de mí, ambos respirábamos agitadamente. Me miró. Un mechón de pelo le caía sobre la frente, y en sus ojos había un deje de tristeza.

—Vas a romperme el corazón, *cara* —me dijo en un susurro, con una sonrisa melancólica en los labios—. Pero no me importa. Hasta mañana, *bella*.

—Hasta mañana —musité, todavía intentando recuperarme del beso.

\*\*\*

Durante muchos años, me había refugiado en el trabajo para no pensar demasiado en mi inexistente vida. Pero ya no me servía. Intentaba leer los informes y la cabeza se me iba, completamente volada, hacia Hannah. Las letras bailaban ante mis ojos, burlándose. Las palabras se escurrían de las páginas haciéndome parpadear y obligándome a empezar de nuevo, porque maldita la frase que había llegado a comprender.

Daba igual que me hubiera pasado todos los años transcurridos desde que volví a Cascade, intentando apartarla de mis pensamientos y haciendo todo lo posible por hacerle ver que yo no era un hombre indicado para ella. Aunque fuese capaz de partirle la cabeza a todo aquel que la mirara con lujuria. O de fulminar con la mirada a todo macho viviente que se acercara a ella con intención de sacarla a bailar. O de hacer un registro exhaustivo del coche del tío que le había tocado el culo, llenándole la guantera de multas si no encontraba nada lo bastante grave como para enchironarlo un par de días.

Incluso llegué a las manos con Keitan el día de la barbacoa.

Pero ahora Hannah estaba fuera de mi alcance, al otro lado del océano, sin nadie que la protegiera, en manos de un guaperas que a saber qué intenciones tenía con ella.

Maldita sea.

Vale, sí, yo me lo había buscado. En realidad, debería haberme sentido contento porque por fin había conseguido que me dejara en paz.

Pero es que, en el fondo, yo no quería que me dejara en paz.

Era una contradicción con patas, egoísta hasta la médula, además de imbécil.

—¿Estás bien?

La pregunta de Nita me devolvió a la realidad. Estaba de pie, apoyada en el marco de la puerta de mi despacho, con los brazos cruzados y mirándome con esos ojos inquisitivos totalmente concentrados en mí.

—Perfectamente —gruñí.

—Pues pareces a punto de estrangular a alguien.

Guardé los informes en un cajón de mi mesa y me puse de pie. Iba a largarme de ahí antes de que empezara con sus pullas, bastante habituales

desde que Hannah se había ido.

—A ti, si no terminas con la tontería.

—¿Qué tontería? —preguntó, abriendo mucho los ojos y llevándose una mano al pecho, totalmente ofendida—. ¡Si no he dicho nada!

—No hace falta. Sé perfectamente lo que piensas, y qué pretendes con todos esos comentarios sobre el «novio italiano de Hannah».

Cogí la chaqueta del perchero y me planté delante de ella, mirándola desde mi mayor altura, sin decir nada, esperando que se apartara para poder pasar. Pero Nita no es de las que se arredran a la primera.

—El novio italiano de Hannah la besó el otro día. ¿Te lo he contado? Se llama Dante.

La sangre me subió a la cabeza para rugir allí, convirtiendo mi cerebro en melaza.

—Apártate.

—No. ¿Sabes que Hannah ha vuelto a dibujar? Yo ni sabía que le gustaba hacer eso y, por lo visto, es bastante buena. Y Dante se ha ofrecido amablemente para que lo pinte a él. Desnudo. —Me mostró una sonrisa malévola—. Eso ha de ser digno de ver, porque el tío está cañón, ¿sabes?

—Si lo que pretendes es conseguir que me vuelva loco, felicidades —siseé entre dientes—. Estás consiguiéndolo.

—Pero no lo suficiente. Todavía sigues aquí en lugar de estar en un puto vuelo con destino a Venecia. —Se encogió de hombros con indiferencia y se apartó de la puerta—. Si no te das prisa en decidirte, acabarás llegando demasiado tarde.

Salí de allí arrastrando la chaqueta. La tiré dentro del coche y me senté delante del volante. Lo miré durante un segundo y acabé aporreándolo con muchas ganas, intentando deshacerme del cabreo que llevaba encima.

—¿Qué haces? ¿Se te ha rebelado el volante?

Resoplé. El que me faltaba. Knox Wescott, el marido de Nita, asomaba la cabeza por la ventanilla. Era el único hombre que había conseguido que ella se deshiciera de la muralla con la que había protegido su corazón. La había derribado a cabezazos.

—Tu mujer está dentro, muy satisfecha de sí misma ya que ha provocado esto. ¿Podrías hacerme un favor? ¿Obligarla a que me dejara en paz?

—¿Obligar? ¿A Nita? —Se echó a reír a carcajadas delante de mi cara—. Ni que no la conocieras. Además, en esto estoy de su parte. Ya es hora de que dejes de hacer el imbécil, tío, o acabarás perdiendo a Hannah para siempre.

—Esto es una maldita conspiración.

—Sí, señor. En toda regla. Hasta que te caigas del caballo y te des cuenta de que no puedes vivir sin Hannah.

—A ver, ¿tanto os cuesta entender que Hannah está mucho mejor sin mí? —exclamé, desesperado, aferrando el volante con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos.

—Esa es la estupidez más grande que he oído nunca —me contestó, muy serio.

—No sabéis nada, ni tú ni Nita. —La irritación que sentía era evidente en mi voz—. No tenéis ni puta idea de nada.

—No, Mac. El que no tiene ni puta idea, eres tú.

Arranqué el coche y me largué de allí lleno de furia. ¿Cómo se atrevían?! Estaban convirtiendo mi vida en un puto infierno, como si no tuviera bastante mierda en ella.

¿Que Hannah se liaba con un italiano? Pues muy bien. Que le aprovechara. No era mi puto problema.

Pero sí lo era.

Aquella noche volví a tener pesadillas. Había sangre por todas partes y yo gritaba. Eso creí al principio. Pero los gritos no salían de mi boca. Era la voz de Hannah la que me llenaba los oídos hasta hacerme estallar los tímpanos.

Aquello era una novedad. Siempre era Lucía la que gritaba en mis sueños, igual que había hecho en la vida real. Gritaba y suplicaba para que pararan. Yo intentaba ayudarla, pero encadenado a una pared, poco podía hacer excepto lanzar insultos que lo único que provocaban en mis carceleros, era un estallido de risas.

Desperté lleno de sudor, con el corazón tan acelerado que parecía que iba a estallar. Intenté levantarme de la cama y me caí al suelo, de rodillas. Tanteé la mesita de noche hasta que pude encender la luz. Parpadeé, medio ciego, hasta que los ojos se acostumbraron.

—Joder, putas pesadillas.

Desde que Hannah se había ido de Cascade, habían arreciado y me visitaban casi cada noche. Solo conseguía evitarlas si me tomaba las pastillas para dormir que me había recetado el psiquiatra cuando me trató de estrés post traumático, y que hacía mucho que había dejado olvidadas en el armario del baño.

—No pienso tomarlas, maldita sea.

Me levanté a trompicones y salí del dormitorio para irme a la cocina. Abrí la nevera y cogí una botella de cerveza. Salí al porche, me senté en el banco, la abrí, y me la bebí de un trago, casi sin respirar.

—Maldita sea —rezongué de nuevo.

Me froté el rostro con las manos intentando ahuyentar los restos de la pesadilla, que todavía flotaban en mi mente. Era de noche y la calle estaba desierta. Todo el mundo estaba en sus casas, en sus camas, durmiendo tranquilamente. Todos menos yo, que estaba allí, en calzoncillos bajo una noche más que fresca.

—No vas por buen camino, Mac. Hace años que no vas por buen camino.

Lo sabía muy bien. Mi camino se había torcido hacía ya varios años, cuando los de la DEA me reclutaron para la maldita misión de vital importancia.

—*Nadie conoce a Morgan Slater, excepto su hermano Slash. —La voz de mi supervisor resonaba en el despacho en el que estábamos reunidos—. Morgan está muerto, y Slash, en nuestras manos. Tu misión será hacerte pasar por Morgan y acudir en su lugar a la cita que tiene en El Paso con el jefe del cártel de Juárez. Morgan consiguió robar un nuevo tipo de proyectil experimental del ejército, y vas a vendérselo. Lo único que necesitamos de ti es que te dejes llevar hasta el lugar en el que se esconde y hagas tu papel. El resto, corre de nuestra cuenta.*

Parecía fácil, y yo era joven, idiota y estaba ávido por vivir aventuras. ¿Hacer de infiltrado? Era la oportunidad que había estado esperando, así que no me lo pensé ni dos veces. Dije que sí. ¿Por qué me habían escogido a mí? Porque daba la talla, eso me dije. Se habían dado cuenta de que era un tío duro. Jamás se me ocurrió que había sido elegido simplemente porque me parecía físicamente al tal Morgan Slater. Nadie había visto a Morgan cara a cara, excepto su hermano Slash; pero estaba el riesgo de que alguien del cártel lo hubiese visto de lejos, o hubiese conseguido sacarle alguna foto (los del cártel de Juárez nunca se han andado con chiquitas, y no son conocidos precisamente por ser confiados); y poner en su lugar a alguien que se parecía físicamente a él, era una manera de minimizar los riesgos.

—*Slash te acompañará, por supuesto. Él ha sido siempre el intermediario de Morgan, la cara visible, y los del cártel no confiarían en ti si él no está presente en la reunión. Ha llegado a un acuerdo con la fiscalía y colabora de buena gana.*

Colabora de buena gana. Y yo me lo creí como un imbécil. Me lo tragué

todo sin rechistar. Sin ser consciente de que, a mi alrededor, se había tejido una red de mentiras y traiciones que iban a llevarme de cabeza al infierno durante varios meses.

—*Como respaldo, contigo vendrá Lucía Morales. Es una agente con una larga trayectoria en este tipo de trabajo, muy buena en su campo, y vigilará que no metas la pata.*

Pobre Lucía. Ella tuvo peor suerte que yo.

Quizá debería volver al psiquiatra. Regresar al grupo de apoyo del que me fui sin mirar atrás, pensando que no podían ayudarme, que yo era lo bastante fuerte como para sobreponerme a lo que me había pasado sin ayuda de nadie.

Siempre había sido un tío duro, joder, y exponer mis problemas en voz alta, descubrir mi vulnerabilidad, no iba conmigo.

Eso me decía.

Pero estaba completamente equivocado.

\*\*\*

Dante no volvió a besarme en muchos días. Seguimos saliendo de vez en cuando, pero siempre con Gia, lo que no nos daba oportunidad de estar a solas. Él me miraba y sonreía, como si esperara que yo dijera o hiciese algo, y eso me tenía frustrada. ¿A qué jugaba?

Intenté concentrarme en el dibujo. Tenía ya muchos bocetos hechos al carboncillo, aunque todavía no me había animado a ponerme en serio con un lienzo. Tampoco tenía sitio en el que desparramar mi material, al más puro estilo bohemio. Vivía bajo el techo de Gia y no me atrevía a ocuparle una habitación con mis trastos, así que empecé a pensar en alquilarme un almacén. Estaría bien, tener un estudio después de tantos años pensando que jamás lo conseguiría, e ir poco a poco llenándolo con material y lienzos.

Pero hacer algo así haría que mi estancia en Venecia se convirtiera en algo más permanente, y no estaba todavía decidida. Me gustaba la ciudad y era feliz allí, pero mis fondos se acabarían agotando, con lo que me vería obligada a buscar trabajo y, con ello, iniciar todo el papeleo de permisos.

—¿No has pensado nunca en ganar dinero con tus dibujos? —me preguntó Dante un día.

Estaba enseñándole los bocetos que había hecho en el cementerio aquella misma mañana, en la isla de San Michele. Había dibujado las tumbas en medio de brumas, con figuras fantasmagóricas saliendo de ellas.

—Oh, sí. Me pondré en mitad de la plaza de San Marcos y les haré caricaturas a los turistas a cambio de un par de euros.

—No me refería a eso —contestó con seriedad.

Estábamos sentados en una pequeña terraza al lado de un canal. Estaba atardeciendo y el cielo ya estaba empezando a estar gris. Gia había ido al baño, así que nos había dejado solos.

—¿Por qué no has vuelto a invitarme a salir? —le pregunté a Dante.

Era un cambio brusco de conversación, pero estaba molesta por su actitud. Por no haber vuelto a acercarse a mí después de aquel beso arrollador, y por sugerirme que me dedicara profesionalmente a la pintura. ¡Qué más me gustaría a mí! Pero no me sentía preparada todavía, y que él me lo sugiriera me pareció una burla.

—Te estoy dando tiempo y espacio para que decidas qué quieres hacer, *cara*. Gia me ha contado que llevas toda tu vida enamorada de un hombre que jamás te ha hecho caso y...

—¡Qué zorra! —exclamé, furiosa. ¿Es que se dedicaba a contarle mis intimidades a Dante?

—No se lo tengas en cuenta, Hannah. Gia y yo no solo somos primos, también somos buenos amigos y me quiere mucho. Se dio cuenta de que mi actitud contigo no es la misma que he tenido con el resto de mujeres que han pasado por mi vida, así que intentó advertirme para que no arriesgara mi corazón. Tu me gustas de verdad. Es más, podría llegar a enamorarme de ti.

Lo dijo despreocupadamente, como quien está hablando del tiempo, así que no supe si tomármelo en serio o no. Era difícil adivinar cuándo Dante hablaba en serio. Siempre que la conversación acababa entrando en zonas del corazón, solía esconderse detrás de esa actitud indolente, como si todo le diera igual.

—Vaya, eso es... halagador. Supongo. Viniendo de ti.

—No te lo tomes a broma. ¿Has oído alguna vez la expresión «un clavo saca a otro clavo»? Bueno, me gustaría ser ese clavo que arranque de tu corazón a ese *sheriff* desconsiderado que no se ha dado cuenta de la mujer tan maravillosa que eres.

—¿Y cómo tienes pensado hacerlo? —coqueteé, acercándome a él y poniendo mi mano sobre su rodilla. Me sentí descarada, nerviosa y, en parte, eufórica. Dante era un hombre muy guapo por el que me sentía atraída, ahora que Mac estaba tan lejos y su influencia empezaba a desaparecer.

—Mañana por la noche, lo sabrás. Pasaré a buscarte a las ocho.

## Capítulo cinco

Fue una noche memorable, aunque he de reconocer que, al principio, también fue un tanto estresante. Yo no tenía nada adecuado que ponerme. En la maleta solo había puesto tejanos, camisetas, jerseys de lana y cosas por el estilo, cómodas y prácticas. No tenía ni un solo vestido de noche.

—No te preocupes —me dijo Gia—. Tengo algo perfecto para ti que te sentará como un guante.

El guardarropa de mi amiga era algo que toda mujer pobre como una rata, como yo, envidiaría. Allí se juntaban prendas de los diseñadores más prestigiosos del mundo.

—Madre mía, con lo que vale uno de estos vestidos, podría vivir cómodamente medio año —exclamé, riéndome—. Y la mayoría todavía llevan la etiqueta puesta. ¡¿Qué?! ¡¿Seis mil euros vale este?!

Era una preciosidad de Versace, confeccionado en seda, tan suave al tacto como una nube. Parecía recatado porque la falda llegaba hasta más allá de la rodilla, pero tenía una abertura lateral hasta lo más alto del muslo; y aunque el corpiño estaba cerrado en el cuello, dejaba los hombros al aire, y las mangas y la parte superior eran de tul semi transparente.

—En este precisamente estaba pensando —me dijo Gia, riéndose de mí.

—Por Dios, no, es demasiado caro. Estaría preocupada todo el rato por si lo manchaba o lo rompía. ¡Imagínate que me engancho con algo!

Gia volvió a reírse, pero sacó el vestido del armario y me lo puso por encima.

—Pues es una pena, porque estarías maravillosa. Pruébatelo, anda.

—Que no, que no.

—Anda, hazme este favor.

—Pero, Gia, este vestido vale una fortuna...

—¿Y qué? No seas tonta. Yo jamás me lo pondré.

—¿Por qué? —exclamé, estupefacta—. ¿Y por qué te lo has comprado si no vas a ponértelo?

—No me lo compré yo. —Me obligó a coger el vestido y me empujó hacia mi habitación—. Es un regalo de mi madre. Cada vez que anula una comida conmigo, me envía un vestido carísimo creyendo que así me compensa.

—Pero no lo hace, ¿verdad? —le pregunté, afligida por ella. La familia

Macchi no parecía estar precisamente muy unida.

—No. Pero no importa. Póntelo mientras yo busco los complementos. Tengo unas sandalias que van perfectas con este vestido. ¡Y el bolso!

Al final, me lo puse. Probármelo fue una tentación, y ya sobre mi piel, supe que iba a aceptar el ofrecimiento de Gia y llevarlo aquella noche.

—Estás preciosa —me dijo Dante al verme. Los ojos le brillaron con apreciación y, creo, un poco de deseo.

—Tú también estás muy guapo. ¿A dónde vas a llevarme?

Él llevaba un esmóquin tradicional en negro, con la camisa blanca inmaculada, zapatos brillantes y una pajarita en el cuello. Colgado del brazo llevaba un abrigo largo, de cachemir.

—Es una sorpresa. ¿Estás lista?

—¡Todavía no! —exclamó Gia, entrando en el gran salón comedor—. Tendrás frío solo con ese vestido, Hannah. Toma, ponte esto.

Sobre los hombros me puso una capa preciosa que me llegaba hasta medio muslo. Era negra, con cuello de solapa, con bordados Baroque alrededor de los hombros y adornado con tachuelas doradas. Tenía unas aberturas laterales por las que pude sacar los brazos.

—Madre mía, Gia, has conseguido que lleve una fortuna encima, y sin llevar una sola joya.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, azorada, llevándose las manos a las mejillas—. ¡Deberías ponerte alguna joya!

—¡Ah, no! Lo siento, Gia, pero con todo este dinero en riesgo, es más que suficiente. Si encima me obligas a llevar joyas, no saldré de casa por miedo a que me atraquen en un callejón.

—Nadie se atrevería a robarte, *cara* —me susurró Dante acercándose a mí y mirándome con ojos seductores—, no mientras vayas conmigo.

—No seas fantasma, Dante. En Venecia no hay atracadores.

Me reí por el tono desdeñoso de Gia al decir aquello, poniendo los ojos en blanco.

—¡Por supuesto, querida prima! Yo los ahuyenté.

—Claro, porque eres Batman.

Siempre conseguían hacerme reír. Me gustaba oírlos bromear y tomarse el pelo mutuamente de aquella manera. Dante raramente estaba serio. Siempre tenía una sonrisa en los labios y la mirada alegre, y su entusiasmo era contagioso, algo que me venía de perlas para ir cerrando heridas del

pasado, porque me ayudaba a alejar la melancolía que a veces se instalaba en mi corazón, cuando pensaba en Mac, o en mi vida en Cascade.

Sí, Dante era muy bueno para mí.

La sorpresa que me tenía preparada me dejó con las piernas temblorosas y el corazón acelerado.

Días atrás le había dicho a Dante que todavía no me había atrevido a dar un paseo en góndola. Hacerlo sola me parecía un despropósito; además, no veía aquellas embarcaciones como algo seguro, sino más bien frágiles y con el agua demasiado cerca de la borda para mi gusto. Él se rio de mí, por supuesto, pero me preparó un paseo romántico para nuestra cita.

La góndola, con su gondolero, nos estaba esperando en el canal que pasaba cerca de casa de Gia. Tuve que quitarme las sandalias que me había prestado mi amiga para poder subir sin peligro, porque los tacones que llevaban no eran prácticos para subir a una embarcación que se balanceaba tanto. El gondolero cogió mi mano para ayudarme a subir y no me soltó hasta que me hube sentado. Detrás de mí, y sin necesitar ayuda, subió Dante.

—¿Estás preparada para el paseo más romántico de tu vida? —me preguntó. En sus ojos vislumbré ese brillo travieso al que ya me estaba acostumbrando, igual que a la sonrisa torcida.

—No tendrás que esforzarte mucho —se me escapó—, porque nunca nadie ha hecho algo romántico por mí.

—¿En serio? —se escandalizó—. Pues hoy pondremos remedio a esto. De verdad, no comprendo a los hombres de tu país. Una mujer tan hermosa como tú debería haber sido agasajada constantemente. ¿Qué les pasa? ¿Es que no tienen ojos en la cara?

—Lo que les pasa tiene nombre propio: Mac. No dejaba que ninguno se acercase a mí —contesté, enfureciéndome momentáneamente con el recuerdo.

—Calzonazos, todos ellos. Yo no habría permitido que se interpusiera en mi camino si el premio a conseguir eras tú.

—Mac impone. Es como un armario empotrado. Y muy probablemente habría acabado rompiéndote la cara.

—En ese caso, tú habrías cuidado de mí y él habría salido perdiendo. No creo que seas el tipo de mujer que se deje seducir por un hombre violento. Pero, no es el momento de hablar de él, sino de olvidarlo.

Dante pasó el brazo por mis hombros y me acurruqué en su costado. La

góndola se deslizaba muy suavemente por encima del agua. Era extraño, pero la ciudad cambiaba al mirarla desde esa perspectiva. Era como retroceder en el tiempo, como si no hubieran pasado los siglos y todavía estuviésemos en la época en que Venecia era una potencia del Mediterráneo, con Casanova seduciendo mujeres por los *palazzos*.

—Me gusta tenerte así —susurró Dante besándome la frente.

Como si hubiese esperando una señal, la voz de tenor del gondolero llenó el aire con una hermosa canción.

*Que profunda emoción  
recordar el ayer  
cuando todo en Venecia me hablaba de amor.  
Ante mi soledad  
en el atardecer,  
tu lejano recuerdo me viene a buscar.  
Qué callada quietud,  
qué tristeza sin fin  
qué distinta Venecia si me faltas tu.*

El brillo en los ojos de Dante cambió para convertirse en una mirada intensa y llena de pasión. Miró mis labios durante un instante y yo los entreabrí, invitándolo a besarme.

Fue un beso largo y dulce que me estremeció de pies a cabeza y que se terminó demasiado pronto, dejándome anhelante y con la respiración agitada.

—Hannah —susurró, acariciándome la mejilla con el pulgar—, *sei la donna più bella del mondo, una stella splendente sulla terra.*

—Me gusta cuando me hablas en italiano —musité contra sus labios.

—Pero no has entendido nada —bromeó él, sonriendo con picardía.

—Nada de nada, pero suena tan bien, como música celestial.

Tenía las manos sobre su ancho pecho y el cuerpo reclinado hacia él. Con una de sus manos me seguía rodeando los hombros y la otra la había hundido en mi pelo.

El gondolero seguía cantando, ajeno a la pasión que estaba desatándose en su embarcación.

—Eres la mujer más hermosa del mundo —repitió, con los ojos fijos en los míos, su mano acariciándome el pelo con suavidad—, como una estrella

rutilante sobre la tierra.

—En mi idioma suena muy cursi —me reí, avergonzada. No estaba acostumbrada a que un hombre me dijera ese tipo de cosas tan bonitas al oído.

—No te burles de mí, *cara*. Déjate llevar. El romance está en el aire.

—Sí —musité—. Voy a dejarme llevar.

Volvió a besarme, y me entregué a sus expertos labios sin importarme que estuviéramos en público, en mitad de un canal de Venecia, y olvidándome de que cualquiera podría vernos.

Pero Dante no se dejó llevar por la ansiedad, y no se permitió traspasar la línea. Un beso, apasionado y lleno de calor. Pero solo un beso. Sus manos no se movieron inquietas por mi cuerpo, ni intentó acariciar donde no debía. Se comportó como un auténtico caballero.

—*Cara mía* —me susurró al oído—, ahora lamento la velada que he preparado. Ardo en deseos de llevarte a mi casa, a mi cama, y adorarte durante toda la noche como mereces.

Aquella declaración tan abierta, provocó en mí dos reacciones diametralmente opuestas. Hubo un cosquilleo en mi bajo vientre, y un fogonazo que estalló segundos después, haciendo que mi cuerpo ardiera de necesidad por sentir sus caricias, por entregarme a él completamente. Pero en ese ardor hubo un punto de frialdad, una punzada de miedo y una burbuja de culpabilidad porque la imagen de Mac se me presentó en la cabeza, fuerte y clara. Lo había amado durante toda mi vida y, aunque en las últimas semanas su recuerdo se había ido desvaneciendo poco a poco, había sido muy ingenua creyendo que lo olvidaría completamente de una forma tan fácil. Mac todavía estaba allí, muy metido en mi corazón, y me di cuenta con horror que no estaba preparada para hacer el amor con otro hombre que no fuese él.

Maldito Mac. Maldito fuera.

Me replegué, apartándome de Dante con cuidado, empujándole suavemente con las manos.

—No me gusta ir tan deprisa. —Aparté el rostro porque no me atrevía a mirarle a la cara y ver su expresión de decepción. Estaba claro que había preparado todo aquello, fuese lo que fuese, con la finalidad de que termináramos en su casa e hiciéramos el amor. Pero yo no podía, todavía no, y tenía que dejárselo claro antes de continuar.

—Entonces, iremos despacio —contestó sin perder la sonrisa. No hubo ni una leve vacilación en su rostro.

—Me refiero a que, después de cenar, querré que me lleves a casa, Dante. Yo no... —Bajé la voz hasta convertirla en menos que un susurro—, yo no estoy preparada para hacer el amor contigo. Aún no.

—*Cara...* —Me cogió por la barbilla y me obligó con suavidad a alzar la mirada hasta encontrarme con sus ojos—. No importa. Puedo esperar todo el tiempo que haga falta.

—Ni siquiera sé si seré capaz algún día. ¡Maldita sea! Estoy confundida, quiero esto, de verdad que sí. Pero él...

—Sssht. —Me puso un dedo sobre los labios antes de besarme de nuevo—. No lo nombres. No pinta nada aquí, ahora.

—Pero es que está, aunque no quiera. A veces, pienso que lo mío con Mac es una enfermedad obsesiva y que debería ir al psiquiatra a curarme.

Estaba enfadada conmigo misma, exasperada por sentir lo que ya no quería sentir. Mi vida entera había estado condicionada por Mac y por mi familia, y había venido a Venecia a librarme de ellos. De todos ellos. Dante me estaba ofreciendo una oportunidad magnífica de dar un paso hacia adelante en lugar de quedarme en el mismo sitio de siempre, como una planta echando raíces en una colina reseca y solitaria en la que no lograría sobrevivir; pero era incapaz de aprovecharla.

—Esta noche, olvídate de él, de mí, y del resto del mundo. Lo único que quiero es que la disfrutes en mi compañía sin pensar en nada más que el aquí y el ahora, sin expectativas. ¿Podrás hacerlo?

Asentí con la cabeza, obligándome a sonreír.

Había estropeado una noche que podría haber sido maravillosa, y todo por haberme auto engañado pensando que podría olvidar a Mac solo con proponérmelo. Pero el corazón sigue sus propias normas y le dan igual nuestras decisiones.

\*\*\*

«¿Cuándo te convertiste en un cobarde, Mac?».

Probablemente, cuando todo se fue al carajo y me encontré en manos de un cártel mexicano a punto de morir. O cuando oí por primera vez los gritos de Lucía Morales. O puede que fuese después, cuando volví a Cascade totalmente destruido y me di cuenta de que no era lo bastante bueno para Hannah.

Porque a eso se reducía el problema. No creía que pudiese llegar a ser el hombre que Hannah merecía tener a su lado.

«Pero no fuiste capaz de apartarte completamente de su camino, ¿verdad? Demasiado cobarde para permitir que viese el hombre en el que te habías convertido, y demasiado cobarde como para permitir que rehiciera su vida sin entrometerte en ella».

Me miré en el espejo del baño oyendo el eco de mis pensamientos como si los hubiera dicho en voz alta. Todavía estaba cubierto con el vapor del agua caliente de la ducha que acababa de darme. Tenía el rostro ojeroso y llevaba una barba de varios días, porque no tenía ánimos ni siquiera para afeitarme.

Casi no dormía por las noches. Las pesadillas se habían convertido en algo constante y cada vez más espeluznantes. Hannah salía siempre en ellas, ahora. Al principio, los gritos de Lucía desaparecieron para ser sustituidos por los de Hannah; pero después, lo que oía eran sus reproches, lanzados con odio mientras me escupía a la cara. En la pesadilla, yo seguía encadenado, tirado en el suelo de un calabozo, con el cuerpo repleto de las marcas que habían dejado en mí las torturas a las que me sometían cada día; pero el miedo cervical que sentía era por ella. Intentaba gritarle que se fuera, que mis captores del cártel de Juárez podían regresar en cualquier momento y descubrirla allí, pero Hannah no me hacía caso. Se reía y me decía que no había ningún secuestrador, ni torturador, que todo me lo estaba haciendo yo mismo porque era un cobarde y todo aquello me servía de excusa para no enfrentarme a mis verdaderos miedos.

«Amar te da auténtico terror, Marcus Rayne. Esa es la única verdad y te niegas a asumirlo».

Había tanto odio y desprecio en ella mientras me hablaba, inclinada hacia mí y apuntándome con el dedo, que acababa lloriqueando como un crío.

Pero aquellas pesadillas me hicieron reflexionar, por fin.

«Dices que te mantienes alejado de ella porque no quieres hacerle daño, pero daño es lo que le has estado haciendo durante todos estos años».

Le había hecho daño con mis palabras, y con mi actitud. Había sido cruel y egoísta, y la había condenado al ostracismo más brutal al no ser capaz de aceptar que ella iniciase una relación con otro hombre. Me había mostrado agresivo para dejar claro a cualquier miembro del sexo masculino que se atreviera a acercarse a ella, que no iba a permitirlo, y que se arriesgaban a que mis puños alcanzaran sus caras si lo intentaban.

«Has sido estúpido e irracional. Y la has perdido».

Sí, lo había hecho. Nita, como siempre, me había contado la maravillosa cita que Hannah había tenido con el maldito italiano. Se lo había contado a sus amigas con pelos y señales: lo guapo que era, lo bien que la trataba y la hacía sentir, los besos que se habían dado durante el paseo en góndola... Y la cena a la luz de las velas en un galeón que el muy hijo de puta había conseguido alquilar solo para ellos dos. Habían cenado en la cubierta principal mientras el barco hacía un recorrido por el Gran Canal y la laguna.

Simplemente perfecto. Así lo había descrito Hannah.

Rico, guapo, atento, cariñoso, llenándole los oídos con palabras bonitas... ¿Qué oportunidad podía tener yo de recuperarla?

«Ah, ¿ahora quieres recuperarla? ¿Desde cuándo esto es así, subnormal?».

—Desde ahora, maldita sea.

No sé de dónde me vino el valor y la decisión. Seguramente de ver lo vacía y absurda que me parecía la vida desde que Hannah se había ido. Me había sorprendido mucho al tomar esa decisión porque nunca había creído que fuese capaz. Hannah había vivido toda su vida pegada a su familia, como si esta no pudiese sobrevivir si ella no se hiciera cargo de todo, permitiendo a sus padres manipularla para su propio beneficio.

Pero había sido valiente y había roto las cadenas.

¿Lo conseguiría yo, si me lo proponía?

Todavía vivía atado con cadenas a un pasado que había condicionado todo mi futuro, haciendo que perdiera aquello que más amaba en el mundo: Hannah.

—Puede que todavía tenga una oportunidad si voy a Venecia. No puede haberme olvidado tan fácilmente, ni siquiera estando en los brazos de ese guaperas. Quizá podría reconquistarla, si me lo propongo. Por lo menos, tengo que intentarlo.

«Sabes que no será fácil».

—No me importa.

«Creerá que solo quieres jugar con ella, ahora que está rehaciendo su vida».

—Le demostraré que no es así.

«Sí, bueno... pero para convencerla, tendrás que contarle la verdad».

—¿Que estoy enamorado de ella desde siempre? Lo haré, sin problemas.

«No, esa verdad, no. *La otra* verdad».

—Eso no debe saberlo jamás. No quiero ver pena en su mirada, ni que me tenga lástima.

«Pues lo tienes crudo, hermano».

Me hubiera gustado poder irme sin decirle nada a nadie, pero mis responsabilidades me lo impidieron. Tuve que decírselo a Nita, porque era mi segunda y la persona que cumpliría con mis funciones durante el tiempo que estuviera fuera. Aunque le hice prometer que no se lo contaría a Clara, sabía que le faltaría tiempo para irle con el chisme y que, en consecuencia, Hannah se enteraría de mi viaje antes de que yo pudiera poner un pie en el avión. Además, tenía que darme la dirección de Hannah porque sino, encontrarla iba a ser como una lotería, y nunca había tenido demasiada suerte en los juegos de azar.

—Así que la montaña va a ir a Mahoma —se burló, por supuesto.

—No te hagas la sorprendida, no después de la campaña de acoso y derribo a la que me has sometido.

—¿Campaña? ¿Qué campaña? Tú alucinas, jefe.

—Venga, algodón de azúcar, ahora me dirás que tus constantes *informes* sobre las citas de Hannah con el italiano, no tenían la clara intención de hacerme sentir celos.

—Pues no. Tenían la intención de que tú supieras que Hannah te había olvidado y había rehecho su vida.

—Eres una muy mala mentirosa, Nita. Te brillan los ojos.

—¿Yooooo? Yo no miento jamás, jefe.

—Ya, claro, y yo soy una tierna adolescente.

—¿En serio? Ahora que lo pienso, eso explicaría muchas cosas.

—Nita, ¿vas a darme la dirección, o qué?

—Te la daré, pero si vuelves a hacerla sufrir, y me enteraré si lo haces, tendrás que pagar un precio muy alto.

Me puse serio, porque eso era lo último que quería hacer.

—Voy a arreglar las cosas con ella, Nita. Es la única intención que tengo. Arreglar las cosas y traerla de vuelta a casa.

—¿Y si no quiere volver? ¿Qué harás?

No supe qué contestar porque en mi cabeza no cabía la posibilidad de que no quisiera regresar a Cascade. Este pueblo había sido su hogar durante toda su vida; su familia y sus amigas estaban aquí. ¿Por qué no iba a querer volver?

También tuve que hablar con mis padres. Aunque mi madre ya estaba en casa, todavía estaba delicada de salud y no me gustaba la idea de alejarme de ella así. Pensaba que no se lo tomaría muy bien y que intentaría quitármelo de la cabeza, igual que hizo cuando decidí marcharme a Boston para entrar en la academia de policía.

Pero me equivoqué.

—Gracias a Dios que has entrado en razón —exclamó, aunque yo no le había dicho el motivo de mi viaje.

—Mamá, no sé de qué me hablas.

—Vamos, hijo. Hacía años que no veía ese brillo en tus ojos. No lo había vuelto a ver desde que volviste a Cascade. ¿Me negarás que es porque has tomado la decisión de ir a por Hannah, y poner las cosas en claro con ella?

—¿Y por qué tendría yo que ir detrás de ella?

—Porque la amas, es evidente. Creo que lo ha sido para todo el mundo menos para ella, pobrecita. Y aunque nunca te he dicho nada porque no me ha gustado meterme en tu vida, no creas que no sé las perrerías que le has hecho. Y te he visto sufrir por ello, más de lo que una madre debe ver sufrir a su hijo.

—Eres demasiado lista para mi salud mental, mamá.

—No es eso, hijo. Son años de experiencia en tratar con tu padre. ¡Si sois igual de cabezotas los dos! ¿Necesitas que te ayude con la maleta?

—No, mamá. Gracias.

Le di un beso en la frente y me fui a mi casa a preparar la maleta. El billete de avión me había costado un ojo de la cara, y todavía no tenía reserva en ningún hotel, pero me daba igual. Quizá...

Sonreí. Mi mejor baza sería conseguir quedarme bajo el mismo techo que ella, pero debía hacerlo con sutileza. No podía regresar a su vida como un elefante en una cacharrería, arrasándolo todo, exigiéndole lo que hasta aquel momento me había negado a aceptar de ella. Tenía que aprovechar su buen corazón, manipularla un poquito para que acabase invitándome a quedarme en su misma casa. Estaba viviendo en casa de una amiga y eso sería un escollo, pero si jugaba bien mis cartas, la convencería sin necesidad de que se diese cuenta y, una vez bajo el mismo techo, me sería más fácil convencerla de mi decisión.

Porque, ella no me dejaría en la calle, ¿no? No sería capaz. Yo era el amor de su vida. No esperaba que se echara en mis brazos en cuanto me viera

aparecer, pero si le confesaba mis sentimientos...

No cabía ningún condicional. No había un «si». Iba a abrirle mi corazón y a rezar para que no fuese demasiado tarde.

## Capítulo seis

No tenía ganas de hacer nada. Todavía estaba flotando con los recuerdos de mi cita con Dante. El paseo en góndola solo había sido el principio de una noche que había acabado siendo maravillosa a pesar de mis reticencias.

Dante se tomó muy bien mi decisión de no tener sexo. No me presionó, ni se mostró amargado o decepcionado. Al contrario. Fue un auténtico cielo durante toda la noche y desplegó ante mi toda su simpatía y su habilidad como seductor.

Dante era un seductor nato. Sabía qué palabras pronunciar, cómo sonreír, y cómo mirarme para que la electricidad recorriera todo mi cuerpo.

Y también cómo sorprenderme.

Hasta aquella noche no me di cuenta realmente de que, tanto Gia como él, pertenecían a una familia muy rica y bien posicionada. Bueno, sí lo sabía, ¿quién le regala a su hija un vestido de seis mil euros solo por cancelar una cena? Así que sí, sabía que eran ricos. Pero que Dante pudiese reservar para nosotros solos el galeón restaurante al que me llevó a cenar, me sugería que no solo eran ricos, sino que tenían influencia.

Por Dios, ¡si eran cien euros el cubierto! Lo sabía bien, porque al llegar a Venecia había estado buceando en internet buscando cosas que hacer como si fuese una turista más, y una cena en aquel galeón, mientras surcaba las aguas de la laguna, se me antojó la cosa más romántica del mundo. Pero el cupo de reservas estaba lleno durante semanas, y yo estaba sola, así que me olvidé de ello.

¡Y Dante había conseguido reservarlo solo para nosotros dos!

Fue una cena extraordinaria. Dante hizo de guía, y me fue hablando de todo lo que veíamos desde cubierta mientras los camareros nos servían los platos. Ver la ciudad iluminada, desde el centro de la laguna y con el cielo estrellado sobre nuestras cabezas, fue una estampa que me sobrecogió.

Después de cenar, Dante me acompañó hasta casa y volvió a besarme en el portal, sin decir nada. Me dejé llevar, sintiendo el calor de su cuerpo tan pegado al mío y estuve a punto de invitarlo a subir. Quería sentir sus manos sobre mi piel, dejarme llevar por la pasión, borrar de mi mente el recuerdo de Mac. Fui a abrir la boca para decírselo, pero él me puso un dedo sobre los labios y me lo impidió.

—No, *cara* —me dijo. La mirada le brillaba por la pasión contenida y

respiraba con dificultad—. No es el momento. Cuando me invites a hacer el amor contigo, será sin reservas y sin recuerdos que se interpongan entre nosotros.

Suspiré con el recuerdo. Dante era tan diferente a todos los hombres que había conocido. Era sensual, divertido, amable, comprensivo. Me trataba como a una princesa, y se esforzaba por hacerme feliz.

¿Por qué no podía olvidar a Mac de una vez por todas? ¿Por qué seguía permitiendo que se interpusiera en mi felicidad? Podría enamorarme de Dante con mucha facilidad si no fuese por su maldito recuerdo, porque mi corazón todavía suspiraba por él. Si cerraba los ojos y me imaginaba haciendo el amor, no era a Dante a quién veía junto a mí en la cama. Era a Mac. Siempre Mac. Maldito fuera.

¿Es que nunca iba a quitármelo de la cabeza?

El sonido del móvil me sacó de mis ensoñaciones. Lo tenía encima de la mesita de noche y estiré el brazo para alcanzarlo sin levantarme de la cama. Me daba mucha pereza. Lo miré con extrañeza antes de contestar, porque era una videollamada de Nita.

Nita y yo no éramos todavía muy amigas. Había llegado a Cascade hacía unos meses para trabajar como ayudante del sheriff. Mac la había contratado porque se conocían de hacía años, y sabía que era una policía excepcional. Durante un tiempo, tuve celos de ella porque pensé que había algo entre ellos. Afortunadamente (bueno, en aquel momento pensé que era «afortunadamente»), no fue así. Nita se enamoró de uno de los hermanos Wescott, y Clara, la mujer de Kaden Wescott, se había encargado de introducirla en nuestro círculo de amigas. Era una mujer muy valiente a la que yo había empezado a admirar.

—Hola, Nita. ¿Ha pasado algo?

Ese fue mi primer pensamiento. Que Nita me hiciera una videollamada solo podía significar que había pasado alguna desgracia en casa. Durante el segundo que ella tardó en decir que «no exactamente», por mi mente pasaron un montón de posibilidades, a cuál más aterradora: desde que se habían incendiado los almacenes, hasta que a mi padre le había dado un infarto, pasando por un posible accidente del cabeza hueca de mi hermano. Curioso que no pensé ni por un momento que podría haberle pasado algo a mi madre.

—¿Qué quieres decir con que «no exactamente»?

—Pues que no sé si para ti será una desgracia o no. Verás... —Dudó, y Nita jamás dudaba. Siempre era directa y sincera, a veces incluso podía rozar

la impertinencia—. Se trata de Mac.

Me asusté. Un escalofrío me recorrió entera y me levanté de un salto para quedarme sentada en el borde de la cama, mirando con incredulidad la pantalla.

—¿Qué le ha pasado a Mac?

Mi voz fue como un hilo a punto de romperse. Todos aquellos días luchando para quitármelo de la cabeza sin lograrlo apenas y, de repente, todo el mundo desaparecía para que solo él tuviera importancia. Otra vez.

—No le ha pasado nada, tranquila. O, por lo menos, nada malo. Aunque según cómo lo mires, y según lo que tú quieras.

—¡Oh, por favor! ¿Quieres dejar de dar tantos rodeos y soltarlo de una vez?

—Ha decidido que no puede vivir sin ti y se va a Venecia dispuesto a reconquistarte.

—¡¡¡¿¿¿QUEEEEEEE???!!!

Mi grito de espanto debió ser acorde con mi cara, porque Nita frunció el ceño y la vi levantar una mano como si quisiera calmarme.

—Pues que mi estrategia ha dado resultado, ni más ni menos.

—¿Tu estrategia?

No comprendía nada de nada.

—Hannah, Mac está enamorado de ti, el muy capullo. ¡Si se le ve a la legua!

—Sí, bueno, yo pensaba lo mismo, pero...

—Pero nada —me cortó con impaciencia—. La cuestión es que lo he estado bombardeando con noticias tuyas, diciéndole lo bien que te lo estabas pasando, lo feliz que eras...

—¡Ah, claro! —exclamé con amargura—. Y decidió que yo no podía ser feliz, ¿no? Y por eso viene a amargarme la existencia.

—Pues no. La verdad es que parecía muy complacido con tu felicidad... hasta que empecé a hablarle de tu amiguito italiano, de lo guapo que era, de lo bien que lo pasabas con él... —Se echó una risita bastante malvada—. Deberías haber visto su cara, era como un condenado arco iris. Intentaba permanecer impasible, pero no podía. Y aderecé mis explicaciones con unos cuantos insultos de mi cosecha, de esos que escuecen.

Volvió a soltar esa risita, muy satisfecha consigo misma; pero yo la miraba con incredulidad.

—Pero, ¿por qué hiciste algo así?

—Porque os queréis, coño. ¿Por qué va a ser? ¿O es que tú has conseguido olvidarlo en estas semanas? No hace falta que respondas a eso, ya sé que no. Y da igual los absurdos motivos por los que él se ha negado durante todos estos años a admitir lo que siente por ti. La verdad es que te quiere. Así que ahora te toca a ti decidir qué es lo que quieres hacer, aunque yo te sugeriría que lo hicieras sufrir un poco. Se lo merece.

—Sí, bueno, yo...

Ni siquiera sabía qué decir. Ni qué pensar. Mac venía a Venecia dispuesto a conquistarme. Eso debería haberme hecho saltar de alegría. O cabrearme mucho, por decidirse a reconquistarme justamente cuando yo había tomado la decisión de olvidarlo y recuperar mi vida y mis sueños. Pero me quedé patidifusa, mirando la pantalla mientras Nita se despedía.

No, no podía creerme que, después de tantos años rechazándome, ahora, de repente, decidiese que me amaba y que no podía vivir sin mí. Era una falacia. Un cuento. Una mentira. Mac podía llegar a ser muy retorcido, me lo había demostrado al ocuparse con eficacia de que ningún hombre de Cascade y alrededores, se acercase a mí. Allí había gato encerrado. Hasta llegué a pensar que se había compinchado con mis padres para hacerme volver a Cascade. A un pueblo en el que había sido desdichada casi toda mi vida, y al que no quería volver a acercarme ni muerta.

«Te vas a dar de cabezazos contra un muro de piedra, Marcus Rayne».

Cuando Gia volvió de trabajar, se lo conté. Yo ya estaba enfurecida después de haber estado dándole vueltas a la noticia que Nita me había soltado como una bomba. Esperaba que se pusiera de mi parte, que me consolara, que me diera la razón cada vez que insultaba a Mac y decía que era un imbécil sin conciencia por hacerme algo así.

Pero ella se limitó a frotarse las manos, reír, y decirme: «Esto se va a poner muy interesante».

\*\*\*

Venecia no es una ciudad. Venecia es una trampa mortal.

Llegué a ella atravesando la laguna en una especie de barco—autobús que llaman *vaporetto*, con el interior lleno de asientos duros e incómodos, y un motor que hacía un ruido infernal. El techo era bajo, y los asientos estaban por debajo de la línea de flotación, lo que hacía que el agua estuviera demasiado cerca, para mi tranquilidad mental, de las ventanas

Lo odié.

Y cuando, por fin, pude poner pies en tierra firme, por llamarlo de alguna manera, odié todo aquello todavía más.

Eran las cinco de la tarde y la ciudad era un enjambre de turistas abotargados que miraban a cualquier lado excepto en donde ponían los pies, o a quién se llevaban por delante en su deambular boquiabierto. Caminar entre aquella marabunta de gente, con el petate al hombro, esquivando turistas despistados, fue todo un reto.

Las calles eran estrechas y claustrofóbicas; la mayoría de las fachadas estaban hechas polvo y descuidadas; las puertas de entrada a los edificios eran viejas y desastradas; y había puentes y canales por todos lados.

Y el Google Maps no funcionaba bien. Le puse el nombre de la calle en la que Nita me había dicho que estaba viviendo Hannah, y salieron tres calles con nombres parecidos, pero ninguno igual al que yo tenía.

Estupendo.

No me quedó más remedio que aventurarme a preguntar pero, ¿quién era el listo que encontraba a alguien que no fuese un turista? Pregunté en un bar. Media hora, me dijeron que tardaría en llegar. Una hora después, todavía no había encontrado la calle y estaba más perdido que nunca. Volví a preguntar, esta vez en una tienda de *souvenirs*, y me enviaron de vuelta por donde había venido.

Empecé a sospechar que se estaban burlando de mí, haciéndome pagar la frustración por ver su ciudad invadida por miles de turistas cada día.

Al final, a las ocho y media de la noche, un alma caritativa se apiadó de mí y me explicó que allí las calles no tenían mucha importancia. Que en el Maps tenía que poner mejor el número de edificio, porque no había dos con el mismo, y que entonces me llevaría hasta mi destino sin problema alguno.

Cuando por fin llegué hasta la puerta del edificio en el que se hospedaba Hannah, eran las nueve de la noche, estaba agotado, y muerto de hambre.

Me quedé mirando el portal un rato antes de decidirme a llamar al timbre. El corazón golpeteaba furioso en mi pecho, y creo que hasta me temblaban las manos. Estaba nervioso. Asustado. ¿Cómo me recibiría Hannah? Esperaba que se echara en mis brazos, contenta de verme; pero me temía que la realidad iba a ser muy diferente. Estaba convencido que ya la habían alertado de mi llegada, sus amigas no me dejarían pillarla por sorpresa. ¿Estaría enfadada? Posiblemente. Me merecía que fuera arisca conmigo, y que me tratara igual que yo la había tratado a ella. Pero no iba a dejarme

derrotar con facilidad. Aguantaría impertérrito la tempestad que quisiera echarme sobre los hombros, y cuando ella se calmara, la besaría, le diría que la amo, se derretiría entre mis brazos, y todo acabaría allí.

Mañana, pasado mañana a lo más tardar, estaríamos en un avión de regreso a Estados Unidos.

Sonreí como un imbécil.

Llamé al interfono y una voz desconocida de mujer me preguntó quién era. Debía ser la amiga con la que Hannah se había instalado.

—Mac Rayne —contesté—. Vengo a ver a Hannah.

La chica soltó una risita que me dio muy mala espina.

—Sube.

Empujé la puerta cuando sonó el timbrazo de apertura, y entré.

La escalera olía a rancio y a viejo. Los escalones eran demasiado cortos y mis pies, muy grandes, quedaban bailando medio en el aire. Cuando por fin llegué arriba, Hannah me estaba esperando con la puerta entreabierta y cara de pocos amigos.

—¿A qué has venido? —me preguntó antes de llegar hasta ella.

—A por ti —contesté, intentando sonreír aunque creo que no lo conseguí muy bien. No parecía muy contenta de verme.

—Pues ya puedes irte por donde has venido.

Respiré profundamente, intentando imbuirme de calma. Era normal que estuviera enfadada y recelosa. No podía dejar que me alterara los nervios. Tenía que mostrarme tranquilo y seguro de mí mismo, aunque por dentro estuviese temblando como un flan.

—Hannah, tenemos que hablar.

—No, tú y yo no tenemos nada de lo que hablar. Me lo dejaste todo muy claro la última vez, ¿recuerdas?

—Fui un necio. Es lo que vengo a confesarte. Me comporté como un idiota rematado.

—Llevas años comportándote así.

—Tienes razón. Pero se acabó, Hannah. Se acabó intentar ignorar lo que siento por ti. Lo que siempre he sentido por ti.

—Ya no me interesa, Mac. No quiero saber qué sientes o dejas de sentir, ni por mí, ni por nadie.

Su voz era fría, como un témpano de hielo. No dejaba traslucir ninguna otra emoción excepto el enfado. Aunque, en realidad, ni siquiera era eso. Más bien parecía como si mi presencia allí le resultara tediosa y la aburriera

mortalmente. Como si yo le fuese indiferente pero se viese obligada a aguantarme porque no le quedaba más remedio, pero intentara deshacerse de mí de la manera más rápida posible.

—Déjame pasar, Hannah. Estoy cansado y hambriento. Llevo cuatro horas dando vueltas buscando esta maldita casa.

—No es asunto mío. Nadie te ha pedido que vinieras. Deberías haber seguido en tu casa, tan ricamente. Es que ni siquiera me interesa saber a qué has venido, así que no, no voy a dejarte pasar.

—Maldita sea, Hannah, sé razonable.

—Estoy harta de ser razonable, ¿sabes? Llevo toda la vida siéndolo y, ¿de qué me ha servido? Para ser una estúpida desdichada. Se acabó. No voy a ser razonable, y no quiero escuchar lo que tú tengas que decirme. Vete.

Me acerqué a ella, dejando el petate que, hasta aquel momento había mantenido sobre mi hombro, en el suelo. Ella dio un paso atrás e intentó cerrarme la puerta en las narices. ¡A mí! ¡Cerrarme la puerta en las narices!

Me enfurecí aunque intenté que no fuese evidente. Impedí que cerrara la puerta poniendo el pie, que se quedó pillado y me dolió. ¡Maldita sea! Ella empujó para cerrar, pero yo apoyé todo mi peso en la puerta y conseguí abrirla, haciendo que ella saliera despedida hacia atrás, trastabillando.

Me abalancé sobre ella para impedir que se cayera y la cogí por los brazos. Se deshizo de mí como si fuese un apestado, manoteando y sacudiendo su cuerpo como una culebra hasta que la solté.

—Hannah... —susurré al borde de mi paciencia.

—¡No! ¡Maldita sea! ¡No! ¿Quién te crees que eres? —me gritó al fin, con los ojos encendidos por la furia, las manos plantadas en las caderas y la barbilla alzada con mucho orgullo—. ¿Te crees que, después de todo lo que me has hecho, puedes aparecer aquí como si nada? ¿Que caeré rendida a tus pies solo con que sueltes cuatro palabras cariñosas? ¿Que voy a dejar que vuelvas a destrozarme la vida? ¡Ya no te quiero, Marcus Rayne! ¿Entiendes? ¡No siento nada por ti! ¡No quiero saber nada de ti, ni me interesa nada de lo que tengas que decirme!

—Eres muy mala mentirosa, Hannah Summer. Siempre lo has sido. ¿Que no sientes nada por mí? ¿Que ya no me amas? ¡No me hagas reír! Llevas años enamorada de mí, y ahora, de repente, porque ha aparecido un niño rico, ¿has dejado de amarme?

—Aaaaah, así que es eso, ¿verdad? Vienes con el único motivo de destrozarme la relación con Dante. Eso es lo que quieres, ¿Eh? Llenarme los

oídos de palabras bonitas para que deje a Dante de lado y, cuando lo hayas conseguido, te irás tranquilo y satisfecho, dejándome destrozada, ¿verdad? ¡Pues no! No voy a permitírtelo, no esta vez, ni nunca más. Eres un maldito egoísta, ahora lo sé muy bien. He tardado años en darme cuenta, pero ya no. Es demasiado tarde. Vete por donde has venido, y déjame en paz.

Alzó una mano, muy digna, y señaló la puerta con el dedo índice tan tieso como una aguja de tejer. Sus ojos centelleaban, fijos en mí. Había mucho rencor, y rabia. Pero por debajo, pude ver todo lo que escondía. Su anhelo de besarme, de tocarme, de rendirse a mí. Su cuerpo me hablaba aunque ella se negase a hacerlo. Y mi cuerpo respondió.

Di dos pasos hacia ella, la cogí entre mis brazos, y la besé. La besé con ganas para ponerle el mundo patas arriba. Invadí su boca con un ansia salvaje para saborearla. Solo la había besado una sola vez en mi vida, en el establo del rancho Triple K, y había sido memorable. Su sabor se había quedado impregnado en mí y necesitaba sentirlo de nuevo. Luchó al principio, intentando deshacerse de mí, retorciéndose entre mis brazos, pero no la solté. Debería haberlo hecho, pero su boca empezó a responder, su lengua a luchar con ansia contra la mía; sus manos se aferraron a mi espalda, subiendo por ella, hasta acabar enterradas en mi pelo. Se agarró ahí, tirándome del pelo, pero no para apartarme, sino para acercarme más a ella. Temblaba y el calor que despedía su cuerpo hizo que el mío también respondiera. Me sentí como si tuviera fiebre, con un torrente de calor rugiendo en mis venas.

Todo desapareció para mí, todo excepto ella, sus manos en mi cuerpo, sus pechos pegados al mío, sus caderas balanceándose contra mi ingle. Bajé las manos hasta apoderarme de sus glúteos, sin dejar de besarla, apretándola más. La necesitaba. ¡Dios, cómo la necesitaba! Allí mismo, en aquel momento, sin importarme nada más. El mundo podría haberse ido al infierno y yo no me hubiese dado cuenta, porque todo mi mundo era ella, aquel momento, aquel beso, y aquella brutal necesidad que se había apoderado de mí. Hannah, Hannah, mi Hannah...

—Vamos a la cama —le susurré sobre sus labios, con la respiración entrecortada.

Ella abrió mucho los ojos. Su cuerpo se envaró y se puso rígido como una tabla. Dejó de transmitir calor para helarme hasta los huesos. Se deshizo de mis brazos y su mano voló, directa, hacia mi rostro.

¡PLAF!

Me dio una bofetada con todas sus fuerzas, consiguiendo que mi mejilla

ardiera. La miré, sorprendido, y me llevé la mano hasta allí.

—¿A qué juegas? —le espeté. Me había devuelto el beso y más y, de repente, la rabia había vuelto a sus ojos.

—¿Qué a qué juego yo? —Siseó—. Esa pregunta debería hacértela yo a ti.

—Yo no juego. Te quiero, y he venido a por ti. No puedo hablar más claro.

—Tú no me quieres. No me has querido jamás. Solo te quieres a ti mismo. Te he dicho que te vayas, y lo repito.

—No puedo irme. Hannah, no tengo donde dormir.

—Ese no es mi maldito problema. No es mi maldito asunto. —Cerró los puños con fuerza. Las mismas manos que se habían enredado en mi pelo hacía un momento, habían palidecido por la fuerza con las que las había cerrado—. Me da igual dónde duermas. ¿Quieres un consejo? El primero y último que te daré en mi vida: vuelve al aeropuerto y vete a casa. Aquí no hay nada para ti.

—Me niego a creerlo. —Ahora era yo el que se estaba enfureciendo. ¿A quién quería engañar? Hacía tan solo un momento se había abandonado entre mis brazos, y devuelto el beso como si no hubiera un mañana. ¿Y ahora quería hacerme creer que yo no le importaba?

—Cree lo que te dé la real gana. Pero lejos de mí, lejos de aquí. Lárgate. Fuera. Vete. ¿Tengo que hacerte un plano para que lo entiendas?

—Está bien, me voy —accedí. El estado irracional en el que se encontraba no era bueno para hablar con tranquilidad—. Pero no creas que has ganado, porque mañana voy a volver.

—Y mañana te encontrarás con una rotunda negativa, otra vez.

Salí de allí enfurecido. ¡Joder! Sabía que no iba a serme fácil, a pesar de que esperaba estar equivocado, pero aquello sobrepasaba con creces mis peores pesadillas. Hannah, echándome de su vida sin contemplaciones. Hannah, la mujer que siempre se preocupaba por todo el mundo, no le importaba dónde yo iba a pasar la noche. Hannah, gritándome y exigiéndome que la dejara en paz. Con una fuerza arrolladora. Imparable.

Era una Hannah completamente desconocida.

Por primera vez desde que había tomado la decisión de ir a Venecia a buscarla, pensé que quizá sí la había perdido definitivamente. Pero no iba a rendirme. Eso nunca.

Salí a la calle, hundido en mi propia miseria. Todavía tenía su sabor en la

boca, y el calor de su cuerpo en mi ropa. ¿Qué iba a hacer? ¿A dónde iría a dormir? Miré a un lado, a otro, y enfoqué los ojos en el peldaño del portal.

—Bueno, no creo que dormir en la puta calle vaya a hacerme daño, por una noche —gruñí.

Até las correas del petate a mi brazo, me senté en el peldaño, apoyé la espalda en la puerta, y cerré los ojos.

Ni siquiera había cenado. Se me había quitado completamente el hambre.

\*\*\*

Me quedé mirando la puerta por la que Mac acababa de irse. Mi corazón gritaba «¡no te vayas! ¡No te rindas!», pero lo acallé con toda mi fuerza de voluntad.

Acababa de pasar lo que llevaba soñando toda mi vida. Mac había venido y me había dado a entender que me amaba. Lo hubiese dicho si yo se lo hubiese permitido. Y el beso. ¡Qué beso! Me había devorado la boca como si estuviese sediento o muerto de hambre, y mi boca fuese lo único que podía librarlo de la inanición. Con ansia. Con codicia. Con desesperación. ¿Cómo podría haberme resistido?

—¿Estás bien?

Gia se asomaba por la puerta que daba al pasillo. Me miraba con preocupación.

—No lo sé —susurré—. No tengo ni idea...

Me abracé a mí misma sin darme cuenta que las lágrimas borboteaban de mis ojos. Gia se acercó a mí corriendo y me abrazó.

—Tranquila, mi niña. Tranquila.

—¿Por qué me hace esto? ¿Por qué ahora? No lo entiendo.

—Le ha visto las orejas al lobo, cariño. Un lobo grande y feo que tiene muchos nombres. Desamor. Soledad. Pérdida.

Me empujó suavemente hacia uno de los sofás, y allí nos sentamos. Creo que yo tenía la mirada perdida, y estaba desorientada, porque no tuve muy claro cómo había llegado hasta allí.

—Tantos años deseando que me besara como lo ha hecho hoy, y lo único que debería haber hecho era irme de Cascade. —Me reí con amargura, pensando en todo el tiempo que había pasado sufriendo por su culpa—. Malditos hombres y su estupidez.

—Va a volver, lo sabes, ¿no?

—Sí, lo sé muy bien. No va a rendirse tan fácilmente.

—Y tú, ¿quieres que se rinda?

—Sí. No. No lo sé, no lo sé. —Me llevé las manos a los ojos y me los froté para limpiarme las lágrimas—. Espero que sea tan insistente como lo fui yo. —Volví a sonreír y la miré—. Si tarda tanto en rendirse como yo, nos haremos viejitos y todavía seguirá persiguiéndome.

—Pues yo espero que tú te decidas a perdonarlo antes de eso, cariño.

—No sé si lo lograré. Lo amo, no puedo negarlo. Pero, ¿confiar en él? Eso no puedo hacerlo.

Aquella noche no pude dormir. No dejaba de pensar en él y en el beso que me había dado y que había hecho que reviviera como una flor en primavera. Todos mis sentidos se habían visto aumentados, y todos concentrados en él. El olfato, con su olor a sudor y a hombre. El tacto, con su pelo entre mis dedos, tan suave. Mi gusto, con su sabor masculino llenándome la boca y saturando mis papilas gustativas. Y la vista, con su aspecto tan contundente, sus ojos tan brillantes de deseo y su boca, tan sensual y provocativa.

¿A donde habría ido a dormir?, me pregunté. Y me enfadé conmigo misma por preocuparme, por pensar en él, por desearlo a pesar de todo.

“No te importa a dónde haya ido. Es un hombre adulto y perfectamente capaz de cuidar de sí mismo. Deja de pensar en él».

Pero me fue imposible.

## Capítulo siete

Un grito agudo, de mujer, penetró en mi mente todavía dormida. «¿Por qué grita?», me pregunté, revolviéndome. Mi cuerpo temblaba y me castañeteaban los dientes. Sentí el sabor de la sangre en la boca. Tosí, y el grito volvió a producirse. ¿Lucía? La realidad y la pesadilla se confundieron en mi mente. Lucía, gritando. Lucía, mirándome con aquellos ojos tan grandes y oscuros. Lucía, exigiéndome que no me rindiera.

Abrí un ojo al mismo tiempo que volvía a oír el grito. No era Lucía. Era real, y no estaba en mis sueños. Una mujer estaba en la ventana del edificio enfrente de donde yo había dormido. Estaba asomada y llamaba a alguien a gritos. Parecía que la estaban matando, pero solo estaba enfadada porque el susodicho, un chico joven que pasó caminando delante de mí con las manos en los bolsillos y la cabeza cubierta con la capucha de la sudadera, no la contestaba. Levantó una mano y le enseñó el dedo corazón, y eso provocó una retahíla de palabras en italiano que, sin conocer nada del idioma, me sonaron a insultos y obscenidades.

Intenté respirar profundamente pero los pinchazos en la espalda y las costillas, no me dejaron. No era bueno dormir en la puta calle, sentado en un escalón, con la espalda apoyada contra una puerta de madera llena de nudos. El dolor me hizo gruñir cuando me levanté, apoyándome en la pared. Todavía tenía el petate atado en el brazo y lo solté para poder estirarme. Me crujieron los huesos, y los músculos protestaron con ahínco. Además, estaba congelado.

Durante los primeros segundos me pregunté que qué hacía allí, pero en seguida recordé mi encuentro con Hannah la noche anterior, y la manera en la que me echó de su casa.

Maldita sea.

Que no sintiera ni un atisbo de compasión por mí y mi situación, me dejó claro hasta qué punto estaba dolida conmigo. Y me lo merecía. Pero no iba a rendirme.

Me colgué el petate al hombro y miré a un lado y a otro. Necesitaba un bar donde desayunar, tomar algo caliente que ahuyentara el frío de mi cuerpo, y un baño en el que poder mear y lavarme la cara. Debía tener un aspecto horrible.

Caminé sin rumbo varias calles hasta que encontré lo que buscaba. Era

una cafetería pequeña, limpia y luminosa, con las paredes pintadas en un blanco diáfano. Solo tenía cuatro mesas, y todas menos una estaban ocupadas. Me senté en la única que había vacía de clientes, y pedí a la camarera una buena taza de café caliente y algo para comer.

Mientras esperaba que me sirvieran, fui al baño para lavarme la cara y me miré al espejo. Tenía unas enormes ojeras oscuras, y la barba de dos días me sombreaba el mentón. Saqué el jabón de afeitar y la maquinilla del petate, abrí el grifo del agua caliente, y me afeité, sin importarme la mirada desconfiada que me echó el tío que entró detrás de mí. Me miró como si yo fuera un pordiosero, y casi me dieron ganas de reír.

Decididamente, lo primero que debería hacer sería buscar un lugar en el que quedarme, donde poder dormir abrigado y darme una ducha, porqueapestaba al sudor acumulado durante las quince horas de vuelo del día anterior. Además, el agua caliente me ayudaría con el dolor sordo que todavía sentía.

Cuando terminé de afeitarme, me lavé bien la cara y lo guardé todo de nuevo en el petate para salir ya aseado, dispuesto a desayunar.

El café era bueno, y el desayuno me supo a gloria por culpa del hambre que tenía. La noche anterior ni siquiera había cenado.

Me quedé mirando la taza, rodeada por mis manos para aprovechar el calor que desprendía. Sin pretenderlo, el aroma me trasladó hasta unos años atrás, muy lejos de Venecia y de Hannah. Me llevó hasta El Paso, la maldita ciudad en la que todo había cambiado para mí.

Llegar hasta el señor Humberto Gracia no fue fácil. El jefe del cártel de Juárez era un hombre prudente y desconfiado, al que perseguían las policías de la mitad del mundo. La DEA, por supuesto, también querían echarle mano, y por eso montaron una operación a la desesperada cuando les salió la oportunidad de oro. La muerte de Morgan Slater, el traficante de armas tras el que iban desde hacía mucho tiempo, y que estaba ligado con el cártel y el señor Humberto, fue un duro revés y estuvo a punto de enviar toda la operación al traste. Pero encontrar, por casualidad, a un policía recién graduado en la academia que era casi un calco del finado, fue un golpe de suerte para ellos. No se pararon a pensar en el riesgo que me harían correr, yo no les importaba en absoluto, y por eso me propusieron ocupar su lugar, con la ayuda de Slash Slater y la agente Lucía Morales.

Durante una semana me estuvieron preparando para convertirme en él. Sus gestos, su manera de andar y moverse, sus expresiones y forma de hablar,

sus gustos... Hicieron meterme bajo la piel de un muerto hasta que me convertí en lo más parecido a él que podría alguien llegar a ser.

Slash Slater, el hermano del muerto, me ayudó. Era unos años mayor que yo, tendría casi treinta, por lo menos. A menudo, me preguntaba cómo era que alguien como Morgan, de apenas veinticinco años, había podido convertirse en un traficante de armas con una reputación tan sólida y consistente. Slash me contó que el chico había sido una especie de genio criminal, y que empezó en esto con doce años. Por lo visto, Slash estaba metido en el mundillo, Morgan se enteró, y decidió aprovechar su ingenio y los contactos del hermano para medrar en el mundo del crimen.

Y lo consiguió. Su fortuna era estimada en varios millones de dólares, y era respetado por las bandas criminales y terroristas más poderosas del mundo.

Pero nadie le conocía, ni le había visto la cara jamás. Era Slash el que daba la cara, y actuaba en nombre de su hermano en las reuniones donde se hacían las entregas. Morgan era el cerebro, y Slash el músculo.

Hasta aquel momento.

Que fuera a producirse una reunión entre Humberto Gracia y Morgan Slater era un acontecimiento inimaginable. Como una especie de milagro que la DEA no podía desaprovechar.

El plan era simple. Yo debía hacerme pasar por Morgan. Acompañado de Slash, y con el apoyo de Lucía, me reuniría con Humberto Gracia, y una vez en su presencia, Lucía se encargaría de poner en marcha el localizador que llevaba camuflado en el piercing de la nariz, y que traería hasta nosotros a las fuerzas de la ley que se encargarían de las detenciones. Nosotros, teníamos que limitarnos a sobrevivir hasta ese momento.

Todo hubiera ido bien, si no fuese porque todo salió mal.

Slash nos traicionó. No sé en qué cabeza cupo que alguien como ese tipo sería capaz de mantener su palabra. La fiscalía le había prometido una nueva identidad y entrar en protección de testigos a cambio de su ayuda; pero, ¿de verdad alguien pensó que lo haría? Yo tenía excusa, era joven, inexperto, y acababa de salir de la academia de policía. Pero, ¿que los agentes experimentados de la DEA no previeran una contingencia como esa? ¿O los de la fiscalía? Slash había hecho una auténtica fortuna, ¿y iba a renunciar a ella así como así? ¿Cuando podía tener las dos cosas, su dinero y su libertad, solo con traicionarnos?

Cuando nos encontramos con el contacto de Humberto, todo fue sobre

ruedas. Nos taparon las cabezas con bolsas, nos subieron a un SUV, para llevarnos hasta la mansión en la que se escondía. Con lo que no contaron, fue con que Slash, en cuanto pusimos los pies en la mansión del jefe del cártel, anunciara a bombo y platillo que Lucía y yo éramos polis, y que alguien de la organización de Humberto nos había soplado toda la información sobre la reunión que le había costado la vida a su hermanito.

Lo que ocurrió a partir de ese momento no está muy claro en mi cabeza. A veces. Y otras, está demasiado claro.

Se desató la locura. Los matones que nos rodeaban, nos redujeron sin esfuerzos. Los guardias personales de Humberto Gracia se lo llevaron de allí en volandas para ponerlo a salvo; desapareció en cuestión de segundos, probablemente en dirección a la cercana México, donde nadie osaba toserle. También se llevaron a Slash, al que no volví a ver durante los días en que nos mantuvieron secuestrados a Lucía y a mí.

En cuanto a nosotros dos...

Lucía no sobrevivió, y yo acabé viviendo una pesadilla en la que todavía estoy sumergido y que no me abandona nunca, ni dormido, ni despierto.

—Disculpe, ¿se encuentra bien?

La voz me sacó de mis recuerdos. Alcé la mirada y la camarera que me había servido el desayuno me miraba, inquieta y preocupada.

—¿Eh? Sí, sí, gracias.

—Es que se ha puesto muy pálido de repente, parece mareado.

—No es nada, gracias por su preocupación.

—Está bien, pero si necesita algo, no tiene más que decírmelo.

—Es usted muy amable, pero me encuentro bien.

Pedí la cuenta y le dejé una buena propina. La chica se había preocupado por mí, un desconocido. Estaba a punto de salir por la puerta, cuando me di cuenta que necesitaba buscar algún lugar barato donde dormir, y que no tenía ni idea de por dónde empezar. Mis ahorros no eran muchos, y no podía darme el lujo de instalarme en un hotel porque ya no sabía cuánto tiempo tendría que permanecer allí. Así que volví sobre mis pasos y le pregunté a la camarera.

Al principio, me miró con desconfianza. Bueno, no estaba en mi mejor momento, había pasado toda la noche durmiendo en un portal, pero me había afeitado, lavado la cara, y pasado las manos por el pelo, así que no debería tener muy mal aspecto.

—¿Y cómo es que has venido a Venecia sin tener reserva de hotel ni

nada? No es algo muy inteligente.

No, no lo era, la verdad. Durante un segundo pensé en inventarme una historia, pero, ¿para qué, si la verdad seguramente me ayudaría mucho más?

No me equivoqué. Le conté mis razones, y la hice suspirar.

—¡Qué historia tan romántica! Si un hombre tan guapo hiciera algo así por mí, caería rendida a sus pies.

—Pues mi Hannah no está mucho por la labor. Ni siquiera me dejó dormir en el sofá.

—Hay mujeres que no saben la suerte que tienen. Si yo no viviera con mis padres, te ofrecería mi sofá sin dudarlo. —Sonrió—. Pero puedo darte una dirección. Es un hostel sin grandes lujos, pero está limpio. Espera aquí, voy a llamar a ver si tienen una cama libre.

Se apartó de la barra y entró en la trastienda. Yo me quedé apoyado en la barra, esperando. Sería tener mucha suerte si conseguía una cama a la primera. Esperaba que, ya que las cosas me habían salido tan mal desde mi llegada a Venecia, los hados me fueran favorables.

Tuve suerte. En la pensión había una cama que sería mía si la quería. No lo dudé, le di las gracias a la camarera, cogí el papel en el que me había apuntado la dirección, y me fui hacia allí a toda prisa. Necesitaba una ducha con agua caliente con desesperación.

\*\*\*

A la mañana siguiente de la reaparición de Mac en mi vida, me levanté con unas bolsas bajo los ojos que me llegaban hasta la comisura de los labios. Estaba horrible, cansada, preocupada, y enfadada. No había podido dormir porque me la pasé preocupada por Mac, y con ataques de remordimientos por no haberlo dejado dormir en el sofá. Claro que no estaba en mi casa, pero si se lo hubiera pedido a Gia, me habría dado permiso para invitarlo a quedarse.

Pero no podía hacerlo. Tenerlo tan cerca de mí era una tentación irresistible, y necesitaba espacio para pensar.

Para pensar y tomar decisiones.

—Anda que estás guapa —me soltó Gia en cuanto me vio aparecer.

—Muchas gracias —gruñí—. Ten amigas para esto.

—¿Qué tal estás esta mañana?

—Mal.

Me puse a preparar café mientras ella seguía desayunando. Le pillé un donut y me lo comí en tres bocados.

—Pero no pierdes el hambre, ¿eh?

—La falta de sueño me da hambre, ¿hay algún problema?

—Estás gruñona.

—Estoy enfadada. Confusa. Irritable. No creo que vaya a tener un buen día.

—Y todo porque tu Mac ha aparecido de repente.

Me serví el café y me senté a su lado, en la barra. Cogí la taza con ambas manos y el calor traspasó la porcelana para calentarme las manos, que tenía heladas.

—¿Todavía le amas? —me preguntó sin mirarme.

—Sí. No puedo evitarlo. —Suspiré—. Maldita sea, con lo bien que me iban las cosas. Ojalá pudiera arrancármelo del corazón, pero no puedo. Lo he intentado, de verdad. Y quizá lo habría conseguido, con el tiempo.

—Con la ayuda de Dante, ¿eh? —bromeó, dándome un empujoncito con el hombro. Yo me reí, pero con tristeza.

—Sí. Dante me gusta mucho. Me siento bien a su lado. Me hace reír, y a su lado, me siento viva.

—Pues cometerías un error enamorándote de él, la verdad. No es hombre de una sola mujer.

—No sé, a mí me parece que todos tenéis de él un concepto equivocado.

—Bueno, el que él se ha esforzado a fondo por mantener.

—Los hombres son complicados, ¿verdad? Todos se cubren con máscaras para que no podamos verlos realmente. Yo me enamoré del Mac adolescente, y creo que no tiene nada que ver con el hombre que es hoy en día. Pero tampoco sé cómo es en realidad, nunca me lo ha permitido.

—¿Eso cambiaría lo que sientes por él? ¿Si descubrieras que no es como crees?

—No lo sé. Supongo que dependería de lo que descubriera, o de si esconde algún turbio secreto.

—¿Y si fuese un psicópata?

—Por Dios, Gia, ¿cómo hemos acabado hablando de psicópatas? Mac no es nada de eso.

—Que tú sepas. Tú misma has reconocido que no sabes cómo es en realidad.

—Bueno, conmigo ha sido un gilipollas durante estos últimos años. ¿Eso

es equivalente?

—No, eso es peor. De verdad, si un hombre me tratara como él te ha tratado a ti, ya le habría olvidado hace tiempo.

—Puede. O puede que no. No si intuyeras que detrás de esa capa de masculinidad invulnerable, esconde algo que le duele. Y mucho.

—Eso te lo acabas de inventar —se rió Gia.

—No, de verdad. No sé. Es una sensación extraña. Ayer, cuando se presentó aquí, lo vi por primera vez.

—¿El qué?

—Su vulnerabilidad. Tristeza en sus ojos. No me había dado cuenta antes, por lo menos, no conscientemente. Siempre lo había visto como un tío duro, seguro de sí mismo. Pero ayer... ayer me di cuenta que había algo detrás de su mirada. Como si tuviera miedo.

—¿Lo viste, o te lo imaginaste? Ve con cuidado, Hannah. Recuerda cuánto te ha hecho sufrir antes.

—Lo tengo muy presente. De verdad. Y no creas que voy a rendirme a él a la primera de cambio. Ah, no. Va a tener que trabajárselo mucho hasta que lo consiga.

—Pero lo conseguirá, ¿verdad? Ya lo tienes decidido. Te rendirás en sus brazos.

—No, no lo he decidido. ¿Por qué dices eso?

—Lo veo en tu mirada soñadora ahora mismo.

—Og, no te burles de mí —protesté.

—Deberías hacerlo sufrir mucho antes. ¿Qué tal si le das una buena ración de celos con Dante? —me propuso con una mirada pícar—. Imagínate, un paseo romántico con mi primo, un baile muy juntitos en la plaza San Marcos, mientras la orquesta del café Florian toca una canción muy romántica... Y Mac allí, mirando y muriéndose de celos.

—Más bien el que se moriría sería Dante —gruñí—, pero a consecuencia de los puñetazos de Mac.

—¿Es un hombre violento? —exclamó Gia, preocupada por esa posibilidad.

—No especialmente. Quiero decir, es *sheriff* en Cascade, un personaje público. Si fuera especialmente violento, se sabría. Pero, digamos que no tiene objeciones en utilizar los puños cuando es necesario. Aunque...

Recordé lo ocurrido en el establo del rancho Triple K, hacía unos meses, cuando Keitan me llevó hasta allí y apareció Mac. El puñetazo que le dio fue

brutal, y le rompió la nariz. Mac hubiese tenido muchos problemas si el cuñado de Clara lo hubiese denunciado. Pero no lo hizo.

—¿Aunque?

—Nada.

—Entonces, usa a Dante para darle celos.

—Pero no sería justo para tu primo, ¿no crees? No me gusta jugar con los sentimientos de las personas, y menos cuando les tengo cariño.

—Bueno, no sería jugar con sus sentimientos si le cuentas lo que pretendes hacer.

—¿Y tú crees que Dante se avendría?

—¿Si me avendría a qué? —preguntó el susodicho, dándonos un susto al aparecer por la puerta. Ni siquiera lo habíamos oído llegar.

—¿Cuántas veces te he dicho que llames a la puerta? —le riñó Gia girándose hacia él, pretendiendo estar enfadada. Pero, en realidad, creo que estaba furiosa porque nos había pillado hablando de él a sus espaldas—. Las llaves que te di son para una emergencia, no para que entres en mi piso cuando a ti te dé la gana.

—*Cara mía*, no te enfades conmigo. Llamé, pero nadie contestó.

Eso era una mentira como una catedral, pero ninguna de las dos lo contradijo, y mucho menos cuando se acercó a nosotras y nos plantó un beso en la mejilla a cada una.

—No me habéis contestado a la pregunta —dijo mientras se servía una taza de café.

—Hannah te lo contará. Yo llego tarde a trabajar —se estaqueó Gia, levantándose para irse.

—¡No me dejes sola! —protesté, pero ella ya estaba cerrando la puerta—. Maldita sea.

—Dime, *cara*, ¿qué ocurre? Sabes que, por ti, haría cualquier cosa.

Lo miré largo rato, con seriedad. Él no se sintió incómodo por el escrutinio al que lo sometí. Se limitó a sorber su café y devolverme la mirada desde el otro lado de la barra de la cocina.

—Dante, si te hago una pregunta seria, ¿me contestarás con la verdad?

—Por supuesto. No me gusta mentir. Eso es propio de políticos. —Arrugó los labios en un gesto despectivo.

—De acuerdo, entonces. ¿Estás enamorado de mí?

Parpadeó, sorprendido por mi pregunta tan directa. Inspiró profundamente y dio un sorbo al café.

—No. Pero me gustas mucho. No descarto que pueda enamorarme, con el tiempo. ¿Por qué?

—Porque no quiero jugar contigo, ni con tus sentimientos. Yo... te aprecio mucho pero...

—Eso no suena nada bien —gruñó—. Ese *pero* es como una condena a muerte.

—Lo siento, pero tengo que decírtelo. —Suspiré—. Mac ha venido a Venecia dispuesto a recuperarme.

—¿Recuperarte? Si nunca fuiste suya realmente, ¿no? Jamás te quiso.

—Sí —admití con tristeza—. Pero anoche se presentó aquí, y me dijo que me amaba.

—¿Con esas mismas palabras?

—Bueno, no. Dijo, textualmente: «Se acabó el intentar ignorar lo que siento por ti. Lo que siempre he sentido por ti».

—Y tú, ¿qué hiciste?

—Lo eché de aquí.

Asintió, mirando el café. Después alzó la mirada y sonrió como un diablillo.

—Y, ¿cómo tienes pensado hacerle pagar todo el daño que te ha hecho, antes de caer rendida a sus pies?

—¿Por qué todos dais por supuesto que me rendiré? —Eso era algo que me estaba empezando a molestar. Mucho.

—¡Porque estás enamorada, *cara!* No hay otro final posible. Te camelará, te susurrará al oído cuánto te quiere, que no puede vivir sin ti, y tú le creerás. Creerás todo lo que te diga, harás el amor con él, y regresarás a ese pueblo americano del que huiste para tener tu *vivieron felices y comieron perdices*.

—Lo dices como si fuese a ser algo malo.

—No, no es malo, *cara*, pero dime: ¿dónde quedarán tus sueños? El dibujo, la pintura... todo lo que te ha estado manteniendo cuerda durante el tiempo que llevas aquí. Volverás a tu vida de antes, en esos almacenes en los que no eras feliz, día tras día. Te quedarás embarazada, tendrás hijos...

—Vas muy rápido, Dante. —Estaba molesta, porque el futuro que me estaba mostrando no me gustaba mucho. Volver a Cascade no me apetecía nada, y mucho menos para reincorporarme a trabajar en los almacenes Summer—. No tiene por qué ser así, ¿sabes?

—Ah, ¿no? ¿De verdad? Entonces, cuando Mac te confiese su amor eterno, ¿le dejarás volver solo a Estados Unidos?

—No, no es eso. O sí. ¡Maldita sea! No lo sé —exclamé, desconcertada—. ¿Por qué tengo que pensar en esas cosas ahora? Si no sé todavía qué voy a hacer. Amo a Mac, eso no puedo negarlo. ¡Pero no sé si puedo confiar en él! Ni siquiera sé si puedo confiar en que me esté diciendo la verdad. Se me han ocurrido multitud de motivos por los cuales haya venido dispuesto a convencerme para volver, y ninguno de ellos tiene algo que ver con el amor.

—Pues no te dejes convencer. Simplemente, despáchalo.

—No puedo, Dante —gemí—. Yo...

—Está bien. Ahora, dime, ¿qué es lo que esperas de mí?

—¿Me ayudarías a darle celos? ¿Muchos celos?

Se rio, y el café salpicó su camisa limpia. Soltó un par de exabruptos mientras intentaba limpiarse, y después siguió riéndose, dándose por vencido al no conseguirlo.

—Eres maquiavélica. Seguro que ha sido idea de mi prima, ¿verdad?

—Sí, la verdad es que sí. Pero, ¿lo harás?

—Pues, no lo sé. Eso me rompería el corazón, ¿sabes?

—Hace un rato has dicho que nunca mientes.

—Y no miento. Eres la única mujer que puede lograr el milagro de romperme el corazón. —Se puso una mano sobre el pecho y me miró con tristeza—. Este corazón que no he entregado jamás a mujer alguna, se romperá por tu causa. ¿No te da pena? Después de todo lo que me he esforzado por seducirte, y nunca me veré recompensado por ello.

No supe si tomármelo en serio, o en broma. Había algo de ambiguo en él. Parecía tomárselo todo a broma, pero intuí que, en sus palabras, había más verdad de la que quería mostrar. Quizá sí se estaba enamorando de mí. O quizá todo era producto de mi imaginación, y de mi necesidad de sentirme amada.

Pero fuera como fuese, yo ya sabía que no podría amar a nadie más que a Mac. Si no era capaz de volver a confiar en él, mi vida amorosa quedaría reducida a cenizas, porque sin amor, no concebía el tener una pareja con la que poder formar mi propia familia.

«Quizá el tiempo pueda mostrarte otras posibilidades —me dije—. Si no sale bien con Mac, quizá con el tiempo consigas que el dolor se atenúe y deje de importar. Hasta puede que vuelvas a enamorarte, aunque nunca será como con él. Pero antes, tengo que intentarlo».

Sí, tenía que intentarlo. Pero no iba a ponérselo fácil. Iba a presionarlo hasta que consiguiera que se abriera completamente a mí. Lo quería todo de

él, absolutamente todo, y no iba a conformarme con menos.  
Y del futuro, ya hablaríamos después.

## Capítulo ocho

—Ha tenido mucha suerte, *signore* —me dijo la señora Spazza, la dueña de la pensión cuando llegué—. Hace apenas dos horas que cancelaron la reserva. Si no llega a ser por eso, no tendría donde meterle, por muy conocido de Mariela que fuese.

Supuse que Mariela era la camarera. Había sido muy arriesgado por su parte dar la cara por un tipo al que no conocía de nada, o sea, yo. Por suerte para ella, soy un tipo decente.

—Daré las gracias al destino, entonces —dije con una sonrisa mientras la mujer me conducía por un pasillo oscuro hasta lo que sería mi dormitorio.

—Es aquí —dijo, abriendo una puerta con la llave—. El desayuno es a las ocho. Para comer y cenar, tendrá que arreglárselas, porque no vienen incluidos en el precio; pero en el comedor hay un micro en el que puede calentarse lo que quiera.

Entré en la habitación. Era pequeña, con una cama estrecha pegada a la pared, y una ventana a los pies. Solo tenía una cómoda en la que guardar la ropa, pero para mí era más que suficiente. Estaba limpio, y las sábanas parecían recién puestas. Por lo menos, dormiría caliente, y eso ya era una mejoría en relación a la noche anterior.

—Me las arreglaré, no se preocupe.

—Solo puede quedarse una semana —me dijo la mujer.

Era bajita, con el pelo como un nido de golondrinas. Hablaba bien inglés, pero lo hacía de una manera brusca, como si su boca fuese una pistola y estuviese disparando palabras. Siempre mantenía los labios apretados, como si estuviera enfadada, y el cuerpo enjuto un poco encorvado. Le eché más de sesenta años muy mal llevados.

—¿Una semana?

—Sí. Tengo reservas que no puedo ni quiero cancelar. Vivo de esto, ¿sabe? Mi pensión de viuda a duras penas me llega para vivir, dependo de este negocio para no morirme de hambre. Si cancelo las reservas que tengo, me perjudicará, y no puedo permitírmelo. Mi subsistencia depende de mi buen nombre y mi responsabilidad como anfitriona, así que si quiere quedarse más tiempo en Venecia, deberá buscarse otro lugar.

—Lo comprendo. No se preocupe, si decido quedarme más tiempo, me buscaré otro lugar. Le prometo que dejaré libre la habitación en una semana.

—Bien —contestó, apoyando las manos sobre la barriga y mirándome ladeando la cabeza—, eso espero. Si me sigue, le indicaré dónde están el baño y el comedor. Puede hacer uso de ellos a cualquier hora, pero procure mantenerlos limpios. No me gusta la gente sucia.

—Mi madre me educó bien, señora Spazza.

—Ya lo veremos —gruñó, como si no se creyera una palabra.

El baño era más grande que mi dormitorio. Había una bañera con ducha, un retrete, y un armario cerrado con un candado. Una ventana entreabierta daba al patio interior, y desde allí llegaba atenuada una canción italiana.

—¿Sería posible darme una ducha?

—Por supuesto. Le daré toallas. Guárdelas en su dormitorio. No se las deje por ahí o se quedará sin ellas porque no pienso darle más.

—Las vigilaré con ahínco —bromeé, pero a ella no le hizo gracia, porque me miró con los ojos entrecerrados y después resopló.

Salió del baño y la seguí. El comedor tenía en el centro una mesa grande, para unas doce personas. Estaba cubierta por un mantel de hule a cuadros rojos y blancos. Contra la pared había un aparador en el que había platos, vasos, tazas, y cubiertos en los cajones. Una mesa auxiliar tenía encima un microondas que había visto tiempos mejores. En la esquina, había una nevera que habría sido blanca en sus tiempos, pero que ahora estaba amarillenta y deslucida. En la pared opuesta, una puerta con cristales llevaba a una terraza pequeña en la que había muchas macetas llenas de plantas. Parecía una pequeña selva en mitad de la ciudad.

—No se permite fumar en toda la casa, ni siquiera en sus habitaciones. Si necesita hacerlo, puede salir ahí. Hay ceniceros, así que procure no tirar la ceniza al suelo.

—No fumo.

—Bien, mucho mejor para usted. Es un hábito deplorable y perjudicial para la salud. Aquí tiene las llaves. —Las sacó del bolsillo del delantal que cubría un chandal verde musgo que daba grima, y me las entregó—. Esta es la de la puerta de abajo; esta, la de arriba. Y esta, la de su habitación. Procure cerrarla con llave antes de irse, porque no respondo si después le faltan objetos.

—¿Suele albergar ladrones bajo su techo? —pregunté con sorna.

—No lo sé —contestó con honestidad—. No conozco a la mayoría de mis huéspedes. Vienen, duermen, desayunan y se van. Pasan todo el día fuera y no vuelvo a verlos hasta la mañana siguiente. Así que no sé si son ladrones,

asesinos, o gente responsable y honrada.

—¿Y no le da miedo que alguno de ellos le saquee la casa?

—¿Qué van a robar? —Resopló—. ¿El microondas? Aquí no hay nada de valor, excepto lo que traen ustedes, los huéspedes. Así que procure tenerlo todo a buen recaudo, por si acaso.

Me acompañó de nuevo hasta mi dormitorio y me dejó solo. Cerré la puerta y me tumbé en la cama. Chirriaba y el colchón era viejo, pero estaba más blando que el suelo. Estaba muy cansado, así que cerré los ojos con la intención de descansar durante un instante, pero me quedé dormido. Cuando desperté, ya era mediodía y la señora Spazza me había dejado unas toallas sobre la cómoda.

Me froté la cara y cogí la más grande con la intención de darme una ducha y despejarme. Seguía doliéndome todo, a pesar de haber entrado ya en calor. Con ropa limpia en una mano, y la toalla en la otra, crucé el pasillo para meterme en el baño.

La ducha me hizo bien. A pesar de la poca presión del agua, conseguí relajar mis doloridos músculos y me permitió volver a sentirme persona. Solo había dormido una noche a la intemperie, y la experiencia había sido de lo más incómoda y desagradable, lo que me llevó a preguntarme cómo lo soportaban todos los sin techo que abundaban en las grandes ciudades. Por suerte, en Cascade no había ninguno. Era una comunidad pequeña, con sus más y sus menos, pero éramos solidarios y ayudábamos a los vecinos cuando pasaban malas rachas.

Me vestí sin mirarme al espejo. No me gustaba verme desnudo. Las cicatrices me recordaban continuamente la pesadilla que había vivido, y no lo soportaba. Eran un recordatorio constante de mi estupidez, y una de las causas que me habían llevado a apartarme de Hannah.

Me pregunté cómo reaccionaría ella cuando las viese. ¿Le darían asco? ¿La repelerían? El miedo volvió a mí, y el impulso de marcharme y dejarlo correr; pero me negué a seguir siendo un cobarde. Si me amaba tanto como decía, cuando las viese, las aceptaría porque formaban parte de mí.

Pero si no era así...

Me negué a pensar en ello. Si lo hacía, huiría de nuevo y la perdería para siempre. Había sido un estúpido con ella, y le había hecho daño; pero la amaba, y no podía vivir sin ella. Conseguiría que me perdonase, porque la vida sin ella a mi lado no tendría ningún sentido.

Ojalá me hubiese dado cuenta antes. Ojalá no me hubiese dejado regir por

mi cobardía. Si hubiese sido valiente antes, no habríamos perdido tantos años. Ahora estaríamos casados, y seguramente habríamos formado una familia. Me recreé en ese pensamiento. Unos niños correteando a nuestro alrededor, con los mismos ojos de Hannah, su nariz inquisitiva y su mentón decidido.

«Compraremos una casa con una buena parcela de terreno, en la que nuestros hijos puedan jugar. Y le construiré un estudio para que pueda dedicarse a dibujar y pintar, si es lo que quiere».

Lo tenía decidido. Volvería con ella, o no volvería jamás.

Más decidido que nunca, cerré con llave la puerta de mi dormitorio, me la guardé en el bolsillo, y salí a la calle. En menos de diez minutos me había plantado delante del portal de Hannah, y estaba a punto de llamar a su puerta, cuando esta se abrió y la vi delante de mí, del brazo de un guaperas que me dirigió la mirada más afilada que jamás había visto.

\*\*\*

—Bueno, ¿qué dices? ¿Te animas a ir?

Dante me miraba con sus preciosos ojos, esperando que le diera una contestación. Había encontrado un local que, decía, me iría de maravilla para convertirlo en un estudio. Yo no lo tenía nada claro. En aquel punto de mi vida, cuando todo se había vuelto a poner patas arriba, no quería hacer planes a largo plazo. ¿Quién sabía qué acabaría queriendo hacer? Mac había vuelto decidido a conquistarme, y yo deseaba que lo lograra. O no. ¡Es que ni siquiera lo sabía!

Pero, por otro lado, me repetía a mí misma que ya había tenido mi vida en suspenso durante demasiados años. Que no debía permitirme volver a eso. Que debía seguir adelante con mis planes y no dejar que Mac se interpusiera. ¿Que quería estar conmigo? Perfecto, pero no iba a dejar que eso variara el rumbo que me había marcado.

—Está bien, supongo que por ir a mirar no se pierde nada —acepté al final, con una sonrisa.

Dante había estado toda la mañana haciéndome compañía. Estaba resultando ser un buen amigo, que se preocupaba por mí de verdad. Había estado intentando distraerme hablándome de cosas mundanas, y como vio que no funcionaba porque yo seguía ensimismada pensando en Mac y en la locura que se me avecinaba, acabó confesándome que se había tomado la

libertad de buscar lugares que pudiesen ser adecuados para que los usara como estudio, y me animó a ir con él a visitar uno aquella misma mañana.

Todavía iba en pijama, así que me vestí en un momento, me pasé el cepillo por el pelo, y me cogí de su brazo para salir a la calle.

Y allí estaba él. Esperando. Mirándome con los ojos entrecerrados, fijados en el punto en que mi cuerpo hacía contacto con el de Dante.

Levanté la barbilla y dejé de mirarlo. No me siento orgullosa de ello, pero si no lo hubiera ignorado, habría acabado gritándole o algo. Tuve miedo de que me montara un espectáculo, que se peleara con Dante y acabara pegándole un puñetazo, como hizo con el pobre Keitan Wescott. Pero le miré de soslayo, con disimulo, mientras pasaba ante él, ignorándole como si no estuviera allí; el dolor que vi reflejado en sus ojos me impactó, igual que el esfuerzo que estaba haciendo para no abalanzarse sobre mí o sobre Dante. Tenía los puños tan apretados, pegados al cuerpo, que se le habían puesto blancos los nudillos; y el rictus de su boca, arrugada en una mueca de medio lado, estropeaba su hermoso rostro.

Quizá Dante fuese mucho más guapo que él, no lo niego; pero para mí, Mac era único, sin igual, y la manera en que mi corazón palpitaba cuando lo tenía delante, o la forma en que me sudaban las manos por su presencia, no lo conseguía nadie más. Ni siquiera Dante, con sus atenciones, sus amabilidad, y su voz seductora.

No nos siguió. Pasamos por delante de él mientras nos observaba con el ceño fruncido. Yo me agarré con fuerza al brazo de Dante y él se dio cuenta de que algo pasaba porque me puso la mano sobre la mía y la palmeó con suavidad, como intentando darme ánimos. Creo que susurró un «tranquila» o algo así, aunque no lo escuché bien porque tenía todos mis sentidos concentrados en Mac.

Llegamos al canal. Todavía éramos visibles para él, porque estaba al final de la misma calle en la que vivía. Sentí los ojos de Mac en mí mientras Dante saltaba dentro de la lancha y me ofrecía la mano para ayudarme a subir. Me temblaban las piernas y tenía ganas de gritar. El desaire que le estaba haciendo a Mac lo sentía sobre mi piel y mi alma, y me desprecié por ello. No estaba bien, lo sabía, pero no tenía fuerzas para hacer cualquier otra cosa que no fuese huir como una cobarde.

—Aguanta, *cara* —me susurró Dante mientras me ayudaba a llegar hasta el asiento.

Se lo agradecí con una sonrisa, y reprimiendo las ganas de girar la cabeza

para volver a verlo una vez más.

—Ese es Mac, ¿verdad? —me preguntó al fin, mientras la lancha se deslizaba por encima de las aguas tranquilas del canal y nos alejábamos de él.

—Sí.

—Pues no parece tan fiero el león —intentó bromear—. Por lo que me dejaste entender, esperaba que se me echara encima y me despellejara.

—Yo, también. Temí que nos montara un espectáculo en plena calle, pero se ha reprimido. No hace mucho, me pilló besándome con otro hombre y le rompió la nariz.

—Quizá debería haberte besado yo, entonces.

Los ojos le brillaban con picardía, y consiguió hacerme reír, aunque a desgana.

—¡No, por favor! —exclamé, riéndome—. Eso sí hubiera sido como despertar a un león dándole golpes de vara en el lomo.

—Bueno, la vida es aburrida si no hay riesgos que correr.

—Pero hay riesgos que no merecen la pena.

—¿Por un beso tuyo? Cualquier riesgo vale la pena, *cara*.

No contesté, básicamente porque no supe qué decir. Dante me sorprendía cuando me decía este tipo de cosas, como si estuviera enamorado de mí, aunque había afirmado categóricamente que no era así.

No tardamos ni diez minutos en llegar a nuestro destino. Tuvimos que entrar en el Gran Canal, y aquella experiencia fue totalmente distinta a la que había vivido junto a Dante, de noche. Aquello parecía una autopista. Estaba repleto de todo tipo de embarcaciones, desde pequeñas lanchas, góndolas, *vaporettos* que circulaban repletos de gente, hasta los barcos turísticos llenos de japoneses con sus cámaras fotográficas.

Cuando le pregunté, extrañada, porqué habíamos ido en lancha si estaba tan cerca, me contestó riendo que había sido su manera de huir de la tensión que se respiraba en el aire.

—Supuse que si íbamos caminando, igual nos seguía. Además, no está tan cerca como crees.

Amarró la lancha y me ayudó a bajar. Aquel día me había puesto mis sempiternos vaqueros, una camiseta, y zapatillas deportivas, pero a pesar del calzado cómodo, el balanceo de la lancha todavía me producía un poco de temor a volcar y caerme al agua. Su mano, firme y segura, ayudaba a expulsar ese pequeño miedo.

—Es aquí —me dijo con orgullo en la voz—. Creo que te gustará.

Entremos.

Me cogió de la mano y fuimos hacia la puerta en arco, de dos hojas y madera muy antigua. El edificio estaba en una esquina, en el mismo Gran Canal. Dante sacó una llave gruesa del bolsillo y me la mostró con una sonrisa traviesa. La cerradura giró gruñendo hasta que un doble y ominoso click advirtió que ya podíamos empujar. La puerta, pesada, chirrió.

—¿Cómo es que tienes la llave? —le pregunté, curiosa.

—Porque el local es de un amigo mío.

Crucé por debajo del dintel de piedra y me asomé con cuidado. Era un espacio enorme y vacío, con varios ventanales altos por los que entraba un chorro de luz, y varias columnas dispuestas para sostener el alto techo. El suelo era de piedra tosca e irregular, de un tono grisáceo un tanto feo.

Era perfecto para mí.

—El alquiler será muy alto —susurré, entrando. El sonido de mi voz reverberó en el espacio vacío.

—No tanto. Ya te he dicho que el dueño es amigo mío. ¿Te has dado cuenta de que tendrás sitio de sobra? Podrás llenarlo con todos los lienzos que quieras.

—Sí —susurré, pisando aquellas piedras grisáceas con reverencia.

Era una locura, pero sentí como si aquel lugar fuese mío ya. Cerré los ojos y me lo imaginé, con una mesa de trabajo de madera, caballetes, las mezclas de pinturas...

—Habrás que adecuarlo, por supuesto —estaba diciendo Dante—. En invierno, las mareas son muy altas y a veces, inundan los bajos de los edificios. Por eso no hay viviendas a ras de calle, y las plantas bajas se suelen utilizar como almacenes para guardar las lanchas. Pero si ponemos una tarima lo bastante alta en la que guardarlo todo, no tendrás que preocuparte.

—¿Y cómo puedo saber hasta que lugar llega la marea? —pregunté. El sitio empezaba a parecerme menos maravilloso con aquella advertencia.

—Por las marcas en las paredes —contestó. Caminó hacia una de ellas y me lo señaló—. Aquí, ¿ves? Como estamos al lado mismo del Gran Canal, se notan más las mareas.

—Vaya —susurré, desilusionada—. No puedo permitirme ese lujo. Gastar dinero en una tarima no está en mis planes. ¿Y no sería mejor si alquilara un apartamento? Así podría trasladarme allí a vivir, y aunque tuviese poco espacio, de momento sería más que suficiente. Y podría dejar de estar de *okupa* en casa de Gia.

—A Gia le encanta que vivas con ella. Así no está sola, y tampoco es que tenga que pagar alquiler —bromeó, acercándose a mí—. Además, los apartamentos que hay en esta zona son todos de alquileres temporales, para turistas, y son prohibitivos para largas temporadas, a no ser que seas enormemente rico.

Giré sobre mi misma para mirar alrededor e intentar imaginarme de nuevo aquello repleto de mis cosas. Fue una excusa, porque en la mirada de Dante vi algo que me hizo estremecer.

—Además —susurró contra mi oído. Se había puesto a mis espaldas, y había posado las manos en mis caderas para empujarme suavemente contra su cuerpo. Su aroma me llenó las fosas nasales y cerré los ojos para disfrutarlo —, de la tarima me encargo yo. Será un regalo.

—No, no puedo aceptarlo —protesté, intentando apartarme de él. Dante me lo permitió y dejó caer los brazos a los lados.

—¿Por qué no? Mis antepasados fueron mecenas de grandes artistas, y a mí me encantaría hacer eso por ti.

—Pero no creo que sea adecuado, Dante.

—Por favor... —bromeó—. ¿Qué estamos? ¿En el siglo XV, para que hables de lo que es adecuado o no? Somos amigos y sabes que, en el fondo, tengo esperanzas de que lleguemos a ser algo más.

—Dante, no. Creí que eso ya había quedado claro.

Me hizo sentir incómoda con aquella declaración. Si Mac no existiese, o si hubiera podido olvidarlo, quizá sí que Dante podría tener una oportunidad. Pero no podía mentirle a él ni a mí misma. Siempre amaría a Mac, a pesar de todo. Era como un veneno que había penetrado en mi torrente sanguíneo y contra el que no había antídoto.

—*Cara*, sé que todavía amas a Mac. Pero también sé que te ha hecho sufrir demasiado. Nunca serás feliz con él, y lo sabes. Por eso te resistes.

—Puede que tengas razón y nunca llegue a ser feliz, pero eso no significa que vaya a olvidarlo. Si te diera esperanzas, no sería justo, ni para ti, ni para mí. Viviríamos en una mentira.

Se puso frente a mí y me cogió las mejillas con las manos. Su boca estaba muy cerca de la mía. Notaba su aliento en mi rostro, fresco y sensual.

—A veces, una mentira nos hace más felices que la verdad, *cara* —susurró contra mi rostro antes de intentar besarme.

Aparté la cara y le abofeteé. Fue un impulso que no pude controlar, que me sorprendió y del que me arrepentí en el mismo momento, pero no podía

echarme atrás. Dante se llevó la mano a la mejilla magullada y suspiró con resignación

—Sabía que acabarías rompiéndome en corazón —murmuró—, pero no voy a darme por vencido. Eres la primera mujer en mi vida por la que he llegado a sentir algo más que simple deseo, Hannah. Y voy a luchar por ti.

Me aparté, molesta, sintiéndome culpable por haberlo alentado al principio, cuando creí que Mac era cosa ya del pasado y que no volvería a verlo. Cuando pensé que era posible olvidarlo y rehacer mi vida.

—No, Dante. No me hagas esto, por favor.

—No eres tú quién decide qué puedo o no hacer. Creo que me estoy enamorando de ti, y no voy a cejar en mi empeño. Por eso, este lugar es tuyo, para ti. Ya me he ocupado de eso. Yo me encargaré del alquiler, y de adecuarlo para que puedas usarlo. Conmigo, no tendrás que preocuparte de nada, *cara*. Permíteme cuidar de ti, ya que nadie más lo ha hecho nunca.

—No voy a aceptarlo, Dante. —En ese punto, ya estaba más que molesta. Una cosa era que hubiera tomado la decisión de intentar enamorarme, o seducirme, o lo que fuese que rondara en su cabeza. Otra muy distinta, que yo aceptara que me hiciera regalos de esta índole, como si no tuviese principios ni moral.

—No te va a quedar más remedio.

—Por supuesto que sí —exclamé, exasperada—. Nadie puede impedirte hacer lo que te dé la gana, pero a mí, nadie me puede obligar a aceptar tus regalos. ¡Estás loco! ¿Crees que puedes comprarme? ¿Deslumbrarme con... todo esto? —alcé las manos para abarcar todo lo que nos rodeaba—. Seguro que el alquiler es carísimo, que jamás en la vida podría llegar a permitírmelo. ¿Cómo has podido llegar a pensar que podrías ganarme así? ¿Tan frívola e interesada crees que soy? ¿Pensaste que entregándome en bandeja algo como esto, caería rendida a tus pies?

—¡No es eso, maldita sea! —gritó, y después soltó una ristra de palabras en italiano que, deducí, eran exabruptos, mientras se mesaba el pelo—. ¡Quiero ayudarte, eso es todo!

—¿Sin esperar nada a cambio? ¡JA! Permíteme que lo dude.

—¿Por qué eres tan desconfiada, Hannah? —Había desolación y decepción en sus ojos cuando me miraron—. ¿Es que acaso he hecho algo, en todo este tiempo, que te haya llevado a desconfiar de mí? ¿Acaso no he sido sincero contigo desde le principio? ¿Te he mentado en algún momento?

—No —contesté, sin dejar que mi voz temblara o vacilara—. No me has

mentido, ni has hecho nada, y sí, siempre has sido sincero. Pero estás intentando manipularme, como ha hecho todo el mundo, siempre. Mis padres lo hicieron para que me quedara enterrada en Cascade durante el resto de mi vida. Mac, para que me alejara de él y lo dejara en paz. Ahora, tú me pones el cebo para que decida quedarme aquí. Me pones en bandeja de plata la oportunidad para conseguir mis sueños diciendo que no quieres nada a cambio, pero sí quieres algo. Quieres que te elija a ti, cuando ni siquiera sabes qué sientes por mí, si es que sientes realmente algo y no es un simple encaprichamiento. Quieres que ponga mis sueños en un platillo de la balanza, y en el otro, a Mac, como si fueran incompatibles; y añades este lugar para que el lado de la balanza que a ti te interesa, pese más. No voy a aceptarlo, Dante. De ninguna de las maneras.

No sé si fui injusta o di en el clavo en todo lo que le dije. Lo único que sé es que me decepcionó muchísimo aquella situación. Me decepcionó y me enfadó. Creí que Dante era mi amigo, que podría confiar en él, que sería un punto de apoyo para los momentos que se avecinaban. No me creí ni por un momento que realmente se hubiese enamorado de mí; estaba convencida que Dante estaba acostumbrado a conseguir todo lo que quería con solo chasquear los dedos, y que yo me estuviese resistiendo había despertado en él una especie de ansiedad egoísta. Seguramente, las mujeres con las que estaba acostumbrado a tratar eran frívolas y solo se emocionaban con aquellos regalos que les hacían sonar las campanillas de la caja registradora.

Pero yo no había sido así nunca en mi vida, y no iba a empezar en aquel momento.

Enfadada con él, me fui de allí y no le permití que me acompañara. No sabía el camino de vuelta al apartamento de Gia, pero no me importaba. Me buscaría la vida. Siempre lo había hecho.

\*\*\*

Creí que iba a reventarme una vena en la cabeza y que me daría un derrame cerebral allí mismo. Por suerte, la vena se limitó a palpitar provocándome un agudo dolor de cabeza, pero nada más.

También tuve que quedarme muy, muy quieto, mientras veía pasar ante mí a Hannah cogida del brazo del maldito *play boy* italiano, con sus pantalones vaqueros de marca y su camiseta de Lacoste. Tenía los puños tan apretados y los músculos de los brazos tan tensos, que empezaron a dolerme

los codos. Pero no podía moverme, porque cualquier pequeño movimiento por mi parte, desencadenaría una reacción violenta y dolorosa que acabaría en tragedia. Podía imaginarme los titulares. «Hosco patán norteamericano, mete la cabeza bajo el canal a uno de nuestros insignes ciudadanos y le provoca la muerte por asfixia». Ese era uno. También había posibilidades de que hubiera otro, aunque lo de «hosco patán norteamericano» se mantenía, porque no tenía decidido si ahogar al señorito en esas aguas insalubres llenas de mierda era lo bastante cruel como para apaciguarme. Igual tendría que añadir unos cuantos golpes. O una evisceración completa.

De todos modos, mientras mi mente se entretenía imaginándose el cuadro, Hannah y el italiano desaparecieron en una lancha.

Me quedé hundido en la miseria, pero me negaba a creer que no podría tener una oportunidad contra él. Era evidente que el tío era rico. Se veía en sus ropas, informales pero de calidad. Sobre todo esos zapatos italianos que gritaban a los cuatro vientos que le habían costado una pasta. O el reloj que llevaba en la muñeca, un Patek Philippe que no le habría costado menos de 20.000 dólares.

Pero también conocía a mi Hannah, y sabía que no era el tipo de mujer que se dejaba deslumbrar por este tipo de cosas. Ella apreciaba en un hombre otras muy distintas.

«Y tú no cumples con ninguna».

No, pero había tomado la decisión de que eso iba a cambiar. De hecho, ya había empezado con ello, ¿no? Había dejado de lado mis miedos, había tomado un avión, y aquí estaba, dispuesto a arrastrarme lo que hiciera falta con tal de lograr que ella me perdonara y me diera una oportunidad.

Así que no estaba todo perdido. En absoluto. Solo tenía que sentarme en el suelo (otra vez) y esperar. En algún momento ella volvería a casa, y esperaba que no fuese del brazo de él.

Porque entonces sí tendríamos un problema.

## Capítulo nueve

Me perdí. Salí de aquel almacén tan enfadada que ni siquiera me fijé por dónde iba. Caminé por las callejuelas con la única idea de alejarme de allí y de Dante, de poner tierra por medio, esperando que no fuese tan capullo como para seguirme e intentar detenerme.

¡Me había defraudado tanto!

Pero era culpa mía, por confiar en una persona a la que acababa de conocer y de la que a duras penas sabía nada. No sabía dónde vivía, ni a qué se dedicaba. ¿Había ido a la universidad? ¿Trabajaba en algo? ¿Qué esperaba de la vida? Lo poco que sabía de su familia, era porque Gia me lo había contado.

En cambio, de mí él lo sabía todo.

Dante se había dedicado casi exclusivamente a intentar seducirme. Cada paso que había dado, cada palabra, cada gesto... Gia me lo había advertido cuando llegué, que era un Casanova, y yo, estúpida de mí, pensé que podría jugar con fuego sin quemarme.

«Pues acabas de escaldarte, bonita».

Media hora después de estar dando vueltas por calles y callejuelas, me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba.

No sentí pánico. Si caminas sin rumbo por Venecia, siempre acabas encontrando algún punto que reconoces: una plaza, el campanario de una iglesia, un puente por el que ya habías cruzado anteriormente...

Aunque también se puede preguntar, siempre que encuentres alguien que no sea un turista.

Encontré una pequeña tienda artesanal. En el interior, a través del cristal del aparador, pude ver a un anciano que estaba sentado en una vieja silla, encorvado sobre la máscara en la que estaba trabajando. Era la viva imagen que yo me hacía de Geppetto cuando leí el cuento de Pinocho siendo niña: pelo cano muy despeinado, a lo Albert Einstein; anteojos pequeños apoyados en la punta de la nariz; ojos risueños y manos ágiles.

—*Buona sera* —dije, cruzando la puerta. El hombre se levantó y yo le expliqué, en mi precario italiano, que me había perdido, que no sabía regresar a casa, y que, ¡qué vergüenza! ni siquiera recordaba el nombre de la calle a la que quería ir.

—Puede hablarme en su idioma, señorita. Lo entiendo perfectamente.

—Mucho mejor que yo el italiano —bromeé, aliviada. Si hubiese tenido que darme a entender, habría tardado siglos.

—¿En qué hotel se hospeda?

—Oh, no estoy en ningún hotel. Estoy en casa de una amiga.

—Entonces será más difícil que pueda ayudarla. ¿Recuerda algún edificio importante que se encuentre cerca?

Lo pensé durante unos segundos. Había una iglesia cerca de la casa de Gia que me había llamado mucho la atención el día que llegué, por su enorme reloj con números romanos.

—¡Sí! —me acordé del nombre—. La iglesia de san Giacomo di Rialto.

—¡Ah! Eso está en San Polo, al lado del Gran Canal.

—¿Y donde estamos nosotros?

—Cerca de la basílica de santa María della Salud, en Dorsoduro. En línea recta no está tan lejos —bromeó—. Si se espera un momento, creo que por aquí tengo uno de esos mapas que los turistas se dejan cada dos por tres y podré enseñárselo.

Rebuscó por debajo el mostrador. Mientras, me puse a mirar la colección de máscaras que tenía expuestas para su venta. Las había de todos los colores y tamaños, colgadas en las paredes y del techo. Me llamó la atención una máscara de Arlequín, con su gorro de bufón como la cresta desplegada de un papagayo, y esa sonrisa que nunca sabes si es de alegría o es que está pensando alguna maldad.

—¿Todo lo que hay aquí lo ha hecho usted?

—Con estas mismas manos, desde la más pequeña a la más grande.

—Hay algunas que son verdaderas obras de arte.

—Es arte, señorita, y como tal, es un fiel reflejo de la realidad aunque a veces nos cueste reconocerla. La sonrisa triste de Pierrot, por ejemplo, ¿qué diría que esconde?

—El amor que jamás será correspondido. El loco enamorado de un imposible.

—Veo que conoce la Comedia Dell'Arte.

—Estudié algo sobre ella en la universidad.

—Cada máscara define a un personaje, y nos muestra solo lo que ellos quieren que veamos. De Pierrot solo vemos su sufrimiento, igual que de Arlequín solo vemos su falsedad. Pero, ¿qué habría detrás de la máscara? ¿Qué cree usted?

—No lo sé.

—Piense, señorita. Imagine.

Pensé en aquellos personajes que había estudiado hacía años. Todo quedaba muy lejos en el tiempo, y tampoco es que profundizáramos demasiado en ellos.

—Pierrot no se rinde. Detrás de la máscara veríamos la determinación a conseguir el amor de Colombina, a pesar de que ella no hace más que rechazarlo. Y de Arlequín... Siempre me pareció que era un personaje extremadamente aislado, a pesar de estar rodeado de gente. Quiero decir, es muy posible que sus bromas y sus burlas escondan la gran soledad que siente.

—Buen análisis, sí. Aunque supongo que cada persona encontraría algo diferente, según su estado de ánimo. ¿Con cuál se identifica usted?

—¿Yo? Con ninguno —me reí—. No soy un personaje imaginario de teatro.

—Ah, pero es que estos personajes estaban vivos, señorita. Igual que usted. Piénselo bien.

—Bueno... —Miré la máscara de Pierrot, con la boca curvada en una sonrisa triste y la lágrima cayendo del ojo—. Fui Pierrot durante mucho tiempo. Pero creo que ahora soy un poco como Colombina.

—Así que penó por un amor no correspondido, y ahora tiene a dos pretendientes.

—Sí, uno de los cuales es el mismo Arlequín —añadí, pensando en Dante.

—¿Y qué piensa hacer? ¿Se dejará llevar por la falsa alegría del bufón, o preferirá la tristeza del eterno enamorado?

—No veo a Mac como Pierrot —murmuré, intentando no reírme al imaginármelo disfrazado—. Más bien ha sido mi Colombina.

—Bueno, todos hemos sido Pierrot en algún momento de nuestras vidas. Igual que hemos sido Colombina, o Arlequín, ¿no cree?

—Seguramente.

—¿Sabe? El amor es la fuerza que mueve al mundo, y no necesita ni de puntos de apoyo ni de palancas para hacerlo. Lo mueve con la propia energía que desprende, que es capaz de elevarnos hasta el mismo Paraíso Celestial, o de hundirnos en el infierno más cruel y doloroso. Por amor, somos capaces de hacer cualquier cosa, hasta de perdonar la ofensa más terrible. A veces, nos equivocamos y sufrimos; pero cuando acertamos... cuando acertamos, la dicha que nos proporciona es infinita. Por eso vale la pena arriesgarse, querida.

Tenía razón, por supuesto. Mac me había hecho sufrir mucho, pero si ahora era sincero y yo era capaz de perdonarle, quizá podría lograr lo que había soñado durante toda mi vida. Pero, ¿y mis otros sueños? Los había tenido olvidados durante gran parte de mi vida, arrinconados en el sótano de mi memoria. Pero la vida es tomar una decisión tras otra, y con cada decisión, ganamos algo, aunque también perdemos algo que no podremos recuperar jamás.

Y yo estaba en una encrucijada en la que debía tomar una decisión que marcaría el resto de mi vida. Si escogía a Mac, tendría que volver con él a Cascade. Y si, al final, nuestra relación no nos llevaba a ninguna parte y acabábamos separándonos, yo ya no tendría fuerzas para volver a marcharme de allí.

Así que más me valía tomar la decisión correcta, si es que había alguna, y prepararme para las consecuencias que me acarrearía.

Esboqué una sonrisa triste y seguí mirando las máscaras. Tenía que llevarme una, aunque solo fuese en agradecimiento por la conversación. El anciano siguió buscando el mapa, hasta que lo sacó de dentro de una caja roñosa gritando «¡eureka!». Lo desplegó sobre la mesa y me invitó a acercarme.

—Mire, estamos en este punto, y usted quiere ir a este otro. Si camina siguiendo el Gran Canal en esta dirección, acabará encontrando algún punto que la ayude a llegar a casa de su amiga.

Acabé comprándole la máscara de Pierrot. Era la más simple de todas las que allí había, pero también era con la que me sentía más identificada. Porque a pesar de todo, seguía pensando por el amor de Mac como este personaje por el amor no correspondido de Colombina.

—Espero que encuentre su camino, señorita, y no me refiero al que lleva a casa de su amiga.

—Yo también lo espero, señor. Ha sido un placer poder hablar con usted.

—Lo mismo digo. No es frecuente que una chica joven y guapa como usted, se detenga a perder el tiempo hablando con un anciano como yo.

—Pues peor para todas ellas. Saldrían de aquí mucho más sabias de lo que eran cuando entraron.

—¡Vaya! Entonces, me alegro de que usted se detuviera para preguntarme una simple dirección. Aunque no se acordara del nombre de la calle.

—Y yo también me alegro mucho de haberlo hecho. Y de haberle

conocido.

Salí de allí con el ánimo más ligero. Pensé en Dante y en Mac, y me di cuenta que había una diferencia básica entre ellos: no me daba miedo un futuro sin Dante, pero sí un futuro lejos de Mac. Lo amaba, no había dejado de amarlo nunca, y probablemente, jamás lograría olvidarlo. Y la cruda verdad sobre mi viaje a Venecia era que había sido una huída en toda regla. Había huido de mí misma, de mis problemas, de Mac y de mi familia, y no solucionaría nada si me quedaba allí. Mi vida en Venecia era una farsa, no era real, y además tenía fecha de caducidad, porque, ¿qué otra opción me quedaría, cuando se me acabara el dinero, además de regresar a Cascade? ¿Buscar un trabajo? ¿Convertirme en ocupa permanente en casa de Gia? ¿Aceptar la oferta de Dante? En el caso de que acabara triunfando en el mundo del arte, cosa que no tenía nada clara, tardaría años en conseguir hacerme con un nombre que me permitiera vivir de ello con dignidad. Y trabajar para otros, teniendo mi propio negocio en Cascade, se me hacía extraño y casi antinatural. ¿Aguantar a un jefe toca narices cuando ese papel lo había representado yo durante los últimos diez años? No estaba preparada para ello. Además, todo el trabajo que había en Venecia era en hostelería o comercio. Quizá podría ponerme en una esquina a dibujar caricaturas a los turistas. O pintar con tiza en el suelo, como aquel artista que cada tarde se pone cerca de la plaza San Marcos. No, nunca he sido tan bohemia.

También tenía la opción de vender los Almacenes Summer. Seguro que mi querido hermano John estaba deseándolo; hasta era muy probable que ya hubiese tanteado el mercado y tuviese algún posible comprador. Pero yo no podría hacerle eso a mis padres. El almacén había pertenecido a mi familia desde siempre, desde cuando Cascade era un pueblo de cuatro gatos, en mitad de la nada, y Montana ni siquiera era un Estado de la Unión. No, no podría venderlo.

Y ya que acabaría regresando a Cascade, tarde o temprano, ¿por qué no hacerlo bien cogidita del brazo de Mac? Por lo menos, toda esta locura habría servido para algo; y enfrentarme a mi familia, con él a mi lado, no me resultaría tan frustrante y doloroso.

Pero no podía. Había algo en mí que me hacía reticente a volver a confiar en él. Sus continuos rechazos me habían producido tanto dolor, que ahora mi corazón se negaba a latir por él. Necesitaba tiempo; pero, sobre todo, necesitaba que Mac me demostrara que podía confiar en él. Y eso, me temía, jamás llegaría a producirse.

\*\*\*

Todavía estaba sentado en el suelo cuando, horas después, la vi regresar. Caminaba despacio, aferrada a su bolso con ambas manos, con la cabeza gacha y el pelo cayéndole delante del rostro. Era como si estuviera escondiéndose, como si no quisiera que nadie la viera. Ella no había reparado en mí, y aproveché para deleitarme en su figura, tan querida, tan soñada. ¡Estaba tan arrepentido de la manera en que la había tratado! Había sido un cobarde y ella había salido dañada por mi culpa. Durante años, había estado rompiéndole el corazón de la forma más cruel posible, sin ser consciente de su sufrimiento, sin pensar en ella, solo pensando en mí y en mi miedo. Mi puto miedo.

Recordé la forma en que me miraba, y en cómo me hacía sentir cuando era consciente de que me observaba. Jamás, en toda mi vida, me había sentido tan orgulloso como en aquellos momentos. Saber que una mujer como ella estaba enamorada de mí, hacía que yo quisiese ser mejor persona.

Pero, en realidad, fui peor. Mucho peor.

Tenía que pedirle perdón. Tenía que hacer lo que fuese que ella quisiera, si a cambio podía obtener su perdón y una oportunidad para demostrarle que iba en serio, que no era una argucia, que era sincero. Que, por fin, era mi corazón el que hablaba, sin rodeos ni ambigüedades.

Me levanté y me acerqué a ella. La llamé por su nombre, con suavidad. Alzó la mirada, sorprendida de verme allí, y me preguntó:

—¿Qué haces aquí aún?

—Esperándote.

—¿Esperándome? ¿Por qué?

—Porque quiero hablar contigo. Por favor, Hannah. Necesito que hablemos.

—¿Y no crees que ya nos lo hemos dicho todo? En el hospital fuiste muy claro al respecto. Tus palabras fueron como puñaladas, Mac. Todavía me duelen.

—Lo sé. He sido un cabrón contigo, y sé que no merezco nada. Pero quiero resarcirte. Quiero demostrarte que me he dado cuenta de lo equivocado que estaba. Por favor, Hannah. Te necesito.

—Y yo necesito saber por qué me has tratado tan mal durante todo estos años. Necesito saber para intentar comprender.

—Es... complicado.

—Todo es muy complicado. La vida es complicada, pero la vivimos. Necesito saber, Mac, o no podré intentar perdonarte.

Parecía muy decidida. En sus ojos vi claramente que no iba a hacer ninguna concesión. Si quería tener la oportunidad de reconquistarla y de que me perdonara, tenía que contarle la verdad. Pero, ¿cómo explicar lo que ni yo mismo sabía? ¿Cómo poner en palabras lo que ni yo mismo comprendía?

«Dile la verdad. No busques excusas. Ábrele tu corazón».

—Está bien —accedí finalmente. No tenía otra opción. Iba a arriesgarlo todo a una única tirada, y recé para que la suerte me acompañara.

La seguí por las escaleras hasta el apartamento de su amiga. Abrió la puerta en silencio y me hizo un gesto para que entrara. Me senté en el sofá, esperando que ella se sentara a mi lado, pero prefirió mantenerse alejada de mí.

—Soy toda oídos —me dijo, y yo suspiré.

—Siento mucho la manera en que te he tratado. He sido innecesariamente cruel, no tengo excusa, y si yo estuviera en tu lugar, probablemente no me daría una oportunidad porque no me la merezco.

—Totalmente de acuerdo.

Asentí con la cabeza sin mirarla. Me había echado hacia adelante en el sofá y tenía los codos apoyados en las rodillas, y los hombros caídos.

—Lo peor de todo, es que lo hice sabiendo muy bien que estaba enamorado de ti. Que lo he estado siempre, a pesar de que, en su momento, pudieron más mis ansias por cumplir mis sueños. Creía que estaba destinado a algo grande. —Me reí de mí mismo con amargura—. Y volví siendo un fracasado. Cuando me marché, no me atreví a hablarte de mis sentimientos. Pensé que no era justo para ninguno de los dos, pero sobre todo, para ti. Sabía que sentías algo por mí, pero estaba convencido de que acabarías olvidándome. Tú también ibas a ir a la universidad, así que... Además, éramos muy jóvenes, y todavía no me había dado cuenta de hasta qué punto te amaba. Después, cuando volví, yo había cambiado mucho. Me pasaron... cosas, en ese tiempo, cosas desagradables, y no estaba preparado para una relación. Necesitaba estar solo, o eso creí. Pero la verdad era que estaba aterrorizado. Tenía miedo de que me rechazaras, y de no ser lo bastante bueno.

Mientras hablaba, la iba mirando de soslayo, intentando ver sus reacciones. Se mantenía firme, con el rostro inexpresivo, mirando la frente,

escuchando.

—¿Qué es lo que te pasó? —me preguntó al final.

—No me preguntes eso, por favor. Todavía es algo muy doloroso. Yo... no he podido estar con una mujer desde entonces —confesé en un susurro, avergonzado—. He sido incapaz. No porque no funcione —me apresuré a explicar—, es solo que... ¡Maldita sea! No puedo, Hannah. No puedo hablar de ello. Todavía no.

—Estoy harta de medias verdades, Mac. Tú me has hecho daño continuamente, y tengo derecho a saber por qué. Me da igual tu orgullo, o el miedo que tengas a lo que pueda pensar de ti. Quiero saberlo. Debo saberlo. Si quieres una oportunidad, has de contármelo.

Creí que podría hacerlo. Estaba convencido de que no me iba a fallar el valor. Pero estando allí sentado, junto a ella, supe que no podría. El miedo a que ella me despreciara, a que me mirara con los ojos llenos de desdén, igual que había hecho Lucía, fue superior.

Me oí a mí mismo gritar, suplicando. Eran los ecos del pasado que volvían con fuerza. Sangre por todas partes. El dolor que se apoderó de mi cuerpo y permanecía allí hasta que llegué a pensar que nunca desaparecería. El cuchillo acercándose a mi ingle mientras seguían haciéndome preguntas para las que yo no tenía respuestas. El dolor de cada corte, el olor de la sangre que lo llenaba todo. Mis fosas nasales estaban repletas de él. El profundo desprecio de Lucía, a la que habían violado y torturado, igual que a mí, pero de cuya boca no había salido ni una sola súplica. al contrario que de la mía.

«Por favor, no me hagáis daño. Por favor, haré lo que queráis. Por favor, por favor, no sé nada».

Porque si lo hubiera sabido, lo hubiera confesado. ¿Qué me importaba a mí la vida del agente infiltrado en su organización? Yo ni siquiera sabía que existía. Yo era irrelevante, un don nadie, un *mindundi*. Nadie me había contado nada, excepto lo que necesitaba saber para cumplir mi misión. No sabía nada de agentes infiltrados en su cártel, ni de que había sido este agente el que había dado el chivatazo del trato de Morgan Slater con la organización, y que había puesto en marcha el plan que había llevado a la detención de Slash y a la muerte de Morgan. A mí no me habían contado nada.

Pero ellos no me creyeron, y siguieron arrancándome trozos de piel hasta que empecé a suplicar por mi muerte.

Nunca me miro en el espejo cuando salgo del baño. Me seco y me visto

de espaldas a él porque no quiero ver las cicatrices que cubren mi piel. Me recuerdan constantemente lo débil y cobarde que fui, y no lo soporto, porque cada vez que me asaltan las pesadillas vuelvo a derrumbarme como un chiquillo.

¿Cómo no iba a despreciarme Hannah cuando supiera la verdad? Que toda esta fachada de tío duro es una puta mentira, que soy un fraude. Un timo. Una estafa.

«No puedo. No puedo».

Maldita sea mi estampa.

Así que hice lo único que podía hacer, levantarme de allí y salir huyendo. De nuevo. Otra vez. Como el maldito cobarde que siempre había sido.

## Capítulo diez

Pasaron tres días desde que Mac intentó hablar conmigo y acabó marchándose a toda prisa, como si huyera de mí, dejándome petrificada en el sofá, sin saber a ciencia cierta qué había pasado.

Mi primera reacción fue enfadarme. ¿Para eso había insistido tanto en hablar conmigo? ¿Para marcharse en cuanto empecé a exigirle algo a lo que no estaba dispuesto? ¿Ese era todo el amor que sentía por mí? Lo maldije de mil maneras diferentes, hasta en italiano. La furia me cegaba y me paseé como un león enjaulado. No empecé a tirar cosas a diestro y siniestro porque no eran mías, y probablemente Gia no iba a mirar con buenos ojos que su invitada, en un arrebato de ira, se hubiera entretenido en lanzar sus cosas contra la pared, rompiéndoselas.

Cuando el enfado pasó, llegó la preocupación y la certeza del terror que había visto en sus ojos, durante un instante, antes de que saliera corriendo.

Ni siquiera sabía si todavía estaba en Venecia o si había vuelto a Cascade. No tenía su número de móvil, él jamás había llegado a dármelo, así que tuve que pedirselo a Nita.

—¿Ya os habéis arreglado, tortolitos? —me preguntó, bromeando.

Tragué saliva antes de contestar con una evasiva. No podía contarle lo que había pasado. Sabía que si Mac se enteraba, lo avergonzaría, y no podía hacerle eso.

Nita debió darse cuenta de que algo no iba nada bien, así que no insistió en sus bromas y me lo dio. Lo llamé, pero no contestó. Insistí varias veces, sin resultado.

Estaba muy preocupada por él. Lo que había visto en sus ojos cuando me miró fugazmente antes de marcharse como alma que lleva el diablo, era auténtico terror. ¿Qué diablos le había pasado? ¿Cuál era el suceso que tan celosamente guardaba, y que le producía tanto pánico confesar? En parte, me arrepentí de haberlo presionado tanto, aunque mi parte vengativa me decía que se lo merecía por todo lo que me había hecho. No podía perdonarlo así como así, y si el camino de la redención le provocaba sufrimiento, este no sería mayor del que yo misma había padecido durante años por su culpa.

Si por lo menos hubiera sabido dónde se hospedaba. Pero no lo sabía, así que no podía ir a buscarlo.

Al final, me rendí. Me pasé tres días aferrada al teléfono, sin salir de casa,

esperando a que él diera señales de vida. Si no tenía mi teléfono, podía averiguarlo igual que yo había averiguado el suyo. Si quisiera ponerse en contacto conmigo, encontraría la manera. También podía volver a llamar a la puerta, y por Dios que la abriría y lo recibiría pegándome a él como una lapa primero, y le daría un bofetón después, por tenerme tan preocupada durante tres días enteros.

Tres días en los que ni siquiera fui capaz de llorar.

Tres días en que no supe de él.

Ni de Dante, dicho sea de paso. Desde el día en que me robó el beso y me enfadé, ni siquiera había llamado para disculparse.

¡Hombres!

Al cuarto día de permanecer encerrada en casa, Gia me pegó la bronca.

—No puedes seguir así. Por Dios, vas a caer enferma. Sal a que te dé el aire, por lo menos.

—No puedo. ¿Y si Mac regresa mientras estoy fuera?

—Tú has estado esperando por él durante años. ¿De veras crees que le hará daño tener que esperarte a ti durante un rato de nada? Coge el cuaderno, sal a la calle, pasea, dibuja... ¡Yo que sé! Haz algo, porque pareces un alma en pena y no soporto verte así. No es bueno para ti.

Tenía razón, por supuesto. Si seguía así, acabaría enferma. Casi no comía, ni hablaba. Me pasaba las horas metida en la cama o tirada en el sofá, mirando el móvil cada pocos segundos, como si mantener los ojos fijos en la pantalla pudiesen obrar el milagro de que él me llamara.

Me obligué a salir, a pesar de no tener fuerzas para moverme. Me duché, me vestí, cogí el bolso con el cuaderno y los lápices, y salí a la calle, a perderme por los callejones de Venecia.

Llegué a una pequeña plaza, o *campo*, como las llaman en Venecia. Estaba al lado de un puente de madera, y nunca había pasado por ella antes. Estaba alejada de las zonas repletas de turistas vagando cámara en mano.

En la plaza, unos niños jugaban con un perro bajo la atenta mirada de dos mujeres, sus madres, supuse, que hablaban entre ellas sin quitarles el ojo de encima. De vez en cuando, una de ellas gritaba un nombre y decía algo en italiano. Los niños no hacían ni caso, y seguían inmersos en su juego, correteando por toda la plaza, con el perro saltando entre ellos, provocándoles la risa, pero siempre sin acercarse demasiado al canal.

Me deleité en aquella estampa familiar, y recordé mis sueños de formar una familia con Mac. Casarme con él, tener hijos. Criarlos juntos,

preocuparnos cuando se pusieran enfermos, reírnos con ellos al verlos jugar; disfrutar de sus primeros pasos, de sus balbuceos, de verlos crecer y convertirse en hombres o mujeres. Unos sueños que a lo largo de los años fueron derrumbándose hasta quedar completamente en ruinas. Quizá todavía podríamos tener una oportunidad, si dejaba de presionarlo para que me contara aquello que le daba tanto pavor; pero sabía que aquello no era cierto. Era fundamental que Mac se sincerara del todo conmigo si quería que tuviésemos una oportunidad. Y no era obcecación por mi parte, era puro instinto de supervivencia y total falta de confianza en él. Porque a pesar de seguir amándolo igual al primer día, ya no confiaba en él y tenía miedo a que pudiese terminar abandonándome si yo no conocía toda la historia.

Si me amaba tanto como decía, acabaría encontrando el valor para contármelo todo. Y si no lo encontraba, si su miedo era mayor que su amor por mí, entonces, no valdría la pena arriesgarme.

Me senté en las escaleras del puente, observando el juego de los niños con el perro, y la atenta aunque disimulada vigilancia de sus madres.

«Tengo que dibujarlos», me dije, así que saqué el cuaderno y el lápiz del bolso, y empecé a esbozar aquella imagen tan bucólica. Me concentré en mi trabajo, trazando las líneas, intentando no perderme ni un detalle y plasmarlo todo en el papel.

Tan concentrada estaba, que no fui consciente de la presencia de Mac a mi espalda hasta que habló.

—No sabía que dibujaras tan bien. Hay tantas cosas de ti que no sé, que me avergüenza.

Me sobresaltó. Me giré para mirarlo. Estaba demacrado, más delgado, ojeroso y pálido. Sus ojos estaban opacos, sin la fuerza ni el brillo que normalmente tenía en la mirada. Era... como si se le hubiese caído una máscara y ahora me mostrase una parte de sí mismo que nadie había visto.

Le hice un gesto para que se sentara a mi lado, palmeando el escalón, sin decir nada. Todavía no sabía si iba a seguir exigiéndole que se sincerara o no, pero al verle en aquel estado, con ojeras, pálido y una barba de tres días, hizo que mi corazón se rompiera. Nunca le había visto así, tan vulnerable, con la mirada perdida, sufriendo.

Se sentó a mi lado y estuvo un rato callado, mirando hacia la plaza y los niños jugando, con una sonrisa triste en los labios.

Yo no dije nada, esperando a que se decidiera a hablar.

\*\*\*

Había pasado tres días sumido en una pesadilla constante. Los recuerdos que me asaltaron mientras intentaba hablar con Hannah, se pegaron a mí y no me dejaron ni un minuto de paz. No comí en esos tres días, y a duras penas dormí. Permanecía despierto mirando el techo de mi habitación, dándole vueltas a las exigencias de Hannah, hasta que el sopor se apoderaba de mí durante unos minutos y caía rendido al sueño. Pero entonces, la pesadilla arrancaba de nuevo. Mis propios gritos me despertaban y me arrastraban a una realidad que no era mucho mejor.

Seguía habiendo dolor. Pérdida. Vergüenza. Miedo.

Miedo de contárselo todo. Y miedo a no hacerlo.

Me enfurecía porque no creía que Hannah tuviese derecho a exigirme que hablase de un pasado que me atormentaba. Además, estaba convencido de que, si me llenaba de valor y se lo contaba todo, ella acabaría despreciándome por cobarde, y me apartaría de su vida de manera definitiva. ¿Cómo podría seguir amando a un cobarde como yo? ¿Cómo podría mirarme a la cara y seguir pensando que era digno de ella?

Y más, teniendo en cuenta que tenía a ese italiano guapo con pintas de ricachón rondándola. Un hombre que seguro que era perfecto, con un cuerpo perfecto, y no lleno de cicatrices como el mío. Un hombre que jamás la había maltratado ni gritado. Que nunca la había avergonzado en público.

Quizá mi primer pensamiento, el de dejarla marchar e intentar construir una vida lejos de mí, había sido acertada. Quizá la verdadera cobardía era pretender que construyese una vida junto a mí, un hombre roto y atormentado que era incapaz de dormir una noche entera sin despertarme lleno de sudor y gritando de miedo.

Pero no podía dejarla marchar. Ya no. Me revelé contra aquella idea porque era incapaz de hacerla realidad. Mi vida ya no tendría sentido sin Hannah en ella.

Salí a pasear dispuesto a encontrar el valor de ir a buscarla para contárselo todo. Iba a ser lo más difícil de mi vida, y lo más arriesgado, porque ver un simple destello de desprecio en sus ojos cuando supiera toda la verdad, iba a destruirme.

En los ojos de Hannah siempre había visto orgullo y admiración por mí, aunque jamás había comprendido por qué era así, y ver que estos desaparecían para ser sustituidos por desprecio y asco, sería mi final.

Pero tenía que arriesgarme. No podía seguir así, viviendo sin vivir, llenándome de amargura, destruyendo mi vida y llevándome la suya.

Paseé por las calles de Venecia sin saber muy bien a dónde ir. Necesitaba sentir el sol en la cara, respirar un aire que no estuviese viciado por mi propio aliento, sentir la vida a mi alrededor. Miraba sin ver, cuando un destello dorado llamó mi atención.

Era ella. Hannah.

Estaba al otro lado del canal, sentada en uno de los escalones del puente de madera, concentrada en el bloc de dibujo. Alzaba los ojos de vez en cuando para detenerse a observar lo que ocurría en la plaza, y entonces, en un parpadeo, volvía a centrarse en el papel y a mover el lápiz con rapidez, deslizándolo sobre la hoja, inmortalizando aquello que ocurría ante sus ojos.

Caminé hacia ella por la acera que discurría paralela al canal. Llevaba el pelo recogido en una coleta que era evidente que había hecho a toda prisa. De vez en cuando, entrecerraba los ojos mientras su mano se detenía; se mordía la lengua, o arrugaba los labios, como si lo que estaba viendo no le gustara. Y entonces, volvía al trabajo con más determinación, cambiando aquello con lo que no estaba conforme, mejorando el dibujo.

Crucé el puente sin que me viera, y me quedé detrás de ella, esperando que se diera cuenta de mi presencia. Pero estaba tan concentrada en lo que hacía, que no reparó en mí hasta que le hablé.

—No sabía que dibujaras tan bien. Hay tantas cosas de ti que no sé, que me avergüenza.

Pero había otras que sí sabía. Sabía que, cuando se ponía nerviosa, parpadeaba con rapidez. Que tenía un corazón de oro, y se preocupaba mucho por la gente que amaba. Me lo demostró cuando vino al hospital, después del accidente de mi madre, a pesar de que yo me había comportado con ella como el mayor gilipollas del mundo.

Sabía que, cuando sonreía, el sol palidecía de envidia y la luna lloraba de rabia porque jamás podrían tener un rostro tan resplandeciente como el suyo. Y que, tan hermosa como era por fuera, lo era más aún por dentro.

Sabía que no podía vivir sin ella.

Me miró con sorpresa, como si no esperara encontrarme allí. Bueno, yo tampoco esperaba encontrarme con ella. El destino me había traído hasta aquí, guiando mis pasos, y no podía rechazar la oportunidad que me ofrecía.

—Gracias —me dijo, aunque no sé por qué, y acepté su gesto de invitación a que me sentara a su lado.

Nos quedamos un buen rato en silencio. Ella había dejado de dibujar, pero seguía sosteniendo el bloc sobre las rodillas, y el lápiz en la mano. Nos quedamos mirando la plaza, que se había quedado vacía. Los niños que jugaban se habían ido, y con ellos, las madres y el perro. Solo un anciano caminaba por allí, atravesándola muy despacio.

—Tenemos que hablar —dijimos los dos a la vez, y ambos sonreímos con timidez. Era como si nos viéramos por primera vez y no supiésemos cómo actuar ante el otro.

Bueno. Eso, en mi caso, era cierto. No sabía qué hacer, o cómo decirle lo que había ido a contar. Tuve miedo, no pude evitarlo. Miedo a lo que quería decirme, a lo que debía decirle yo.

—Empieza tú —le dije. Porque yo no tenía el valor para hablar.

—No —contestó ella—. Tú primero.

—Está bien, pero no aquí. ¿Podemos ir a tu casa? Te invitaría yo, pero donde me hospedo no permiten subir invitadas.

Hannah no dijo nada. Solo asintió en silencio, lo recogió todo para meterlo dentro del bolso, y se puso de pie.

—Vamos.

Hicimos el camino en silencio, como dos extraños. Dolió, dolió mucho. Tuve impulsos de sacudirla, de cogerle la mano, abrazarla y besarla. Quise que me gritara. Cualquier cosa con tal de romper este silencio que me estaba matando. ¿En qué estaría pensando? La miré de soslayo y no pude leer nada en su rostro, excepto que parecía muy triste. La había visto de muchas maneras, su cara es como un libro abierto para mí la mayor parte del tiempo. Pero nunca la había visto así de triste, como si se sintiera derrotada.

Dejé que me guiara por estas calles que no conocía. La seguí como un perro. Quizá quien se sentía derrotado era yo, y lo único que vi en su rostro era un fiel reflejo del mío.

Por fin, llegamos a su casa y nos sentamos en el mismo lugar en que lo hicimos tres días antes.

Se lo conté todo, sin esperar a que ella me preguntara. Le hablé de la DEA y del plan para atrapar a un capo de la droga. Cómo me engañaron y les permití que me usaran sin hacer preguntas, borracho de alegría porque por fin iba a hacer algo importante. Cómo se malogró todo por una traición que deberían haber previsto. Le hablé de los días de tortura, del olor de la sangre y de mis propios orines. De los labios resacos y la garganta rota. De las horas que pasé temblando, colgando del techo hasta que tenía los brazos tan

entumecidos que ni siquiera los sentía. De los gritos, las súplicas y las lágrimas. De lo cobarde que había sido y de cuánto había rezado para que me mataran.

Y también le hablé de Lucía.

—La pusieron delante de mí, con una pistola en la cabeza. La habían torturado tanto como a mí, pero no la había oído suplicar ni una sola vez. Gritar de dolor, sí; pero suplicar por su vida, no. Al contrario que yo. «Habla, o la matamos. Dinos un nombre». Pero yo no lo sabía, así que me quedé mudo. Ni siquiera podía ya suplicar. El dolor era insoportable y solo esperaba que pusieran fin a todo de una vez por todas. Pero no lo hicieron.

»La mataron ante mis ojos, de un tiro, sin parpadear. Su sangre me salpicó y se mezcló con la mía. No sé por qué a mí me dejaron con vida, ni sé cómo los de la DEA me encontraron horas después, cuando ya todo el mundo se había ido. Solo sé que desperté en el hospital, que pasé muchos meses allí, intentando recuperarme, convertido en una sombra de mí mismo.

»Cuando volví a Cascade para hacerme cargo de la oficina del *sheriff*, y te volví a ver, supe que no podría acercarme a ti. ¿Cómo iba a hacerlo? Todavía estaba roto, con el peso de la culpabilidad sobre los hombros, creyendo que no me merecía nada, que tú no merecías que un guiñapo como yo te arruinara la vida.

»Me convertí en un amargado que, además, era incapaz de apartarse de tu camino. Fui egoísta, y me engañé diciéndome que lo hacía todo por tu bien. Te rechazaba porque no podía hacerte feliz, y no dejaba que ningún otro hombre se te acercara porque ninguno era digno de estar a tu lado.

»Cuando te fuiste de Cascade para venir aquí, me dije que era lo mejor para ti. Que quizá, estando lejos podrías ser feliz. Que me olvidarías...

—¿Y por qué viniste detrás de mí? —me preguntó con un hilo de voz.

—Porque me he cansado de luchar contra lo que siento, de sentirme culpable, de estar amargado. Porque mi vida sin ti está vacía y no tiene sentido. Porque vuelvo a ser egoísta, supongo. Te quiero tanto que me duele aquí —dije, poniendo la mano sobre mi corazón.

Lo solté todo, sin callarme nada. Cabizbajo, avergonzado, sin atreverme a mirarla. ¿Qué pensaría de mí ahora? El ídolo de pies de barro se había derrumbado ante sus ojos. Ahora sabría que yo no era el hombre que ella creía. Sabría que soy un fraude, y que mi vida está plagada de equivocaciones y malas decisiones.

La oí moverse. Se acercó y se puso de rodillas delante de mí, posando

suavemente las manos sobre mis rodillas. Alcé la mirada para verla. Quería deleitarme por última vez con la hermosura de su rostro y la franqueza de su mirada.

Estaba llorando. Las lágrimas caían silenciosas por sus mejillas. Alzó una mano y me acarició el rostro.

—No llores —le dije con la voz ahogada—. No quiero que llores.

Tragó saliva y parpadeó para alejar la humedad de sus ojos. Muy lentamente, como si temiera que yo pudiera salir corriendo, deslizó la mano hasta mi nuca, y me empujó con suavidad hacia ella hasta que nuestras bocas quedaron pegadas.

Y me besó.

## Capítulo once

Mientras Mac hablaba, el corazón se me iba haciendo añicos. Por primera vez, era sincero conmigo. Aquella no era una historia inventada, destinada a hacer que le perdonara el daño que me había hecho y a que lo aceptara en mi vida de nuevo. Todo lo que me estaba contando era cierto, le había sucedido, y con cada palabra el estómago se me encogía de dolor y el corazón se me rompía por él. ¡Cuánto sufrimiento revelaba cada palabra pronunciada! ¡Cuánta vergüenza! ¡Cuánto arrepentimiento! Y cuánta rabia hacia sí mismo.

La vulnerabilidad que sentía fue muy evidente para mí. Su voz a veces se rasgaba, quebrándose ante el peso de los recuerdos. Le temblaron las manos y durante unos segundos se las quedó mirando, sorprendido, como si no comprendiera por qué no podían quedarse quietas. Tragaba con dificultad y pude ver su nuez subir y bajar en su garganta. A veces, se detenía un momento para tomar aliento y se pasaba las manos por el rostro, como si así pudiera ahuyentar los recuerdos.

Quería acercarme a él, rodearlo con mis brazos, acunarlo y consolarlo, como si mi mero contacto pudiera sanar todas sus heridas. Pero temí que si lo hacía, rompería el hechizo del momento y él callaría. No podía permitirlo. Él necesitaba hablar de ello, y yo necesitaba escucharlo para comprender y poder empezar a perdonarlo.

Y lo comprendí. Comprendí su miedo, sus desprecios, su actitud defensiva. La coraza con la que se había vestido cada mañana durante todos aquellos años. Que no me quisiera cerca y, al mismo tiempo, no soportara que otro hombre se me acercara. Tenía miedo de mi reacción si descubría lo que había pasado. Por lo que había pasado.

Pero, sobre todo, tenía miedo a que yo dejara de amarlo.

Qué estúpidos pueden ser los hombres a veces. Y qué mal nos suelen juzgar.

Por eso lo besé. Porque lo deseaba, y para demostrarle que estaba equivocado. Que no iba a dejar de amarlo por saber la verdad. ¿Cómo podía pensar que iba a juzgarlo tan duramente? Nada de lo ocurrido era culpa suya. No se había comportado como un cobarde, no para mí. Era un ser humano, alguien muy joven cuando se vio inmerso en unas circunstancias tan aterradoras, y reaccionó igual a como lo habría hecho cualquier otro.

El primer beso fue fugaz, en los labios. Me acomodé entre sus rodillas, lo atraje hacia mí, y acaricié sus labios con los míos. Lo miré a los ojos y había

sorpresa y anhelo. Y lo supe. Supe que iba a entregarme a él si me aceptaba.

—No llores. No quiero que llores por mí —me dijo con angustia en la voz.

No me había dado cuenta que las lágrimas manaban de mis ojos, deslizándose por las mejillas.

Pero yo no lloraba de pena, ni por lástima; lo hacía de rabia, por todo el dolor que había padecido en silencio, un dolor enconado que le había impedido buscar la felicidad. El mismo dolor que le hacía creer que era indigno de ser amado.

Le cogí el rostro con ambas manos y le acaricié con una senda de besos tiernos. En la comisura de los labios. En la nariz. En los ojos. En la mandíbula. Al lado de la oreja, aquel punto tan sensible que le hizo estremecer.

Y volví a sus labios de nuevo para mordisquearlos, provocándolo hasta que reaccionó, me rodeó con los brazos, me apretó contra sí y profundizó el beso, hundiendo la lengua en mi boca, invadiéndome con fiereza mientras me izaba del suelo hasta que me tuvo sentada a horcajadas en su regazo.

Casi no podía ni respirar. Sentir sus manos sobre mi cuerpo, recorriéndolo con adoración, aunque fuese por encima de la ropa que llevaba puesta, era un sueño hecho realidad. Lo había anhelado durante tanto tiempo que casi no podía creerme que estuviese ocurriendo de verdad.

Nos repartimos besos por el rostro, por el cuello, codiciosos de sentirnos, anhelantes de amarnos. Sus manos vagaron por mi espalda y las introdujo debajo de la camiseta, sobre mi piel, haciendo que me estremeciera de placer.

Yo también quería tocarlo así. Quería besarle cada milímetro de piel, sentir su calor fundirse con el mío.

—Vamos a la cama —susurré contra su oído, con la respiración agitada.

—No soy un bonito espectáculo —me contestó, renuente.

—No me importa en absoluto —musité entre beso y beso.

Me levanté, deshaciéndome de su abrazo. Lo cogí de la mano y tiré de él. Se dejó guiar por mí, deteniéndonos cada pocos pasos para volver a besarnos y acariciarnos. Me volvía loca su olor, el tacto rugoso de sus mejillas con la barba de tres días, su aliento entrecortado, sus gemidos contra mi oído, el latido de su corazón acelerado.

Entramos en el dormitorio, la habitación de Casanova, como Gia la había llamado el primer día que llegué allí, y pensé que era el mejor lugar que podía elegir para entregarme a Mac.

Cerré la puerta con el pie. No quería que mis manos dejaran de tocarlo ni un solo instante. Le quité la camiseta y la tiré al suelo. Él no intentó impedírmelo pero supe, por su mirada ansiosa, que temía que yo lo viera.

¿Tan graves eran las cicatrices que le habían quedado?

No me importaba. Lo deseaba y lo necesitaba más que al aire que respiraba.

Le acaricié el pecho con suavidad. Lo tenía poblado de vello rizado que me hizo cosquillas en las palmas de las manos. Seguí hacia abajo, y sobre el vientre noté las primeras marcas. Las acaricié con la mano, sin miedo, mientras atraía su boca sobre la mía y lo besaba profundamente. Gimió mi nombre, como un lamento o una súplica, no lo sé.

Le desabroché los pantalones y los deslicé por las nalgas. Me cogió las manos, respirando con nerviosismo.

—Hannah, no...

—Sssht. No pasa nada.

Lo empujé para que se dejara caer sobre la cama. Se quedó muy quieto, con el cuerpo en tensión y los puños cerrados.

Deslicé la mirada por las duras curvas de sus músculos, emborrachándome de él. Y, entonces, las vi.

Eran horribles, y le cubrían todo el vientre, desapareciendo bajo los pantalones. Líneas blanquecinas e irregulares que se superponían unas a otras. Piel rojiza y arrugada.

«¿Cómo alguien es capaz de hacerle algo así a otro ser humano?», me pregunté, angustiada por el dolor que debieron provocarle. Alguien se había dedicado a arrancarle la piel a tiras, literalmente.

«¿Hasta dónde llegarán?».

Pero no me importaba hasta dónde llegaban y cuánto lo habían mutilado, porque formaban parte de él, y por eso también las amé.

Le quité los zapatos y tiré de los pantalones y la ropa interior, hasta que quedó completamente desnudo. Tenía los ojos cerrados y la cabeza ladeada. Supongo que tuvo miedo de lo que podía ver en mi rostro, así que me dispuse a demostrarle que no había nada que temer.

Me despojé de mi propia ropa con rapidez, y me tumbé a su lado.

—Mírame —le ordené. Él abrió los ojos y alzó la mirada—. Te quiero, y nada podrá cambiar eso.

Lo besé en el cuello mientras la mano jugueteaba con el vello de su pecho. Deslicé los labios hasta las tetillas, y Mac ahogó un gemido cuando se

las besé, primero una, luego la otra.

Seguí bajando por su cuerpo, deleitándome con el calor de su piel, hasta llegar al vientre. Allí estaban las primeras cicatrices. Empezaban a la altura del ombligo y llegaban hasta las rodillas. Toda esa parte de su cuerpo era una horrible carnicería de cicatrices y piel rojiza.

Las besé y las acaricié con ternura.

—No siento casi nada —confesó—. Ahí la piel no es muy sensible.

—¿Y aquí? —pregunté, besándolo un poco más abajo.

—Tampoco.

Sonreí. No sabía si lo que me decía era cierto, o lo hacía para provocarme a que bajara más, y no me importó. Seguí besándolo, en las caderas y en los muslos, haciendo que su miembro saltara de anticipación. Soplé sobre el glande y Mac emitió un gemido.

—No... no he estado con una mujer desde entonces —confesó, balbuceando.

—Yo no he estado nunca con un hombre.

—Eso es culpa mía, maldita sea.

—No. Fue decisión mía. —Me incorporé y me puse a horcajadas sobre él. Me miró con sus profundos ojos azules—. No podía estar con alguien a quien no amara, y solo te amaba a ti.

—No comprendo cómo, después de todo el daño que te he hecho, puedes seguir amándome.

—Yo tampoco. —Sonreí e intenté bromear—. Supongo que porque soy muy tozuda y obcecada.

—Daré gracias a Dios por ello cada minuto de mi vida.

Hicimos el amor con ternura, como si tuviéramos miedo de que el otro se rompiera como el cristal. Nos acariciamos, besamos, adoramos. Rodamos por la cama. Pegamos nuestros cuerpos porque nuestras pieles necesitaban sentirse una a la otra. Gemimos con cada caricia. Suspiramos con cada toque. Fuimos como exploradores descubriendo un nuevo mundo lleno de delicias y maravillas.

Yo no podía creérmelo. Por fin estábamos haciendo el amor; se estaba entregando a mí después de tantos años de sufrir su rechazo, de penar por su amor, de resignarme a una vida vacía, y sin esperanzas de estar con él. Me acariciaba con ardor, como si intentara compensarme por todos los años pasados. Me repetía al oído que me amaba, que no podía vivir sin mí.

Y yo le creí. Le creí ciegamente y sin dudas, y deseé poder eternizar aquel

momento para que nunca terminara y así evitar tener que enfrentarme a la realidad.

Cuando por fin nuestros cuerpos se unieron como uno solo y lo sentí en mi interior, se evaporó el vacío angustiante que siempre había percibido en mí. Le rodeé las caderas con las piernas y fijé mis ojos en los suyos. Quería embeberme de él mientras embestía en mi interior, de cada gesto que hacía, de su tensa mandíbula, de las gotitas de sudor que le perlaban la frente, de su nariz patricia y sus labios carnosos que descendían sobre mí para besarme una y otra vez. Quería mirarlo para convencerme de que realmente era él, que estaba allí, que aquello no era una quimera provocada por mi mente calenturienta.

—Te amo, Hannah, te amo...

Lo repitió como una letanía, con fuerza y convicción, como si yo fuese una diosa procedente de una mitología exótica a la que necesitaba adorar.

Cuando por fin llegué al orgasmo, perdí el mundo de vista. Todo desapareció. Solo permaneció como algo real el contacto de sus manos, sus besos en mi rostro, sus gemidos y la fuerza de sus embestidas. Me aferré a su espalda, clavándole las uñas para sentir algo sólido en lo que afianzarme para no perderme en la efervescencia que nació en mi útero y se propagó por todo mi cuerpo, haciéndome flotar primero, lanzándome al firmamento como a una estrella, y sumergiéndome en una plácida languidez después.

Lo sentí rugir y convulsionarse sobre mí, y noté su semilla caliente derramarse en mi interior. Una débil voz de alarma intentó hacerme reaccionar, hablándome de peligros y de embarazos no deseados, pero la acallé porque no tenía cabida allí. Estaba en una nube de algodón perfecta, viviendo un momento perfecto, y no permití que aquella voz arraigara en mi mente.

Nos quedamos así un rato, con los cuerpos todavía unidos. Mac murmuró algo sobre que pesaba demasiado y no quería aplastarme, pero lo abracé con más fuerza para que desistiera de moverse. Unos minutos después giró sobre sí mismo, arrastrándome con él, y tanteó con la mano hasta pillar una manta con la que taparnos.

Me quedé amodorrada, medio dormida entre sus brazos, relajada y completamente saciada. No tenía fuerzas para moverme, ni siquiera para forzar los párpados a abrirse. El estado de languidez se prolongó durante un buen rato. Estaba muy a gusto allí, rodeada por sus poderosos músculos, sintiendo el golpear de su corazón bajo mi oído, y las caricias perezosas que

su mano le dedicaba a mi espalda.

Pero el momento que hubiese querido que fuese eterno, se rompió con su voz.

—¿Volverás conmigo a Cascade?

Aquellas simples palabras rompieron toda la magia, obligándome a regresar a la realidad. Una realidad que iba a dolernos a ambos.

—No quiero hablar de eso ahora —dije, intentando posponer el momento. No quería responder a esa pregunta, todavía no, porque en el momento en que lo hiciera, todo se iría al garete.

—Necesito saberlo —insistió, y me vi obligada a abrir los ojos, y a incorporarme en la cama, separándome de él, para poder contestarle.

—Mac, no puedes irrumpir así en mi vida, después de todo lo que ha pasado, y esperar que lo deje todo y abandone mis sueños para regresar a una vida en la que no era feliz.

Lo dije con calma, sin histerismos. No intentaba reprocharle el daño que me había hecho en el pasado, ni hacérselo pagar con mis palabras. Esa no era mi intención. Solo quería hacerle comprender.

—Serás feliz ahora, yo me ocuparé de eso.

—Te amo, Mac. Nada cambiará eso jamás. Pero no sé si puedo confiar en ti. ¿Cómo puedo estar segura de que, al llegar a Cascade, no cambiarás de opinión otra vez? ¿Que no volverás a comportarte como antes? ¿A hacerme daño?

Arrugó el ceño al mirarme, como si no pudiera entender que, después de lo que había pasado entre nosotros en la cama, yo pudiese rechazarlo de esta manera.

Pero no lo estaba rechazando. No del todo.

—Porque estoy decidido a no perderte. Te quiero, Hannah, no puedo vivir sin ti. No quiero vivir sin ti. Jamás volveré a hacer algo que pueda hacerte daño.

—Pues convénceme. Demuéstramelo con hechos. Las palabras desaparecen, Mac.

\*\*\*

No podía creérmelo. Había confiado en ella ciegamente, le había abierto mi corazón y desollado mi alma, mostrándome vulnerable como no me había sentido jamás antes. Me había arriesgado poniendo en sus manos mi vida, de

manera casi literal, sin tener la más mínima esperanza de ser perdonado, convencido de que me rechazaría.

Pero no lo había hecho. Me había abrazado, besado y se había entregado a mí. Habíamos hecho el amor. Nuestros cuerpos se habían unido como uno solo.

Me había dado esperanzas de que todo se estaba solucionando, ¿y de repente me decía que no podía confiar en mí? ¿Que tenía que demostrarle que era digno de su confianza? ¿Que no podía perdonarme los errores del pasado?

—Pues convénceme. Demuéstramelo con hechos. Las palabras desaparecen, Mac —me dijo.

—No sé cómo hacerlo —exclamé, levantándome de la cama y empezando a recoger mi ropa tirada por el suelo. Me sentí incómodo y vulnerable, desnudo delante de ella, así que me enfundé los pantalones antes de seguir hablando—. No tengo porque hacerlo. Me amas, te amo, ¿qué más necesitas?

Hannah también se levantó y se envolvió en la manta para acercarse a mí. Me cogió del brazo para detener mi batalla con los botones del pantalón y obligarme a prestarle toda mi atención. Me temblaban las manos por culpa de los nervios y por el enfado que estaba creciendo en mi estómago. ¿De verdad que mi sacrificio no había servido de nada?

—El amor sin confianza no es amor —me dijo, muy seria, cogiéndome el rostro con las manos para obligarme a mirarla—. Necesito volver a confiar en ti para darle una oportunidad a nuestra relación. Porque sin confianza, está abocada al fracaso antes de empezar. Enamórame, sedúceme, como si acabáramos de conocernos.

—Nos conocemos desde niños, esto es una tontería —contesté con brusquedad, apartándome de ella. De repente, su contacto me dolía y hacía que me avergonzara de mí mismo.

—Pues entonces, vete. Vete ahora mismo y olvida lo que ha pasado. Vuelve a Cascade y déjame en paz. Deja que construya una vida sin ti, porque contigo no puedo tenerla.

Hablaba completamente en serio y me sentí desolado. De acuerdo, le había hecho mucho daño y no podía esperar que recuperara su confianza en mí de la noche a la mañana. Pero teníamos toda la vida por delante, y estaba decidido a usar cada minuto de nuestro futuro en hacerla feliz. ¿Por qué no podía confiar ni siquiera en eso? ¿Por qué no podía arriesgarse, como yo me había arriesgado al contárselo todo?

—Maldita sea, Hannah, no me hagas esto, por favor —le supliqué—. Vuelve conmigo a Cascade. Dame la oportunidad de demostrarte que puedo hacerte feliz. Te prometo que te haré feliz —le dije con vehemencia, convencido de ello, rezando para que dijera que sí.

—No puedo, Mac. —Su voz y sus ojos me transmitían una tristeza que me rompió en mil pedazos—. Viviría siempre con el miedo a que me dejaras, a que me ocultaras cosas importantes, a que un día decidieras que debes alejarte de mí porque en tu enrevesada cabeza no me haces feliz. Y, ¿qué me quedaría entonces? Me pides que renuncie a mi sueños. He vuelto a dibujar; incluso, después de tantos años, estoy planteándome seriamente volver a pintar. ¿Y tengo que renunciar a todo por una promesa pronunciada después de la euforia del sexo? ¿Por una promesa que no sé si podrás cumplir? No puedo, Mac. No puedo arriesgarme, porque si esto no llega a consolidarse, ya no tendré las fuerzas necesarias para volver a empezar.

—Puedes pintar en Cascade, Hannah. Mi casa es grande. Convertiremos una de las habitaciones, la que tu quieras, en un estudio para ti para que lo llenes de lienzos, caballetes y de todo lo que necesites. ¡Ni siquiera espero que vuelvas a trabajar en los almacenes de tu familia si no lo deseas! Gano suficiente para mantenernos a los dos. Tú dedícate a pintar. Solo quiero que vuelvas conmigo. ¿O es que crees que te pondría pegas si decides dedicarte exclusivamente a pintar?

—No lo sé, porque apenas te conozco. Esa es la verdad. Nunca has dejado que llegara a conocerte. Durante años, me has mantenido alejada de ti.

—Sabes de mí mas que la mayoría de gente.

—Lo sé ahora, porque te lo exigí. ¿Me habrías contado toda la historia si no hubiese insistido? ¿Si no lo hubiese puesto como condición para darte una oportunidad? ¿O habrías seguido ocultándomelo, avergonzado, como si yo no fuese capaz de comprender y de seguir amándote igual?

—Podría haberte mentido, inventarme cualquier cosa para darte la satisfacción, pero no lo hice. Te he contado la verdad. ¿Te imaginas cuánto me ha costado hacerlo? ¿Puedes llegar a hacerte una idea de lo que ha supuesto para mí volver a revivirlo todo?

—¿Y tu te imaginas lo que has hecho con mi vida, durante todos estos años? Me convertiste en una paria en mi propio pueblo. Ningún hombre se atrevía a acercarse a mí por tu culpa. Ha sido como vivir en una prisión emocional durante todos estos años. ¿Sabes cuántas veces me pregunté que qué coño pasaba conmigo? ¿Por qué me rechazabas con tanto ímpetu? ¿O

qué tenía que fuese tan malo, que ningún hombre quería saber nada de mí? Hasta que descubrí que eras tú el que los espantaba. Tú, tú y siempre tú. — Me golpeó el pecho con las manos, enfadada, furiosa y llena de rabia—. Y entonces volví a hacerme ilusiones, a pensar que sentías algo por mí y que solo debía darte tiempo a que te decidieras, porque, ¿qué otro motivo podrías tener para mostrarte tan celoso y posesivo? Pero jamás lo habrías hecho si no me hubiera marchado de Cascade, ¿verdad? Habríamos seguido como siempre, yo suspirando de amor por ti como una idiota, y tú rechazándome sin consideración, creyendo que lo hacías por mí, como si tú tuvieras la potestad de tomar mis decisiones porque yo no soy lo bastante inteligente para hacerlo. Si ahora regreso contigo a Cascade, ¿cuánto tiempo tardarás en volver a hacer algo similar? ¿A decidir por mí, sin preguntarte qué es lo que yo quiero, o necesito? ¿Cuánto tiempo tardarás en volver a esconderme cosas porque temes mi reacción?

—No volveré a hacerlo jamás, Hannah. Puedo jurártelo, prometértelo, incluso firmarlo con sangre. Pero, ¿cómo voy a demostrártelo, si no regresas conmigo a Cascade? ¿Cómo, si no me das la oportunidad?

—No pienso regresar. No puedo regresar. No quiero, Mac. No quiero.

—De acuerdo. Como quieras.

Cogí la camiseta, los calcetines y los zapatos, y salí de allí.

Me vestí en la escalera, decepcionado y furioso. Pero en ningún momento me di por vencido. ¿Hannah necesitaba que le demostrase con hechos que estaba más que dispuesto a darle todo para llevar adelante nuestra relación?

Muy bien. Estaba dispuesto a hacerlo. A la mierda todo. A la mierda con Cascade, a la mierda con mi trabajo, con mi familia y a la mierda con mi patética vida. Mi futuro estaba junto a ella, y eso era lo único que importaba. Si Hannah quería quedarse en Venecia, yo me quedaría también. Era la única manera que se me ocurrió de demostrarle lo que ella necesitaba.

## Capítulo doce

Tenía que demostrarle que no iba a irme a ninguna parte, que podía confiar en que siempre estaría con ella, a su lado, y que no iba a volver a fallarle jamás. Que había abandonado mi actitud estúpida de forma definitiva. ¿Qué mejor manera de hacerlo que quedarme donde ella estaba, dejando atrás todo lo demás?

Decidido. Iba a quedarme en Venecia. Construiría allí una nueva vida junto a ella, sin importarme el coste emocional, profesional o personal que tuviera. La amaba más que a mi vida. ¿De qué me serviría volver a Cascade, a mi vida tranquila y resuelta, si Hannah no regresaba conmigo? De nada. Si tenía que empezar de cero, lo haría.

De las tres conversaciones que tuve a la mañana siguiente, la peor fue la primera, la que tuve con mi madre, y no porque ella no entendiese mis motivos para no volver a Cascade. Fui yo el que se sintió mal. Desde el accidente, tenía la salud delicada y odiaba no estar allí con ella.

—No seas tonto, hijo mío. Tu padre cuida perfectamente de mí. Lo que tienes que hacer tú, es ocuparte de tu propia felicidad, que bastante nos has hecho sufrir ya.

—Es lo que estoy intentando, mamá. Pero, ¿por qué dices que os he hecho sufrir?

—Estás de broma, ¿no? Todos estos años perdidos con Hannah, tú haciendo tonterías y nosotros viendo como echabas por la borda la oportunidad de ser feliz. ¿Crees que algo así no hace sufrir a unos padres? Ya verás, ya. Cuando tengas tus propios hijos, te enterarás. Y espero que no tardéis mucho, tengo ganas de ser abuela, así que empléate a fondo.

—¡Mamá!

—Oh, qué hijo más ñoño tengo. Mira, tu padre acaba de llegar. Un beso, Marcus. Llámame mañana, ¿de acuerdo?

Sí, esa fue la conversación con mi madre. Ni llantinas, ni quejas, ni nada. Solo una de sus broncas dichas con voz melosa, como si estuviera hablando todavía con un niño, y su apremio para que le diera nietos. ¡Por Dios! ¡Si ni siquiera había conseguido que Hannah aceptara estar conmigo!

Esperaba que la que iba a tener con la alcaldesa de Cascade fuese más seria. Había una cierta amistad formal entre los dos porque llevábamos años

trabajando juntos, pero nunca habíamos cruzado esa línea que separa a los buenos amigos de los amigos a secas. Ella pertenecía al segundo grupo, y solo por obligación. Pero por lo visto, todo el mundo en Cascade sabía que había venido a Venecia detrás de Hannah, y era la comidilla de los cafés de la tarde, las meriendas y las reuniones sociales. ¡Qué bien! Así que, cuando le dije que renunciaba a mi puesto por motivos personales, hizo la pregunta que no esperaba oír:

—¿Hannah Summer y tú lo habéis arreglado? ¿Estáis juntos? Perdóname tanta sinceridad, pero un chisme así vale una merienda gratis y no está la economía como para desperdiciarla.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—Que sois el tema central de los cotilleos en el pueblo. Todo el mundo habla de vosotros dos. Hasta hay apuestas sobre ello. Muchos dicen que Hannah te dará la patada, pero yo apuesto por ti.

—Ah, gracias. Supongo.

—De nada, de nada, pero, ¿estáis juntos ya, o todavía no?

—Pues... no, todavía no.

—Vaya por Dios. Bueno, sobre lo de tu renuncia, envíame un mail, ¿de acuerdo? Y no te preocupes. Intentaré despistarlo durante algunas semanas, por si cambias de opinión.

—De acuerdo. Te recomiendo que dejes a Nita en mi puesto. Está perfectamente capacitada y...

—Sí, sí, no te preocupes. Tú céntrate en Hannah y olvídate de todo lo demás.

En aquel momento, comprendí de veras por qué Hannah no quería volver a Cascade. Pueblo de cotillas y chismosos...

La tercera conversación fue con Nita. Sarcástica, ácida y punzante como ella sola, la que se suponía que era mi amiga se dedicó un buen rato a martirizarme a preguntas del tipo: «¿Ya te ha presentado al italiano guapo?». O con comentarios del estilo: «Tengo muchas ganas de que lo dibuje como Dios lo trajo al mundo. Debe ser un espectáculo digno de admirar».

—Hannah no va a pintar desnudo a nadie, y mucho menos al guaperas ese.

—Sí, sí, ya. Lo que tú digas.

A veces, odiaba haberla conocido.

Después de quedarme oficialmente desempleado, me tocaba buscar trabajo en Venecia, y un alojamiento más barato, si podía ser.

Y eso sería lo más difícil. Sin permiso de residencia ni de trabajo, tenía que aventurarme en el mercado negro laboral. Aunque ahí obtuve una ayuda inesperada por parte de la señora Spazza, la dueña del hostel en el que estaba instalado.

Estaba sentado a la mesa en el comedor que compartíamos todos los huéspedes de la pensión. Estaba enfrascado en mi móvil, buscando en Google algún portal de trabajo de aquella zona, cuando la señora Spazza apareció aspiradora en mano y miró por encima de mi hombro.

—Espero que no necesite el trabajo para poder pagarme la pensión —me dijo con acritud.

Tenía las cejas enarcadas y me miraba muy seriamente.

—No se preocupe. Es solo que debo quedarme más tiempo del que esperaba y no quiero acabar con mis ahorros en el proceso.

—Ah. ¿Y por qué «debe» quedarse más tiempo del que esperaba?

Se sentó a mi lado y me miró con esos ojos tan inquisitivos que a veces me ponían nervioso.

Le conté la historia a grandes rasgos, maquillándola un poco. No podía confesar que había sido un idiota, así que me salté la parte en la que había ignorado, incluso despreciado, a Hannah durante años.

—Todos los hombres sois unos *stronzos*. Solo apreciáis lo que tenéis cuando estáis a punto de perderlo.

—Supongo que tiene razón.

—¿Supones? Es una verdad como un templo. Pero ahí —señaló el móvil— no vas a encontrar un trabajo para ti. Seguro que no tienes papeles, ¿eh? No hay nada para ti ahí. Todo legal. Pero yo puedo ayudarte.

—¿Y por qué lo haría?

—*Sono italiana*. Llevamos el romanticismo en las venas. —Se levantó de la mesa y se puso a rebuscar en un cajón, hasta que encontró un papel y un bolígrafo. Apuntó algo en él, y me lo tendió—. Ve aquí y di que vas de mi parte. Seguro que encontrarán algo para ti. Pero no esperes el trabajo de tu vida. Será duro, echarás muchas horas, y estará mal pagado. Pero te ayudará a no quedarte sin dinero.

Cogí el papel, y lo miré sorprendido.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. También pueden buscarte un lugar en el que quedarte.

Necesito tu habitación libre en dos días.

—Tiene usted un corazón tierno, señora Spazza.

—Bah, americanos...

\*\*\*

Cuando Mac se fue, me quedé en la cama hecha un ovillo, agarrada a un pañuelo, durante un buen rato. Al final, me puse el pijama y me fui a ver la televisión un rato. Gia tenía una buena colección de películas en blu—ray, así que escogí la más moñas que encontré y la puse. Post data: te quiero. Una película digna para llorar a mares sin sentirme mal por ello. Y para poder disimular cuando Gia llegara y me viera con los ojos como dos donuts rosas.

Pero no coló.

—¿Qué ha pasado ahora? —me dijo solo al llegar, sentándose a mi lado y pasándome el brazo por encima de los hombros para obligarme a descansar la cabeza en los suyos.

—Nada. Esta película que...

—Bla, bla, bla. En serio. ¿Qué ha pasado?

—He hecho el amor con Mac. —Estallé en lágrimas desconsoladas—. Y después lo he echado de mi vida —seguí entre hipidos.

—Ay, mi niña —me consoló abrazándome con fuerza—. Pero, ¿por qué?

—Lo intenté, de verdad que intenté olvidarme de todo el daño que me ha hecho, pero es que no puedo...

—No me imaginaba que fueses tan rencorosa.

—¡No soy rencorosa!

—Entonces, eres una cobarde.

—Siiiiiiiiii —y volví a arreciar en el llanto. Me soné y me quedé mirando el pañuelo. Ya no había por dónde cogerlo. Gia abrió su bolso y me dio un paquete entero de *kleenex*—. Gracias —musité al cogerlo.

—Hannah, no puedes seguir así. Ahora sí, ahora no. No es bueno, ni para ti ni para él.

—Él lo hizo conmigo durante años. Dándome largas de malos modos pero sin dejarme seguir con mi vida.

—Entonces, es que eres rencorosa y quieres hacérselo pagar.

—¡No! No es eso, de verdad. Es que ¡le quiero! pero no puedo arriesgarme a que vuelva a hacerme daño.

—Cariño, amar siempre es un riesgo. En todas sus facetas. La gente que

amas siempre acaba defraudándote de una manera u otra, igual que tú les defraudarás. A veces, es tan grave que la relación se rompe para siempre. Otras, puede sobrevivir si se lucha por ella.

—Yo no soy una luchadora, aunque Dante piense que sí. Y hablando de Dante, no he sabido nada de él en varios días.

—¿Cambiando de conversación?

—¡No! Bueno, en parte. Pero es que estoy preocupada por él.

—Bah, no seas tonta.

—Es que le rechacé de malos modos y no sé cómo se lo tomó. No quiero hacerle daño.

—Dante se enamora dos veces por semana, y nunca lo he visto sufrir por ello. Así que deja de preocuparte por él, no vale la pena.

—Está bien.

—En cuanto a Mac...

—No quiero hablar de eso ahora mismo —me enfurruñé.

—Está bien, pero toma una decisión en firme de una vez. O te arriesgas, o no.

—No sé qué hacer, y odio sentirme así.

—Lo sé, lo sé. Ven, vamos a comer algo.

En ello estábamos, cuando Dante apareció por la puerta, con una sonrisa de oreja a oreja, como si no hubiese pasado nada. Me dieron ganas de abofetearlo. Me había tenido preocupada y ahora llegaba tan contento, sonriendo y guiñándome un ojo.

Pero me contuve, porque le debía una disculpa, y así se lo hice saber.

—No hace falta que te disculpes, Hannah. Fui yo el que se comportó como un idiota. Jamás debí besarte a traición y proponerte... Bueno, ya sabes. Es más que comprensible que te enfadaras y me abofetearas. Y para disculparme, te traigo una sorpresa.

—¿Qué le propusiste? —preguntó Gia, mirándolo con los ojos entrecerrados.

—Una tontería de las mías. Ya sabes cómo soy.

—Por eso me preocupa, porque sé cómo eres. Y Hannah no es de las que se enfadan y abofetean por nada.

—No es importante, Gia —intercedí por él. Era lo menos que le debía después del bofetón que le solté—. ¿Cuál es la sorpresa que me traes? No veo nada en tus manos.

—Ah, es que es algo que está aquí mismo. Por cierto, Gia, tu padre te

envía muchos besos.

—¿Mi padre?

—Sí. He estado en Roma estos tres días. De hecho, acabo de llegar y ni siquiera he pasado por casa. Como no aceptaste mi propuesta de mecenazgo, he buscado otra solución para que puedas tener un estudio para pintar.

—Dante, te dije que no iba a aceptar...

—Nadie va a pagarte nada. En realidad, vas a usar un espacio que hace años que está desocupado porque nadie en la familia sabe qué hacer con él. Son cien metros cuadrados, con una estupenda iluminación natural, y está aquí mismo, en este *palazzo*.

—¿Es lo que me imagino? —preguntó Gia.

—Pues sí. Tío Giorgio ha dado su permiso para que Hannah use la buhardilla.

—¡Eso es fantástico! —exclamo Gia dando palmas de alegría—. Es un sitio maravilloso, ya verás. ¡Vamos!

Me agarró de la mano y me arrastró hacia la puerta. Protesté, porque estaba en pijama, pero Gia le quitó importancia al asunto mientras cogía un manajo de llaves colgadas al lado de la puerta.

—¡Si ni siquiera has de salir a la calle! No seas tonta.

Salimos al descansillo, bajamos un piso por las escaleras, y Gia abrió una puerta que yo no había visto antes. Estaba muy bien camuflada detrás de un tapiz que parecía realmente antiguo y que me había preguntado muchas veces qué pintaba allí.

Subimos una escalera aún más estrecha y antigua, oscura como la boca de un lobo y llena de polvo.

—Nadie nunca viene a limpiar, ¿no? —bromeé al notar la porquería en las plantas de mis pies descalzos.

—¡Oh! Lo siento. No caí en que ibas descalza.

—Ya no importa. Sobreviviré. Siempre que no me clave algo y se me infecte.

—Espera. —Dante sacó un mechero del bolsillo y se quitó los zapatos, ofreciéndomelos—. Póntelos.

—Pero, ¿y tú?

—Llevo calcetines gruesos. Mis pies están a salvo.

—Pero te los ensuciaré.

—Deja de protestar, cabezota.

Acepté sus zapatos y me los puse, aunque me venían grandes y me sentí

de nuevo como cuando era pequeña y me ponía los de mi madre, intentando verme de mayor. Por eso me reí mientras seguía subiendo las escaleras, no pude evitarlo. Y sentí nostalgia por esa época en que todo era mucho más sencillo, cuando mi mundo era simple y no estaba plagado de decisiones que me rasgaban por dentro y me provocaban heridas sangrantes a las que tanto les costaba cicatrizar.

El desván era perfecto. Además de enorme, tenía unos amplios ventanales por los que entraba luz natural más que suficiente. Hacía un poco de frío y necesitaría poner un par de radiadores eléctricos para mantener aquello caldeado en invierno, y cambiar las luces del techo por otras más potentes para cuando se hiciera de noche, pero por lo demás, era perfecto. Mucho espacio libre en el que amontonar mis futuros cuadros.

Sí, empezaba a verlo.

—Bueno, ¿te gusta?

Dante parecía algo inquieto al hacerme la pregunta.

—¡Claro que sí! —Me fui hacia él y le abracé, no pude evitarlo—. Eres un gran amigo.

—En eso he quedado, ¿no? —dijo con tristeza. Suspiré.

—No empieces, por favor.

—Vale. ¿Cuándo vas a empezar a llenarlo con tus cosas?

Con mis cosas. Sí, pronto podría llenarlo de lienzos en blanco, un buen caballete, una mesa, pinceles, pinturas al óleo, un par de paletas, diluyentes, aceites... Cerré los ojos y lo vi todo en mi mente, como si ya lo tuviera todo ahí.

—En cuanto limpiemos esto —dije, mirando al techo. Había algunas telas de araña colgando que, si bien le daban un aspecto tenebroso que podía ser atractivo para algunas personas, a mí me daban mucho asco.

—Entonces, tendremos que ponernos manos a la obra. ¡Preparemos escobas, trapos, fregonas y cubos llenos de agua! —gritó Dante, levantando las manos como si dirigiera una oración.

Los tres nos pusimos a reír, y empezamos el zafarrancho de combate para adecentar el desván cuanto antes.

\*\*\*

Encontré trabajo en seguida. La recomendación de la señora Spazza me facilitó tanto las cosas que al día siguiente ya tenía un puesto como lavaplatos

en un restaurante. Ella tenía razón al decir que no sería el trabajo de mi vida, que echaría muchas horas, y estaría muy mal pagado. Pero con lo que iba a cobrar me sobraba para mantenerme indefinidamente en Venecia, gracias a que había encontrado un lugar mucho más barato en el que quedarme. Era un apartamento en el Lido que compartía con otros trabajadores extranjeros, como yo. Éramos cinco en un piso con dos habitaciones, así que, al ser el último en llegar, me tocó dormir en un colchón en el suelo; pero no me importó. Por la oportunidad de estar con Hannah, el sacrificio merecía la pena.

En cuanto me hube instalado, busqué una floristería. Quería ir a ver a Hannah para darle la noticia, y no quería presentarme con las manos vacías. Además, intentaría invitarla a cenar, a ver si tenía suerte y aceptaba.

Crucé los dedos para que lo hiciera.

Cruzar Venecia con un ramo en las manos, no es fácil. Tanto en el *vaporetto* como por la calle, la gente se me quedaba mirando. Me sentí ridículo, pero hinché pecho, levanté los hombros, e intenté ignorar las miraditas y las risitas que me seguían.

Por fin llegué, y llamé al timbre. Me contestó una chica que supuse que era Gia. Me abrió la puerta y me dejó subir.

—Por fin nos conocemos —me dijo—. Soy Gia. Pasa.

—Yo soy Mac. Encantado. ¿Hannah no está?

—No, está con Dante, en su estudio nuevo. ¿Quieres una cerveza mientras la esperas?

¿Esperarla? ¿Tomando una cerveza mientras ella estaba a solas con el guaperas?

—No sabía que tuviese estudio —murmuré.

—Sí. ¿No es fantástico? Por fin podrá ponerse en serio. Hannah tiene mucho talento. En la universidad, los profesores andaban locos con ella. Fue una lástima que decidiera no seguir pintando. Por suerte, ha cambiado de opinión.

Gia se acercó a mí con una botella de cerveza y me la ofreció. La cogí por no hacerle el feo. Todavía sostenía el ramo de flores en la otra mano.

—¿Son para Hannah? Son preciosas. Rosas rojas.

—Sí, son sus preferidas.

—¿Quieres que las ponga en un jarrón?

—No, gracias. El estudio este, ¿está muy lejos de aquí?

—En absoluto. Cinco escasos minutos. ¿Por qué?

—Porque me preguntaba si serías tan amable de acompañarme hasta allí.

No quería dejar a Hannah a solas con el italiano más tiempo del necesario, pero no quería presentarme allí yo solo. Si los pillaba besándose... esperaba que la presencia de una extraña como era Gia, consiguiera detenerme, porque el instinto asesino fluiría con rapidez hasta mis manos.

—Claro. Están arriba, en el desván. Hace años que no se utiliza para nada, y Dante la está ayudando a limpiarlo todo antes de que empiece a llenarlo con cosas.

La seguí por las escaleras. Primero bajamos un piso, y después cruzamos una puerta escondida detrás de un tapiz. Todo muy... Veneciano.

Hasta aquel momento, la idea de que Hannah quisiera instalarse definitivamente en aquella ciudad, era más abstracta que verdadera. Pero en aquel momento fui consciente de que no, de que iba en serio, de que no era una estrategia o una manera de intentar deshacerse de mí. Y las decisiones que yo había tomado en consecuencia se tornaron también muy definitivas.

«¿Estás seguro de esto?».

«Por supuesto que sí».

Sí, lo estaba. A pesar de que la incertidumbre me golpeó con fuerza en la cabeza, no permití que me hiciera dudar. Amaba a Hannah, e iba a hacer todo lo que fuese necesario para reconquistarla.

Aunque las risas que oí al llegar al último tramo de escaleras me hicieron dudar de nuevo. ¿Y si no servía para nada? ¿Y si Hannah había dejado de amarme? Si me comparaba con el tal Dante, salía perdiendo. Era mucho más guapo que yo, y seguro que no tenía el cuerpo lleno de cicatrices repugnantes. Además, era rico y podía ofrecer a Hannah una vida desahogada y llena de lujos que yo jamás podría.

Pero ella no era superficial, ni interesada. No era el tipo de chica que se dejaba deslumbrar por el dinero, ni los regalos caros. Y me había demostrado claramente que mis cicatrices no le repugnaban en absoluto.

«Déjate de gilipolleces y céntrate en lo que importa. Hannah te ama, te lo dijo. Solo tienes que demostrarle que no vas a salir huyendo de nuevo y será tuya».

—¡Chicoos, vengo acompañada! —gritó Gia antes de abrir la puerta que daba a la buhardilla.

Entré detrás de ella, y me quedé hechizado mirando unos preciosos ojos verde jade llenos de sorpresa. Llevaba un pañuelo en la cabeza con el que se había recogido el pelo, pero varios rizos se le habían escapado, cayéndole

sobre la frente y tapándole los ojos. Sopló hacia arriba para apartárselos, pero no lo consiguió, así que apoyó en el suelo la escoba que hasta aquel momento había sostenido con ambas manos, y se los apartó.

—Mac, ¿qué haces aquí?

Oí un resoplido, y dirigí mis ojos hacia el hombre que lo había hecho. El mismo que había visto días atrás acompañándola del brazo. Dante, el guapo italiano que quería conquistarla. Tuve que esforzarme por no echarme encima de él. Los celos me comieron por dentro, pero me los tragué porque dudaba que Hannah viera con buenos ojos que lo golpeará hasta hacerlo sangrar.

Pero algún día. Algún día.

## Capítulo trece

Dante y yo habíamos pasado todo el día limpiando lo que iba a ser mi estudio. No podía creer que lo estuviera haciendo de verdad, pero lo era. ¡Lo era! Después de tantos años con mi mayor sueño aparcado en lo más recóndito de mi mente, cuando ya ni siquiera pensaba en él si no era con nostalgia, como en algo que se sabe que es imposible, resurgía con fuerza y yo estaba luchando por ello en lugar de dejarme arrastrar por los acontecimientos o por mi familia.

Los echaba de menos, por supuesto. Nunca he sido una persona ingrata y desapegada. Echaba de menos a mi madre, y a sus abrazos cuando me veía triste. Incluso a mi padre, a pesar de no habernos llevado demasiado bien desde que yo me hice adulta.

Cuando era pequeña, había sido muy diferente. Entonces mi padre era lo más grande en mi vida, casi como un dios, y yo lo adoraba y lo seguía a todas partes como un pollito a la mamá oca, pegada a él, ansiando aprender cosas del negocio y haciendo mil preguntas que siempre me contestaba con paciencia. Supongo que por eso supuso que no sería un lastre para mí hacerme cargo de los almacenes. Creo que, en el fondo, sabía que no podía contar con mi hermano para ello, a pesar de que eso es lo que le hubiera gustado. Los almacenes siempre habían pasado de padre a hijo, desde que su tatatarabuelo la fundó allá por mediados del siglo XIX, cuando llegó a este país como un inmigrante más. Había sido una época muy dura, en pleno *far west*, con forajidos, indios, pistoleros y rancheros bravucones.

Pero lo desilusioné cuando, en lugar de ir a la universidad a estudiar algo que me sirviera para gestionar los almacenes, me decanté por Bellas Artes. Debió vivirlo como una traición. Su niñita se desviaba de los planes que se había hecho en su mente, y eso era inconcebible. Me costó horrores convencerlos para que me permitieran tomar mis propias decisiones.

—Habrás que darle una mano de pintura a las paredes —dijo Dante después de pelearse con una tela de araña de la que habían salido algunos habitantes. Yo había chillado como una histérica mientras él las aplastaba con los pies y se reía de mí.

—Supongo que sí. ¿Hay que pedir algún tipo de permiso?

Lo decía porque, a fin de cuentas, aquello era un *palazzo*, un edificio

histórico, y dudaba que pudiera hacerse cualquier cosa sin haber sido antes estudiado exhaustivamente por un técnico experto.

—Tranquila, no hará falta. Aquí arriba no hay nada interesante. Si hubiera algún fresco o mural, como en el apartamento de Gia, sí habría que pedirlo.

—Pintar sobre un mural de Tintoretto sería un crimen —mascullé.

—Por suerte, aquí no hay ninguna obra de arte. Excepto tú, claro.

Le sonreí. Dante no había vuelto a intentar besarme, aunque sí coqueteaba siempre que tenía ocasión, pero eso era algo intrínseco en su personalidad. Creo que no era capaz de relacionarse con mujeres de otra manera que esa, por eso no le di importancia, ni me enfadé por ello. Se estaba comportando como un buen amigo, y le estaba muy agradecida. Incluso me había puesto en contacto con una galería de arte, cuyo dueño era amigo suyo, y se había comprometido a echarle un vistazo a mi trabajo. En cuanto tuviera algo que mostrar.

Tenía muchos bocetos en mi cuaderno de dibujo que pronto empezaría a trasladar a un lienzo. Mi cabeza bullía de ideas y planes, y estaba ansiosa por empezar. Y cuando me concentraba en ello, no pensaba en Mac.

Cuando terminamos de barrer, me quedé en mitad de la habitación, agarrada a la escoba, mirando a mi alrededor. Sí, todo iba a salir bien; *tenía* que salir bien. Y si no era así, por lo menos lo habría intentado.

—Tranquila, todo saldrá bien. Ya lo verás.

Dante se acercó a mí, me abrazó y me dio un beso en el pelo. Debió notar mi inquietud, e intentó tranquilizarme. Sonreí, agradecida, pero me aparté de él. Tenía que ir con cuidado, no quería darle señales equivocadas y falsas esperanzas. Lo que le había dicho el otro día en el almacén era cierto: no tenía ninguna posibilidad conmigo.

—¡Chicooos, vengo acompañada!

El grito de Gia, anunciando su llegada, me pareció extraño. Había aparecido de repente muchas veces durante aquella mañana de domingo, aunque se había escaqueado y no nos había ayudado a limpiar. En ninguna de ellas había gritado en la escalera para ponernos sobre aviso. Y, ¿quién podía venir con ella?

La respuesta la tuve en cuanto abrió la puerta y vi a Mac aparecer detrás de mi amiga. Estaba muy guapo, recién afeitado, con el pelo algo revuelto, muy sexy. Llevaba un pantalón vaquero ajustado que le marcaba los músculos, y una camiseta debajo de su cazadora de cuero. Tenía aspecto de

chico duro y malo, y no pude evitar derretirme al verlo.

—Mac, ¿qué haces aquí?

Soné más brusca de lo que pretendía, pero él lo aceptó con una sonrisa abierta y franca. Llevaba un ramo de rosas en la mano y, después de dirigirle una mirada de soslayo a Dante, amenazando tempestad, se acercó a mí y me las ofreció.

—He venido a invitarte a cenar. Tengo muchas cosas que contarte, si es que quieres escucharlas.

Me quedé boquiabierta. Su voz sonó como terciopelo sobre mi piel y me erizó de pies a cabeza. Habló suavemente, como una caricia, y no pude evitar decirle que sí, que claro que quería escucharlas. No habló mi cabeza, sino mi corazón, que se moría por estar de nuevo entre sus brazos, por sentir su piel sobre la mía, y por que sus labios asaltaran los míos.

Dios. Estaba loca. Toda mi determinación se venía abajo en cuanto lo veía. Gia tenía razón. Debía tomar una decisión de una vez por todas, o mi cerebro acabaría totalmente trastornado y hecho papilla.

Acepté las rosas con una sonrisa. Su perfume me inundó las fosas nasales y lo disfruté. Me gustaban las rosas, siempre habían sido mis flores preferidas.

—Tendrás que esperarme un rato —me reí—. Ahora mismo, no estoy en condiciones de salir a la calle.

Iba hecha un adefesio, con la camiseta llena de suciedad, los vaqueros manchados, y un pañuelo en la cabeza.

—Estás preciosa, como siempre.

Dante bufó, y Mac lo miró con el ceño fruncido, como una advertencia.

No supe si era buena idea dejarlos solos, pero Gia me cogió de la mano para llevarme abajo a que empezara a arreglarme. Tenía que darme una ducha, maquillarme, escoger algo que ponerme...

—Espero que no se maten entre ellos —susurré bajando las escaleras.

—Dante sabe defenderse, no te preocupes. Así podrás ver de qué palo va ahora tu Mac. Si te ha prometido que iba a cambiar de actitud, es una buena manera de ponerlo a prueba, ¿no crees?

Tenía razón. Solo esperaba que Mac cumpliera su palabra y no le tocara ni un pelo, porque si no lo hacía, iba a ser una gran decepción y el final definitivo de todo.

\*\*\*

En cuanto Hannah abandonó el lugar, me giré hacia Dante. Seguía allí de pie, sin hacer gesto alguno que indicara que tenía intención de seguirlas. Me miró de hito en hito y me dedicó una sonrisa torcida, con un toque de desprecio en ella.

No era tan alto como yo, ni tan musculoso, pero no era un alfeñique ni mucho menos. Tenía trazas de ser ágil, y se movía como un felino. Lo observé mientras recogía la escoba que Hannah había dejado tirada en el suelo, para apoyarla contra la pared. Después, sin dirigirme la palabra, cerró las bolsas de basura con energía.

Cuando terminó, se sacudió el polvo de encima de la ropa y me dirigió una mirada fría.

—Hannah es una mujer magnífica. No entiendo cómo has podido pasar de ella durante tantos años.

Así que conocía nuestra historia. Estupendo. Hannah había ido por ahí contándole a cualquiera cuán gilipollas era el tío del que estaba enamorada, o sea, yo.

—No es de tu incumbencia —le contesté.

—Lo es, porque yo también estoy interesado en ella.

—Pero ha aceptado cenar conmigo. Así que sospecho que ella en ti, no lo está demasiado. ¿No sientes celos?

Soltó una risa seca y desganada.

—En absoluto. Es evidente que lo ha hecho porque te tiene lástima.

Aquellas palabras fueron directas a mi mentón, como un puñetazo. No trastabillé hacia atrás, pero me sentí como si lo hiciera. ¿Por qué decía que me tenía lástima? ¿Le habría contado a este sujeto toda mi historia? Quizá lo había hecho mientras se reía de mí, pobrecito Mac, tan desfigurado y lleno de cicatrices.

Sentí que la rabia se acumulaba en mi estómago, y las náuseas me golpearon.

Quizá Hannah solo estaba vengándose de mí. Quizá todo era una trampa para hacerme sufrir.

Y bien que lo tendría merecido.

«Pero Hannah no es de ese tipo de personas. Ella jamás te haría daño a propósito. No es como tú».

Me tranquilicé, porque era verdad. Jamás había visto a Hannah hacerle

daño a alguien de manera intencionada. Al contrario. Siempre se preocupaba más por los demás que por sí misma.

—Hannah no es así. No la conoces en absoluto. Has hecho bien en retirarte y dejarme vía libre.

—No me he retirado. Tengo intención de seguir luchando por ella, con todo lo que tengo. ¿De veras crees que podrá resistirse a un hombre como yo?

—¿Es que acaso no lo ha hecho ya? Sé de vuestras citas, y a pesar del paseo romántico en góndola, y de la cena en el galeón, con lo que hiciste una gran exhibición de tu poder adquisitivo, Hannah se te resistió. No es el tipo de mujer que se deja deslumbrar por el dinero. Tendrás que esforzarte más.

—Veo que estás perfectamente informado de todo lo que Hannah ha hecho desde que ha llegado aquí.

—Por supuesto. Tengo mis fuentes, y son totalmente fiables.

Nita se había encargado de ir contándome con pelos y señales todo lo que Hannah estaba haciendo en Venecia, parte de su plan de hacerme enloquecer de rabia y celos para obligarme a volar hasta Venecia para buscarla. Y había funcionado. Maldita mujer.

—Típico de un tío controlador y egoísta como tú. Eres incapaz de dejar en paz a Hannah, a pesar de que le has estado dando calabazas durante tantos años. ¿Tienes miedo de quedarte sin tu juguete? ¿Sin el objeto de tus burlas?

—Hannah no es un juguete, ni ha sido el objeto de mis burlas. Es la mujer que amo, y jamás le haría algo así.

—Pero sí lo has hecho, hasta que conseguiste destrozarle la vida. No tienes ni idea de cómo estaba cuando llegó aquí. ¿Por qué no la dejas en paz de una vez? Empezaba a olvidarse de ti, y a ser feliz.

—La amo —le dije por toda respuesta. Era mi única justificación, a la que me aferraba como a un clavo ardiente.

—Pues tienes una manera muy destructiva de amar. Ella se merece que la cuiden, que la hagan feliz, y que la colmen de regalos; no que la desprecien y la hagan llorar constantemente.

El maldito tenía toda la razón del mundo. Eso era exactamente lo que había estado haciendo durante todos estos años, por culpa de mi estúpida ceguera. Pero ahora iba a ser diferente. Por eso estaba en Venecia, por eso había decidido quedarme, y por eso iba a apoyarla en cada decisión que tomara. Excepto en la de dejarme. Porque seguía amándome, y podíamos ser felices. Estaba seguro de ello.

—Eso no es asunto tuyo. Es algo entre Hannah y yo.

—Pero también es asunto mío, ¿sabes? Porque ella es importante para mí, y no voy a ponerte las cosas fáciles.

Durante aquella conversación, tuve que aguantarme las ganas de pegarle más de una vez. Cada vez que abría la boca, para ser sinceros. Y lo que más me dolía, era que la mayoría de sus palabras eran ciertas. Me había comportado como un energúmeno con ella, y ni siquiera entendía cómo podía seguir mirándome a la cara y, mucho menos, amarme y desearme.

Pero estaba agradecido por este regalo, y no quise cuestionarlo, ni despreciarlo. Por eso no llegué a pegar a aquel italiano presumido y altanero, porque Hannah no me lo podría perdonar jamás.

Y, por eso, cuando abandonó la buhardilla delante de mí, no lo empujé por las escaleras, ni le pateé la espalda para machacarlo. Me limité a bajar escalón tras escalón, guardándome todas las ganas para más adelante.

Quizá algún día tendría una buena oportunidad.

\*\*\*

¿Por qué diablos le había dicho que sí a Mac? No quería cenar con él. Pero, por lo visto, la verdad era que sí quería, porque mi boca contestó sin que mi cerebro llegara a tomar la decisión.

—Vas a ponerte uno de mis vestidos.

—No, ni hablar. Iré con una camiseta y unos vaqueros. Asunto arreglado.

—¿Cómo vas a ir a una cita vestida como una campesina? —se escandalizó mi amiga, y yo me reí.

—Por Dios, Gia. Si seguramente me llevará a comer una hamburguesa al McDonalds.

—Dudo mucho que esa sea su intención. Yo lo he visto muy decidido a seducirte. De nuevo. Así que vamos a buscar en mi guardarropa algo elegante pero cómodo, ¿te vale así?

—Y que no tenga que ir con miedo a romperlo o mancharlo porque es carísimo.

—Está bien, está bien.

Rebuscamos durante un rato. Sacó varios, pero ninguno era de mi agrado y refunfuñé con cada uno que me enseñaba. El que no era demasiado corto, era demasiado largo. El que no, demasiado tapado, o con un escote demasiado pronunciado. Demasiado llamativo, o demasiado anodino. No quería darle a

Mac la sensación de que me había arreglado por él, pero tampoco que pensara que no me importaba lo bastante como para esforzarme un poco.

—Estás muy gruñona. Cualquiera diría que van a llevarte al cadalso en lugar de tener una cita con el amor de tu vida.

—Es que no debería haber aceptado. Ni siquiera sé por qué lo he hecho.

—Bueno, algún motivo habrá.

—Porque soy idiota. O estúpida, que lo mismo da.

—Sabes perfectamente que no ha sido por ninguno de los dos motivos. Le sigues amando, es tan simple como eso.

Sacó un vestido de cóctel. Era sencillo pero muy bonito. La falda tenía un poco de vuelo, y me llegaba por las rodillas. El corpiño era sexy, sin ser descarado, con un escote en V que me favorecía. Era azul oscuro, y tenía un poco de brillo, pero nada extravagante.

—Este te quedaría estupendo. Y tengo unos zapatos a juego que no son demasiado altos.

Estaba harta de buscar. Todavía tenía el pelo húmedo y el albornoz me picaba. Aunque igual no era el albornoz, que en realidad estaba mullido y suave. Igual era mi cuerpo que me mandaba señales para que me diera prisa.

—Sabes que me hará sufrir otra vez.

—¿Por qué te empeñas en esperar lo peor de él? —me preguntó Gia mirándome con los brazos en jarras—. Vale, lo has pasado mal durante años, eso lo entiendo. Pero sigues enamorada de él, a pesar de todo, y Mac parece que ha decidido cambiar. Deberías darle una oportunidad.

Me quité el albornoz y empecé a vestirme. Había escogido un conjunto de lencería muy mono y sexy, con unas braguitas y los sostenes de encaje negro. Vestida para matar. Vestida para seducirle. ¿Qué coño estaba haciendo?

—Darle una oportunidad significa volver a Cascade con él, y no pienso hacerlo. Por fin encontré el valor para irme de ese pueblo en el que me ahogaba. Si regreso y las cosas con Mac van mal, no podré largarme de nuevo y me quedaré allí, enterrada en vida, para siempre.

—¡No digas tonterías! ¿Qué te impedirá volver a irte? Mi casa estará siempre a tu disposición, deberías saberlo. Solo tendrás que subir a un avión y venir. Digo yo que tan difícil no será, ¿no?

—Sabes que no es solo eso. Maldita sea, no lo entiendes. Mi familia...

—Tu familia es controladora, como todas, más o menos. Te quieren cerca de ellos, como todas, también. ¿Crees que algún padre se siente feliz cuando sus hijos se marchan lejos para hacer su vida?

—No, supongo que no. Pero si regreso, volverán a enterrarme bajo un montón de responsabilidades que ya no quiero.

—Pues no se lo permitas. Enfrentate a ellos y déjales las cosas claras. — Se calló durante unos segundos y me evaluó con la mirada—. Tienes miedo a enfrentarte a ellos, ¿verdad? ¿O es de Mac de quién tienes miedo, de que te presione para volver a hacerte cargo de los almacenes en lugar de darte tu espacio para pintar?

—Mac me prometió que no lo haría, y puede ser muchas cosas, pero siempre cumple sus promesas.

Obvié la primera pregunta. ¿Sería eso? ¿Habría estado huyendo de los enfrentamientos con mi familia? ¿Por eso había ido aceptando todas las obligaciones que me impusieron sin protestar ni rebelarme?

Otra cosa más en la que pensar, como si no tuviera ya suficientes.

—Así que, según tú, cumple siempre sus promesas. Pero cuando te promete que no volverá a apartarte de él, que siempre estará a tu lado, no le crees. ¿En qué quedamos?

—Maldita sea, Gia. ¿De parte de quién estás?

—¿Yo? De la tuya, por supuesto. Pero me gusta hacer de abogado del diablo. Además, te veo sufrir cada día y eso no me mola nada. Amas a Mac desde siempre, él ha venido a por ti contra todo pronóstico, te confiesa que te ama también, que está dispuesto a todo por ti; pero a pesar de que me aseguras de que siempre cumple con sus promesas, te niegas a creerle. ¡No lo entiendo!

—Es miedo. Puro terror. Tengo miedo de que vuelva a hacerme daño. ¡No es tan difícil de entender! ¿Desde cuando el miedo es algo que tenga lógica?

—Mira, Hannah, el mundo no es en blanco y negro, eso ya deberías saberlo. La vida está llena de matices grises, y de otros muchos colores. Si decides irte con él, por supuesto que volverá a hacerte daño en algún momento.

—Vaya, gracias, lo que necesitaba oír.

—Necesitas oír la verdad. En una pareja, siempre hay discusiones, opiniones enfrentadas, y ambos cometen errores. Mac los cometerá, y te dolerá. Igual que los cometerás tú, y le dolerá a él. Pero si hay amor y arrepentimiento, y esas equivocaciones no cruzan cierta línea que sí está muy clara, puede haber perdón y reconciliación.

—¿Y qué hay al otro lado de esa línea, según tú?

—Bueno, cosas difícilmente perdonables, como la infidelidad, o los malos tratos. Aunque la infidelidad hay mucha gente que la perdona.

—Pues, según como lo mires, y sin ser pareja todavía, Mac me ha maltratado toda la vida. Comprenderás que sea tan renuente a empezar una relación con él.

—Bueno... —En sus ojos vi la duda. Yo había dado en el clavo y ella no lo había tenido en cuenta. Analizándolo fríamente, Mac me había maltratado psicológicamente, y eso no era fácil de perdonar—. Acabas de dejarme muda.

—Genial. Hubiera preferido no haber mantenido esta conversación.

—Vale, pero quiero hacerte una pregunta: ¿El hombre que ahora es Mac, es el mismo que dejaste en Cascade?

¿Lo era? No. Definitivamente, no. Había cambiado, y estaba luchando por seguir haciéndolo. Me había abierto completamente su corazón, y se había quitado la coraza con la que se había protegido durante todos estos años. Ahora era vulnerable, no había secretos ni mentiras entre nosotros. Y él me aseguraba que no volvería a haberlos.

—No, no lo es.

—¿Entonces? ¿A qué viene tanta reticencia a aceptarlo? ¿Qué vida te espera si no eres capaz de arriesgarte por las cosas verdaderamente importantes? Tu amor por Mac ha sido una constante durante toda tu vida, y cuando tienes una oportunidad de forjar una relación con él, te escondes detrás de mil excusas. Yo creía que eras más valiente, pero veo que estaba completamente equivocada.

Nos quedamos calladas. Gia dejó de mirarme, y supe ver su decepción conmigo. Mi cobardía la había defraudado. Pero cuando terminé de vestirme, me dio un abrazo muy fuerte.

—Te quiero, espero que lo sepas —me dijo.

—Y yo a ti. Eres una gran amiga.

—¿No me odias por lo que te he dicho?

—Las verdades duelen, pero son necesarias. Me has dado mucho en qué pensar.

## Capítulo catorce

Cenamos en la terraza de un pequeño restaurante, al lado de un canal. Nos sentamos en la mesa al lado de la baranda de hierro que nos protegía de caer al agua. De vez en cuando, pasaba alguna góndola con una pareja de enamorados. Sobre la mesa, había una pequeña vela protegida dentro de una bola de cristal, que titilaba constantemente, y un pequeño jarrón con un ramillete de flores diminutas y llenas de colorido. Era un ambiente romántico y acogedor que esperaba que lograra ablandar un poco a la mujer que tenía delante de mí.

Hannah parecía incómoda. A duras penas me miraba, y en lugar de comer, jugaba con la comida como si no tuviese hambre.

—¿No te gusta? —le pregunté después de verla marear en silencio a un espárrago durante varios minutos seguidos.

—¿Eh? Sí, sí, está delicioso.

—Entonces, ¿por qué no comes?

Dejó el tenedor sobre la mesa y alzó el rostro para mirarme.

—Es que no sé qué hacemos aquí; qué hago aquí.

—Me dijiste que debía volver a enamorarte y demostrarte que podías confiar en mí. En eso estoy, por eso te he invitado a cenar. Porque no voy a rendirme, Hannah.

—Pero en algún momento tendrás que regresar a Cascade y a tus obligaciones. Entonces, ¿qué? Esperarás que vuelva contigo y yo...

—No tengo que volver, ya no tengo obligaciones allí. He renunciado a mi puesto de *sheriff* y he buscado empleo aquí —le anuncié con sencillez.

Se quedó boquiabierta. Literalmente. Al ver su cara de sorpresa, me entraron ganas de reír. El movimiento que había hecho era algo que jamás podía haber esperado de alguien como yo.

—¿Que has hecho qué?

—Lo que has oído. Ahora trabajo de friega platos en un restaurante chino. El sueldo no es muy alto, pero me da para pagar una habitación en el Lido.

No le confesé que la habitación la compartía con otras dos personas, y que dormía sobre un colchón en el suelo. No quería que pensara que me estaba haciendo el mártir, porque no era así. Solo quería que se diera cuenta de que iba muy en serio cuando le dije que estaba decidido a hacer cualquier cosa por recuperarla.

—Pero... ¿por qué? Adoras tu trabajo, lo sé. Quizá no es con lo que habías soñado de joven, pero sé que ser el *sheriff* es algo que te gusta, y ahora te llena profesionalmente.

—Porque para mí, tú eres lo que más me importa. Si tú quieres quedarte aquí, yo también. Así de simple.

Arrugó el entrecejo y me miró con desconfianza. Maldita desconfianza. ¿Llegaría un momento en que desaparecería? Esperaba que sí.

—Esto es una triquiñuela para ablandarme.

—No, no hay trampa ni cartón, Hannah. ¿Quieres ver el mail que le he enviado a la alcaldesa? En él renuncio a mi puesto. Nita se encargará hasta que alguien ocupe mi lugar; aunque espero que se lo den a ella, está más que preparada para sustituirme, y lo hará bien. ¿No me crees?

Saqué mi móvil y busqué el mail que le había enviado. Cuando lo encontré, se lo mostré. Hannah lo leyó con incredulidad.

—Entonces, ¿no piensas volver?

—No, hasta que tú decidas hacerlo.

—¿Y si no decido hacerlo nunca? Y si volvemos, ¿a qué te dedicarás? ¿En qué trabajarás mientras estemos aquí? ¿Y si decido que quiero mudarme a otra ciudad?

Dejó ir toda la lista de preguntas sin hacer apenas una pausa entre ellas, respirando con agitación y nerviosismo.

—Si decides no volver, yo tampoco lo haré. Si volvemos, ya me buscaré la vida. Aquí, ya estoy trabajando, de friega platos, en un restaurante chino. Y si te mudas a otra ciudad, te seguiré. No me importa trabajar de lo que sea para mantenerme. Soy de vida austera. Con tener un techo sobre mi cabeza, una cama en la que dormir, y un par de mantas con las que taparme, tengo más que suficiente.

—Mac, no puedes hacer esto. Abandonarlo todo solo por la esperanza de estar conmigo.

—Ya lo he hecho.

Se quedó muda por el asombro, sin saber qué decir. La sorprendí. Jamás hubiese imaginado que yo era capaz de hacer algo así, y mucho menos, hacerlo por ella.

Quise darle tiempo para que se hiciera a la idea, así que empecé a hablar de cosas intrascendentes: de mi trabajo, aburrido y monótono como un papel en blanco; de mis compañeros en la cocina; de mis compañeros de piso.

—El jefe de cocina es un histérico. La mayoría de sus trabajadores no

entendemos ni una pizca de chino, pero cuando se enfada nos riñe en ese idioma. Nosotros le miramos con los ojos muy abiertos y le dejamos gritar. Claro que a mí no me ha gritado nunca directamente. Ni siquiera me dirige la palabra. No sé si es porque soy el último mono allí, o porque abulto el doble de alto y de ancho. Es muy alfeñique, ese hombre.

Hannah me escuchó sin contestar. Al fin, empezó a comer, aunque masticaba muy despacio, y parpadeaba mucho, signo inequívoco de que todavía estaba asimilando lo que le decía.

—Es muy extraño volver a compartir piso. Hace tantos años que vivo solo, que me cuesta mucho adaptarme. Pero lo conseguiré. Por suerte para mí, todos hablamos inglés.

Terminamos de cenar. Ella intentó pagar su parte, pero me negué en redondo. Yo la había invitado, yo pagaba.

—De la próxima te encargas tú.

Así también me aseguraba de que hubiese una próxima.

Le retiré la silla para ayudarla a levantar, como un caballero, y le ofrecí mi brazo para pasear durante un rato. Venecia de noche es muy romántico, y quería aprovecharlo. Me lo estaba jugando todo en esta cita, y quería que Hannah guardase de ella un buen recuerdo, y que la motivase a aceptar salir conmigo otra vez.

—¿Te apetece dar un paseo en góndola, a la luz de la luna?

Me fastidiaba saber que no iba a ser su primer paseo romántico en góndola. Que había dado uno con Dante, ese italiano impresentable, y yo quería borrar ese recuerdo de su mente. Quería que cada vez que viese una de estas embarcaciones, solo pensase en mí y en esta noche. Por eso lo había preparado todo con anticipación. Había un gondolero esperándonos en el lugar convenido, y en su góndola, además de estar adornada con pétalos de rosa, había una botella de champán conservada en hielo, y dos copas de cristal fino.

Me había costado un pico, pero no me importaba. Tenía ahorros y un trabajo para poder recuperarme. Y volver a enamorar a Hannah merecía cualquier precio que tuviese que pagar.

—¿Que habrías hecho si no hubiese aceptado? —me preguntó cuando ya empezábamos a movernos sobre el agua.

—Supongo que el gondolero habría disfrutado del champán.

Abrí la botella. El tapón salió despedido con un *¡plop!* que hizo eco, y voló hasta caer en el agua. Serví las copas, y le di una a Hannah. Alcé la mía,

y brindé:

—¡Por el futuro y los sueños cumplidos!

Hannah chocó su copa contra la mía y bebió un trago, para echarse a reír después.

—El gas me hace cosquillas en la nariz.

Me quedé embobado, mirándola. Estaba muy hermosa, con los ojos resplandecientes y riéndose. Así quería verla el resto de mi vida, siempre feliz, y que el sonido de su risa ocupara por completo mis oídos. Era el sonido más dulce que jamás había existido.

Por eso no pude evitar besarla por sorpresa. Fue un beso rápido, suave y ligero. Un simple toque sobre sus labios húmedos. Pero cuando terminó, no me alejé. Dejé mi rostro muy cerca del suyo, siempre mirándonos a los ojos, sin apartarnos. Nos perdimos en la mirada del otro, como hechizados. Hannah tragó saliva y suspiró. Sus ojos se deslizaron por mi rostro hasta que volvieron a detenerse, esta vez, en mis labios.

Quería que volviera a besarla.

Dejé mi copa sobre la bandeja. Cogí la suya para dejarla al lado. Rodeé su rostro con mis manos y la besé con pasión.

\*\*\*

Aquello era un sueño. Era irreal. Ni en mis mejores anhelos podría haberme imaginado algo como lo que me estaba pasando. Mac había renunciado a todo por mí, y me había planeado una velada tan romántica que casi ni siquiera parecía obra suya.

Pero seguía sin confiar en él. A pesar de todos sus esfuerzos, había una pequeña rebelde en mí que me gritaba al oído que no me fiara. A pesar de que me estaba demostrando con creces que su intención era muy seria y que estaba decidido.

Pensé en Gia y en sus palabras. Me había acusado de ser una cobarde, y tenía razón. Pero podía ser valiente. Solo tenía que esforzarme un poco y arrinconar el miedo que tenía a que volviera a hacerme daño.

«El riesgo vale la pena, tonta».

Cuando por fin me besó, me entregué completamente. Dejé de lado todo miedo y le devolví el beso con pasión. Me aferré a sus hombros, lo empujé para tenerlo más cerca de mí. Necesitaba sentirlo, sentir su calor, el palpitar errático de su corazón y la agitación en su respiración alterada.

Puso fin al beso antes de lo que esperaba. Sonrió con ternura, me pasó el brazo sobre los hombros y me acercó para que me apoyara en él. No dijimos nada durante el resto del paseo, solo lo disfrutamos en el silencio solo roto por el tronar de nuestros corazones.

El paseo en góndola terminó al lado de la plaza San Marcos. Caminamos cogidos de la mano por delante de la fachada del Palacio Ducal, un lugar impresionante y hermoso que, pensé, me gustaría volver a visitar con él. Una música suave llenaba el aire. Era la orquesta del café Florian, que estaba tocando la canción del baile de La Bella y la Bestia.

Mac se detuvo y me hizo girar hasta quedar enfrentados. Dio un paso hacia mí, me rodeó la cintura con un brazo, me cogió la mano para llevársela al hombro, y empezamos a bailar.

Nos movimos muy lentamente al ritmo de la música, con los cuerpos pegados, rozándonos constantemente. Su aliento me acariciaba el oído y el calor de su mano en mi cintura me hacía estremecer. Era un contacto liviano, como una caricia, que me hizo desear más. Lo quería desnudo, encima de mí, haciéndome el amor.

¿En qué momento había creído que podría vivir sin él?

—Te quiero, Hannah. Jamás voy a cansarme de repetírtelo —me susurró al oído. Su aliento y las palabras me produjeron un estremecimiento.

—Yo también te quiero.

—¿Podrás perdonarme alguna vez todo el daño que te he hecho?

Había tanto arrepentimiento en su voz que era casi un lamento.

—Sí. Podré perdonarte. Algún día.

En realidad, le estaba perdonando en aquel mismo momento. No sentía rencor, y mientras estaba en sus brazos, con su boca besándome el cuello, ni siquiera recordaba por qué estaba tan enfadada con él. Todo el dolor se me olvidaba con cada beso, con cada caricia, con cada «te quiero» susurrado al oído. Mac me amaba, y aunque durante años había sido cruel conmigo y me había hecho mucho daño, podía ofrecerle mi perdón, sin resentimiento. Había estado en guerra consigo mismo y también había salido herido.

—Hannah...

—Mac... Vamos a mi casa, quiero que me hagas el amor, pero no me hables de regresar a Cascade.

—Nunca más lo haré. Si decides regresar algún día, tú tendrás que pedírmelo a mí porque yo ni siquiera volveré a mencionarlo. Te lo juro.

Nos miramos a los ojos durante unos instantes. La música de La Bella y

la Bestia seguía sonando a nuestro alrededor. Era maravilloso oírle pronunciar aquellas palabras con esa melodía de fondo, mucho más que sus «te quiero».

Nuestros pies se quedaron quietos. Apoyó su frente contra la mía y sonrió levemente antes de besarme.

El primer beso fue liviano, como un aleteo. Solo posó sus labios sobre los míos y se apartó enseguida, pero no demasiado. Con el segundo se demoró un poco más, mordisqueándome para provocarme.

—Nunca me cansaré de besarte —confesó entre jadeos.

El tercero fue profundo, carnal, pasional, intenso, como una buena taza de café solo. Nos olvidamos de que estábamos en la calle, que había gente rodeándonos, sentados en la terraza del café Florian, escuchando la orquesta. La música seguía sonando a nuestro alrededor. Sus manos vagaron por mi espalda, su lengua en mi boca y sentí su erección contra mi vientre.

Hasta que empezaron los aplausos y nos separamos, azorados y avergonzados, para descubrir que no era a nosotros a quién aplaudían, sino a la orquesta, que había terminado la canción.

Nos reímos de nosotros mismos. Mac me cogió de la mano, sin dejar de sonreír, y empezamos a caminar para alejarnos de allí.

Muy pocas veces lo había visto sonreír desde que había regresado a Cascade, y cuando lo hacía, su sonrisa era falsa, dura, y provocadora. No como aquella, rebotante de naturalidad y franqueza, un gesto simple que le relajaba los músculos faciales y le hacía parecer más joven y despreocupado.

Me pegué a él y acabó soltando mi mano para pasarme el brazo por los hombros.

—Creo que esta ciudad va a acabar gustándome —murmuró contra mi pelo antes de besarme en la cabeza.

—¿Es que no te gusta?

—Cuando puse los pies aquí por primera vez, me pareció claustrofóbica.

—¿Y ahora?

—Le veo las oportunidades —se rio.

—¿Qué oportunidades?

—Estas.

Me arrinconó contra una pared y se dedicó a besarme a conciencia. En aquel callejón tan estrecho poco podía hacer para zafarme de él, si lo hubiese deseado. Por suerte para mí, no era el caso. Me rendí a su beso sin dudarlo ni un instante, devolviéndoselo con la misma intensidad, y maldiciendo por no

estar ya en mi dormitorio.

—Espero que las aproveches todas —le dije cuando el beso terminó.

—Tengo intención de hacerlo.

—Pero no hoy, o no llegaremos nunca a la cama.

La primera noche nos hicimos el amor con ternura, como si tuviéramos miedo a rompernos. Aquella segunda vez fue muy diferente. Habíamos roto ya toda contención. Nos deseábamos, nos ansiábamos con desesperación, y así nos entregamos el uno al otro, salvajes y desatados. Rompimos todos los miedos que habían anidado en nuestros corazones y nos alzamos libres, por fin, el uno junto al otro, con las piernas enredadas y nuestras manos explorándonos con impaciencia hasta caer agotados ya cerca del amanecer.

Cuando desperté, con la sábana enrollada entre mis piernas y el cuerpo dolorido por la noche salvaje, encontré una de las rosas encima de su almohada. Él ya no estaba.

La cogí para llevármela a la nariz y aspirar su perfume embriagador. Sonreí como una boba y mi corazón se aceleró.

¿Era cierto? ¿No era producto de un sueño desesperado? Sí, era verdad. No me había imaginado nada. Todo lo que había soñado y anhelado durante mi vida, estaba ahora al alcance de mi mano. Y no iba a dejarlo escapar. Ya no.

## Capítulo quince

Los días pasaron volando, como una ráfaga de viento. Mac y yo nos veíamos cada noche. Cuando él salía del trabajo venía a casa de Gia y hacíamos el amor hasta la madrugada, cuando él se levantaba para volver a su apartamento. Si hubiese estado en mi casa, le habría pedido que se mudara, pero no me atrevía a pedirle a Gia que le abriera las puertas también a él. Había sido muy amable conmigo, recogíendome en su casa cuando más desesperada estaba, no queriendo aceptar ni un solo centavo de mi bolsillo. No podía obligarla a acogerlo también a él, aunque sabía que lo haría de buen grado si se lo pedía.

Dante venía cada mañana para ayudarme con el estudio. A las diez ya estaba allí, puntual como un reloj. Me ayudó a pintar las paredes, y después me acompañó a comprar el material que necesitaba, y a llevarlo hasta allí.

Por fin, ya lo tenía todo. Aquella misma mañana me habían traído una mesa de trabajo en la que estaba desparramando todo el material para empezar a pintar. El caballete estaba dispuesto, tenía lienzos en blanco que se morían por ser llenados de color, y hasta habíamos subido un diván que había pertenecido a Dante, pero que me regaló con la excusa de que estaba ya harto de verlo e iba a cambiarlo. Era un diván de época, con el respaldo en forma de pétalos de margarita y tapizado de verde claro. No se veía viejo en absoluto, y estaba convencida de que me había soltado una mentira para que no lo rechazase.

—Esto ha quedado perfecto. Ya está listo para que empieces a darle a los pinceles. ¿Qué dibujo vas a escoger?

—Pues no lo sé. —Tenía el cuaderno de dibujo sobre la mesa, abierto, y pasaba las páginas mientras yo terminaba de preparar los pinceles.

—Podrías empezar por mí. Recuerda que me prometiste que me pintarías. Desnudo —añadió dirigiéndome una sonrisa pícara.

—¿Puedo romper esa promesa? Dudo que a Mac le haga gracia que te pinte como tu madre te trajo al mundo.

No quería ni imaginarme qué podría pasar si el dibujo o la pintura caía en sus manos.

—¿Y vas a dejar que sea él quien decida qué puedes o no pintar? Mal empezamos, *cara*, mal empezamos.

Sabía lo que estaba intentando, el muy canalla. Lo tenía muy claro. El

problema era que sus palabras estaban cargadas de razón. Había perdonado a Mac, y lo había aceptado de nuevo en mi vida, pero no podía permitir que su presencia condicionara mis decisiones, sobre todo en lo que concernía a mi carrera como pintora. Por eso permití que Dante me convenciera.

—Está bien, si tú estás dispuesto a pasar un poco de frío, podemos empezar hoy mismo.

—¡Estupendo!

Parecía un niño pequeño a quien Santa Claus le hubiese traído el regalo más deseado. Sus ojos brillaron con alegría, y con algo de picardía, también.

Empezó a quitarse la ropa, muy despacio. Casi parecía un *streptase* en toda regla pero sin música, muy sensual, destinado a seducirme.

Dejó deslizar la chaqueta por la espalda y los brazos, y después la lanzó sobre una silla. Se desabrochó los botones de la camisa muy despacio, sin dejar de mirarme y de dedicarme esa sonrisa masculina y traviesa tan suya. Se puso de espaldas antes de dejarla caer, y giró el rostro para mirarme de soslayo. Empezó a tararear una melodía, creo que era *You can leave your hat on*, de Joe Cocker, de la banda sonora de Siete semanas y media. Muy adecuada.

No pude evitar reírme cuando dejó caer los pantalones al suelo y se los quitó de una patada nada sensual, porque se le quedaron enganchados y tuvo que sentarse para no caerse al suelo.

No pude evitarlo. Comparé su cuerpo perfecto con el de Mac, tan castigado y lleno de cicatrices, y tuve que admitir algo que a Dante no le hubiera gustado saber: a pesar de que Mac salía perdiendo en la comparación, su cuerpo lograba encenderme de una manera que el de Dante ya no conseguía. Con la presencia de Mac en mi vida otra vez, la pasión y la atracción que había empezado a sentir por Dante había desaparecido del todo, se había esfumado como si nunca hubiera existido.

Pero eso no me impedía admirar y deleitarme en su magnífica anatomía, en sus estilizados músculos, y su perfecta simetría.

Siempre me había parecido que Mac se movía como un león, pero Dante era como un gato, igual de estilizado y ágil. Solo le faltaba ronronear.

Y si Mac descubría que lo había pintado desnudo, sería una buena prueba para él. Siempre se había comportado como un troglodita cuando otros hombres andaban cerca de mí. Sería interesante saber cómo iba a reaccionar cuando se enterara, después de todas las promesas que me había hecho. Al fin y al cabo, pintar a Dante no era hacer algo reprochable, ni mucho menos.

Cuando se quitó la ropa interior, me giré. De repente, me sentí avergonzada. Era muy distinto a cuando pintábamos desnudos en la universidad. Allí no estaba yo sola con el modelo. Había otros estudiantes conmigo. Pero en aquel momento, solo estábamos Dante y yo.

Suspiré, y me armé de valor. Había aceptado el reto y no podía echarme atrás como si fuese una pobre virgen escandalizada.

«La desnudez es un estado natural —me dije—. Nacemos desnudos, y nadie se escandaliza».

Pero Dante no era precisamente un bebé. Fui muy consciente en cuando me di la vuelta y lo vi. Se había tumbado en el diván, boca arriba, en una posición lánguida y de abandono. Había alzado un brazo por encima de su cabeza y lo había dejado reposando con la mano abierta, al lado de la cabeza. El otro colgaba inerte, rozando el suelo con los nudillos, y había doblado una pierna. Entre un nido de rizos, su miembro se alzaba, enhiesto y amenazante.

—Esto es por ti —confesó sin pudor alguno—. Estar desnudo delante de ti exacerba mi imaginación más tórrida. ¿Qué tal si tú te desnudaras también?

—Eso ni lo sueñes.

—Pero no es justo que yo esté así y tu, no.

—La vida no es justa, ¿no lo sabías?

Dante se rio, de aquella manera que antes me erizaba el vello. Me reí con él, porque en realidad aquella situación era graciosa. Y pensé en mis amigas, en Clara y Britt, y también en Nita. Cuando les contase aquello, no iban a creérselo.

Cogí el cuaderno de dibujo que Dante había estado ojeando antes, y me senté en la silla, a una distancia prudente de él. Empecé a dibujar.

—¿Como te va con Mac? —me preguntó sin mirarme. Había decidido que el techo era muy interesante, y si no lo hubiera conocido bien, pensaría que quizá se sentía un poco incómodo estando desnudo delante de mí. Pero Dante no tenía vergüenza.

—Bastante bien.

—¿Estás segura? No le he visto mucho por aquí.

«Por supuesto, porque tú no estás cuando él viene», pensé intentando no enrojecer al recordar la pasión que nos poseía cada noche cuando me visitaba.

—Está trabajando, cosa que otros no hacen, por lo visto.

—Mi familia es rica, no necesito trabajar.

—¿Y te gusta depender de tu familia hasta ese punto? Yo prefiero tener mi propio dinero y que nadie tenga que mantenerme.

—¿Por eso rechazaste mi oferta de mecenazgo?

—Exacto. ¿A ti no te disgusta ser algo así como un parasito?

—Qué melodramática —bufó—. Casi te pareces a mi padre. Y no es un halago, precisamente.

—Es que no lo entiendo. Gia también es rica, pero tiene un trabajo.

—Ella es diferente, es una mujer. Nunca ha recibido la misma presión que yo para seguir con la tradición familiar.

—¿Presión? ¿Qué presión? No te veo yo muy presionado que digamos.

—Porque no me conoces bien.

—Y eso, ¿de quién es la culpa?

—Vale, puede que mía. Es lo que querías que admitiera, ¿no?

—Algo así. Muchas veces tengo la sensación de que toda tu actitud de *play boy* no es más que una máscara. Un día tuve una conversación muy interesante sobre ellas con un anciano. Me dijo cosas muy curiosas que me hicieron pensar. Quizá algún día te lo presente.

—Cuando quieras. ¿Te hicieron pensar en mí?

—Y en Mac. —Me quedé callada un instante, mientras prestaba atención especial a su rostro—. ¿Tú no tienes sueños?

—Los tuve, hace años, como cualquier persona. Pero al final decidí dejarlos correr.

—¿Por qué?

—No tengo ganas de hablar de eso, Hannah. ¿Podemos cambiar de tema?

—Ya, es una conversación demasiado seria para tu gusto, ¿eh?

—Algo así.

—Pues yo diría que lo que ocurre es que algo te pasó, y que todavía te duele. ¿Tus sueños no fueron del gusto de tu padre?

—Más o menos. Él tenía una idea sobre mi futuro, y yo tenía otra. Como no quise seguir la suya, él no quiso apoyarme en la mía.

—Ah, y como no tuviste ayuda, lo dejaste correr. Muy maduro por tu parte.

—Soy inmaduro, inconstante, inconsciente y muchas más palabras empezadas por *in*. ¿No te lo advirtió Gia?

—Pues yo mas bien diría que eres un poco cobarde.

—Sí, eso también, gracias. Es algo genético.

—Y, ¿cual era tu sueño? Cuéntamelo.

—No me apetece.

—Pues entonces, cállate y deja que me concentre, o en lugar de un

dibujo, saldrá un churro.

—Vale, ya me callo, —refunfuñó—, pero si me quedo dormido será culpa tuya.

Estoy segura de que lo intentó con todas sus fuerzas. Se mordió el labio. Resopló. Se rascó. Vi su nuez subir y bajar varias veces. Empezó a arañar la baldosa con uno de los dedos que tocaban el suelo.

Creo que su silencio duró dos minutos enteros.

—¿En qué trabaja tu fornido americano?

Estaba claro que no iba a conseguir que se mantuviera callado.

—De lavaplatos, en un restaurante chino.

—Un trabajo de mucha responsabilidad —se burló—, que no le deja tiempo para venir a verte.

—Haz el favor de no burlarte —le dije, molesta por su tono—. Y yo no he dicho que no venga a verme. Viene cada noche y hoy vendrá a cenar. Tendremos cena romántica. Pero, ¿por qué te tengo que contar mi vida? Los buenos modelos se mantienen calladitos como estatuas.

—Entonces, jamás seré un buen modelo. Acabas de darme un disgusto, que lo sepas.

Me hizo reír y mi enfado desapareció. No podía evitarlo. Era imposible mantener mi irritación con él más de unos segundos.

—Así que vas en serio con él. Entonces, yo no voy a tener ni una oportunidad.

Dudé si decirle la verdad o no, pero lo cierto era que ya se lo había dicho antes. Era solo su cabezonería latina lo que lo llevaba a rechazar mis negativas como si fueran simples caprichos. Por eso se retiraba para volver a la carga al cabo de unos días, como hacía un rato, intentando seducirme con sus miradas y sus gestos.

—No tendrías ninguna oportunidad, aunque él no hubiera venido a por mí.

—No estoy tan seguro de eso. Nuestra cita fue fabulosa.

—He de admitir que me deslumbraste con tal despliegue de lujos, pero a la larga una chica como yo no se deja camelar por esas cosas. Si quieres encontrar alguna vez a una buena chica con la que sentar la cabeza, deberías aprender a abrir tu corazón.

—Lo estoy intentando contigo.

—Pues lo haces fatal. Mira, una chica como yo necesita un hombre real a su lado, no un *play boy* todo sonrisas y encanto pero hueco por dentro.

—¿Te parezco hueco?

No me lo preguntó ofendido ni sorprendido. Realmente quería saber mi sincera opinión. Y yo no quería hacerle daño, pero tampoco iba a mentirle.

—Mucho, la verdad. Es como si detrás de esa fachada que siempre luce tan perfecta, no hubiera nada. No dejas que la gente llegue a conocerte de verdad, y eso no es bueno. Si no te conocen, no pueden llegar a quererte.

—Hay mucha gente que me quiere —protestó. Esta vez sí parecía un poco indignado.

—Sí, ya, gente igual de vacía que tú, como esos amigos con los que salimos de copas a veces. ¿No hay nada en este mundo que te haga sentir pasión?

—Sí, tú.

—No me refiero a eso, y lo sabes.

—Ya te lo he dicho, no siento nada por nada. No vale la pena el esfuerzo.

—Pues es una lástima. Alguien como tú, inteligente, guapo y con don de gentes, podrías llegar a triunfar en cualquier campo si te lo propusieras.

—Yo no estoy tan seguro de ello —bufó, removiéndose sobre el diván.

—Ya, y por eso prefieres no arriesgarte.

—Yo no soy como tú, Hannah. No tengo tu fuerza ni tu pasión. Creo que tienes razón al decir que estoy hueco. Soy como una calabaza de Halloween —bromeó.

—Muy tonto, eso es lo que eres. Desperdiciando tu vida de este modo.

—Estoy posando desnudo para ti. Yo no creo que sea un desperdicio. ¿Cuándo podré ver el dibujo?

—Nunca. Esto son solo bocetos. Verás tu retrato cuando esté completamente terminado en el lienzo.

—Qué paciencia hay que tener. Y qué dura es la vida del modelo.

\*\*\*

Aquella tarde salí del restaurante con pies ligeros. Hannah me había invitado a una cena romántica en casa de Gia, así que no me entretuve y me fui directamente hacia mi apartamento para arreglarme. Quería ponerme elegante, y después había decidido pasar por una floristería para comprarle un ramo de rosas. A Hannah siempre le habían gustado las rosas.

Hannah. La primera noche que pasé con ella después de hacer el amor, me negué a dormirme. Tenía miedo de despertar en una de mis pesadillas y

que ella fuese testigo. En aquellos sueños volvía a ser aquel muchacho desesperado y tembloroso, y me daba vergüenza. Pero la segunda noche no pude evitar dormirme y no hubo pesadillas. Solo el agradable calor que desprendía su cuerpo pegado al mío, que me narcotizaba y me relajaba hasta el punto de hacer huir cualquier mal recuerdo.

Crucé por la Plaza San Marcos para coger el *vaporetto* que me llevaría hasta el Lido. Todavía no había oscurecido y la plaza estaba rebosante de turistas. Iba con prisas, sin fijarme demasiado en la gente que me rodeaba, pendiente de la hora para no llegar tarde. Supongo que por eso no me fijé en el tío que venía directo hacia mí hasta que choqué con él.

—Lo siento —le dije, girándome.

—No pasa nada —me contestó sin parar de caminar.

Su voz me resultó conocida. Tenía un acento extraño. Aunque me había contestado en mi propio idioma, lo había hecho en un tono muy seco y gutural. Me lo quedé mirando un instante y, cuando ya iba a darme la vuelta para correr hacia la parada del *vaporetto*, se giró y pude verle la cara.

Los ojos pequeños. La nariz torcida. Y esa cicatriz cruzándole la mejilla.

El tiempo se difuminó en un instante. Los años transcurridos desaparecieron de repente. Volvía estar en El Paso, suplicando por mi vida.

Dios, era el Ruso, uno de los tíos que me habían torturado. Sabía su apodo porque lo había oído nombrar durante una de las conversaciones que mantuvieron mientras yo estaba medio inconsciente.

Me temblaron las manos y, durante unos segundos en que casi lo perdí, mis ojos se nublaron y me faltó el aire como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Era el Ruso, un peligroso criminal, un asesino a sueldo, buscado por infinidad de países en todo el mundo.

«Lárgate, lárgate, lárgate. Sal corriendo».

Pero no pude hacerlo. Su voz y lo que me había hecho su cuchillo, me había acompañado durante cada noche. Cada vez que cerraba los ojos, lo veía empuñar la pistola que había matado a Lucía. Su voz resonaba en mi mente como un eco distorsionado, burlándose de mí.

Pero ya no era aquel chaval inexperto que había caído en sus manos. Ahora era un hombre que se negaba a ser un cobarde, así que, a pesar del miedo que sentía, di media vuelta y lo seguí.

Sin perderlo de vista, saqué el móvil del bolsillo y busqué el número del único contacto que mantenía en la DEA. Hacía años que no había hablado

con él, pero estaba seguro que estaría muy interesado en lo que iba a decirle.

—¿Está seguro que es él? —me preguntó en cuanto le hablé del Ruso.

—Por supuesto. Tengo su rostro bien grabado en mi memoria.

—Bien. Voy a hacer unas cuantas llamadas. Mientras tanto, no lo pierda de vista.

—No pensaba hacerlo.

Entonces, me acordé de Hannah. No iba a llegar a la cena. Tenía que avisarla pero, ¿qué le decía? ¿La verdad? ¿Le mentía, diciéndole que me habían alargado el turno? No, nada de mentiras. La verdad la preocuparía, pero sería mucho peor mentirle porque cuando descubriera la verdad, volvería a desconfiar de mí. No podía permitirlo.

Maldita sea. Cuando el pasado parecía estar quedando atrás por fin, volvía y me golpeaba con ganas en la puta cara, poniéndome en problemas que no quería ni deseaba.

—Cariño, no voy a poder ir a cenar.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Es complicado.

—¿Qué ocurre, Mac? Pareces nervioso.

—Y lo estoy —dije soltando una risa seca—. Ya lo creo que lo estoy. Acabo de darme de bruces con alguien que estaba en El Paso.

—¿En El Paso? —Estuvo unos segundos callada, hasta que comprendió—. Oh, Dios mío —susurró.

—No te preocupes. Ya he hablado con la DEA. Ellos se ocuparán de todo, pero mientras tanto yo tengo que seguirle.

—Mac...

—Lo sé. Yo también estoy asustado, pero tengo que hacerlo. ¿Lo comprendes, Hannah?

—Sí, lo comprendo. Pero ten mucho cuidado, por favor.

—Te quiero, Hannah.

—Y yo a ti, mi amor.

Me compré una gorra y unas gafas de sol en el primer tenderete que encontré. No sabía si el Ruso me recordaría o no, pero no quería correr riesgos. Me mantuve a la suficiente distancia como para evitar que reparara en mí, sin perderle de vista. Nunca había hecho algo así, y no tenía ni idea de si lo estaba haciendo bien, pero puse todo mi empeño. No podía perderle. Apresarle se había convertido en una parte fundamental para mi proceso de

curación. Aquella herida que había estado abierta durante años, podría empezar a cerrarse si conseguía meter en la cárcel a ese maldito hijo de puta.

El día terminó y llegó la noche. Las terrazas de los restaurantes se llenaron de turistas hambrientos, y el Ruso también se sentó en una. Maldije para mis adentros. Pasé por delante, sin mirarlo, como si siguiera mi camino, y me perdí en la oscuridad de un callejón adyacente. Desde allí podía vigilarlo sin perderlo de vista y sin que él me viera.

Estando allí, recibí una llamada de un número desconocido. Era el agente Rogers, de la Interpol.

—Estoy camino de Venecia ahora mismo. ¿Ha descubierto ya dónde se hospeda?

—No. Está cenando en una terraza.

—Bien. No le pierda de vista. En menos de media hora estoy allí. Me pondré en contacto en cuanto aterrice. Espere mi llamada, y no cometa ninguna locura. Ese hombre es muy peligroso.

—Lo sé, agente Rogers. Lo sé.

Cuando el Ruso se levantó, me puse en movimiento otra vez. Cuando recibí su llamada estaba metido en el *vaporetto* que iba a Guidecca y tenía al Ruso a menos de tres metros de distancia. Colgué sin contestar y apagué el móvil hasta que nos bajamos en Zitelle porque no quería llamar la atención sobre mí. A aquellas horas y en aquella zona, ya no había tanta gente por la calle y me resultó más difícil pasar desapercibido, pero creí conseguirlo porque siguió directo hasta llegar a su destino, el hotel Bauer Palladio.

Ya sabía dónde se hospedaba.

Encendí de nuevo el móvil y no tardó el volver a sonar.

—¿Se puede saber por qué ha desconectado el móvil? Ya creí que le habían descubierto —me recriminó Rogers.

—Lo hice precisamente para que no ocurriera eso. ¿Está ya en Venecia?

—Por supuesto. Mi equipo y yo ya estamos aquí. ¿Ha descubierto ya donde se hospeda o sigue haciendo turismo?

—Acaba de entrar en el hotel Bauer Palladio.

—Bien. Quédese ahí. Y por Dios, no haga movimiento alguno que pueda llevarle a descubrirle.

Esperé. Era tarde ya y no se veía a casi nadie por la calle. Una pareja de enamorados pasaron por delante de mí y entraron en el hotel. Estaban muy acaramelados y me hizo pensar en Hannah.

Maldita sea. Debería estar cenando con ella, o haciendo el amor; y no

aquí, de plantón, delante de la puerta de un hotel de lujo, esperando la llegada de un agente de la Interpol, metido en un lío que podía costarme la vida.

Quince minutos más tarde, conocí al agente Rogers. Era un hombre bajo, achaparrado, con ojillos pequeños y mirada inteligente. Llegó solo, caminando con tranquilidad, como si estuviera dando un simple paseo. Se paró a mi lado y miró hacia la puerta del hotel, a varios metros de donde estábamos, escondidos entre las sombras. Por suerte, la iluminación de las calles venecianas es bastante austera, supongo que para que la ciudad no pierda el aire de magia y misterio que la envuelve.

—Ha hecho un buen trabajo, Rayne, para ser un simple *sheriff* de un pueblo de mala muerte. Soy Fred Rogers, hemos hablado por teléfono.

Tenía un acento británico muy acusado. Me molestó lo del «pueblo de mala muerte», pero me mordí la lengua para evitar una respuesta cáustica.

—¿Cuáles son sus planes?

—No le interesan, Rayne. Siga con sus vacaciones y olvídense de esto.

—Ni pensarlo. Quiero participar en su detención.

—No está autorizado. Aquí es un simple turista más, un extranjero. A las autoridades italianas no les gustaría...

—Me importan una mierda las autoridades italianas. Ese hombre mató delante de mí a mi compañera. ¿De veras cree que voy a largarme como si no pasara nada?

Rogers suspiró, derrotado.

—Malditos americanos. Todos se creen Bruce Willis. De acuerdo, prefiero tenerle a mi lado, controlado, que dejarlo suelto por ahí cometiendo errores que pondrán en peligro la operación. Venga conmigo. —Mientras caminamos hacia la entrada del hotel, siguió hablando—. Tenemos localizada la habitación que creemos es la suya. No se ha registrado con su verdadero nombre, por supuesto, pero como no puede evitar su marcado acento, siempre suele utilizar alias rusos. Solo hay uno en este hotel, y está en la habitación 325. En este mismo momento, mi equipo está entrando en ella.

Cruzamos la puerta y nos dirigimos hacia el ascensor para subir a la tercera planta. Delante de la 325 había una chica joven, rubia, apoyada en la pared con los brazos cruzados. La miré con extrañeza. Era la chica que había entrado en el hotel hacía un rato, muy acaramelada con un hombre.

—No está, jefe —le dijo a Rogers, apartándose de la pared y mirándome con curiosidad—. El pájaro ha volado. Ni siquiera hay rastro de él o de su equipaje.

—¿Qué? ¡Maldita sea! Rayne, ¿no dijo que no le había descubierto?

Pero, por lo visto, sí lo había hecho. Cuando Rogers habló con el recepcionista, supimos que el señor Sunkov, como se hacía llamar el Ruso, había pedido la cuenta y se había ido en un taxi acuático, al que se había subido desde el embarcadero que el hotel tenía en el Gran Canal.

Lo había tenido al alcance de la mano, y se había escurrido entre mis dedos como arena.

## Capítulo dieciséis

Mac llegó derrotado. No habían conseguido apresar al hombre que le había torturado y matado a su compañera. Me lo contó desesperado, echándose la culpa por haberlo perdido. Se había ido tan ricamente por la puerta de atrás mientras él esperaba en la principal a que llegaran los de la Interpol.

Lo abracé y lo guié hasta el sofá, donde lo obligué a sentarse. Se dejó caer, como si las fuerzas lo hubieran abandonado, y escondió el rostro entre las manos.

—No podías hacer nada más, Mac.

—Si hubiera estado dentro, en el vestíbulo, en lugar de esperar fuera como un vulgar ladrón, lo habría visto.

—Lo dudo mucho. Si ha desaparecido, es que se dio cuenta de que lo estabas siguiendo.

—Sí, soy un completo inútil que no sirve para nada.

—¡Maldita sea! —me enfadé, al final, y lo sacudí—. Déjate ya de lloriqueos, me pones enferma.

Alzó el rostro para mirarme, sobresaltado y sorprendido por mi reacción. Me sentí culpable por tratarle así, pero la autocompasión nunca ha llevado a ninguna parte, y quería cortarlo de raíz. De bastantes cosas se echaba ya la culpa como para permitirle que la lista se engrosara.

—Hiciste lo que pudiste. Estabas tú solo, sin apoyo. ¿Qué crees que hubiera pasado si hubieras estado en el vestíbulo? ¿Que no hubiera escapado? Habría encontrado la forma de hacerlo. Es un puñetero asesino profesional, ¿no? Eso me has dicho. ¿Crees que no está acostumbrado a escabullirse de la gente que quiere detenerlo? Hasta podría haberte cogido de rehén para obligarte a ayudarlo. Habrías vuelto a estar en sus manos, y yo... y yo...

—No llores.

—¡No estoy llorando!

—Sí, lo estás haciendo.

Asombrada, me llevé las manos a las mejillas y me di cuenta de que estaban empapadas. Mac me acunó entre sus brazos antes de que yo rompiera a sollozar a consecuencia de la tensión que había estado viviendo durante todas aquellas horas, temiendo lo peor a cada minuto que pasaba. Mi exacerbada imaginación había puesto en mi cabeza mil imágenes a cuál más

perturbadora: lo había visto muerto, en mitad de un charco de sangre; torturado; herido, desangrándose, sin que nadie acudiera en su rescate...

—Ssht, no ha pasado nada. Ya estoy aquí, de vuelta.

—Eres un idiota. No tienes ni idea del calvario que me has hecho pasar.

—Lo siento, lo siento mucho.

El calor de su piel, el retumbar de su corazón y el arrullo de sus palabras, hicieron que por fin me calmara.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunté con el rostro apoyado en su pecho.

—Nada. Ahora, todo está en manos de la Interpol. Saben que está aquí, así que supongo que pondrán algún plan en marcha para intentar localizarlo. Aunque en una ciudad tan abarrotada de extranjeros, será muy difícil.

—Seguramente ya está a kilómetros de aquí, montado en algún avión.

—Probablemente.

—Lo siento. Siento que no lo consiguieras.

—No importa. Mientras lo seguía, en más de una ocasión me he preguntado que qué coño estaba haciendo. Por qué permitía que el pasado me condicionara y obsesionara hasta este punto. No debí haber ido tras él. Después de hablar con la DEA, debería haber seguido con mi vida, ir a mi apartamento, darme una ducha, arreglarme y venir aquí a cenar. Perseguirlo no era mi trabajo, ni mi responsabilidad. Jamás lo superaré si permito que lo que me pasó en El Paso dicte mis actos.

Me incorporé para sentarme a horcajadas sobre él. Necesitaba besarlo y obligarlo a olvidar aunque fuese durante un rato. Nos fundimos en un beso desesperado que me hizo vibrar como la cuerda de un arco. Hundí las manos en su pelo y le eché la cabeza hacia atrás para poder profundizar más. Quería comérmelo entero, para que formara parte de mí y pudiera protegerlo hasta de sí mismo. Para que el mundo no volviera a hacerle daño nunca más. Quería borrarle los recuerdos amargos que le rompían el alma.

—Vaya, vaya, vaya, qué escena tan tierna. He estado a punto de no decir nada solo para poder disfrutar de lo que sigue.

Mac se levantó de un salto, quitándome de su regazo en un gesto rápido y poniéndome de pie detrás de él, como si intentara protegerme con su cuerpo. Solo tuve tiempo de ver el cañón de un arma que nos apuntaba antes de que su espalda me lo tapara todo.

—Maldito... —susurró con rabia—. ¿Cómo has entrado?

—¿Solo eso? ¿Cómo has entrado? —Yo no podía verle, la espalda de

Mac me tapaba al hombre que estaba hablando con un fuerte acento ruso—. ¿No me preguntas cómo te he encontrado? ¿O si te recuerdo?

Se rio y el miedo que me produjo esa risa hueca, fría como el hielo, penetró bajo mi piel e hizo que se me erizara todo el vello. Podría preguntarme quién era ese hombre, pero no hacía falta. Era el Ruso, por supuesto. El hombre a quién creíamos a bordo de un avión alejándose de Venecia y de las autoridades que le perseguían, estaba allí.

Inexplicablemente, pensé en Gia. Menos mal que aquella noche había planeado dormir fuera para dejarnos completa intimidad a Mac y a mí. Lo terrible sería por la mañana, cuando volviera y nos encontrara a ambos muertos, en mitad de un charco de sangre.

—Recuerdo a todos los pollitos que han pasado por mis manos...

Y otra vez aquella risa que me puso los pelos de punta. Dios, ¿qué podíamos hacer?

—Vamos a pasarlo bien. Será como un *dejà vu* muy vívido. Apártate de ella. Quiero verla bien.

Mac tensó los músculos ante aquella orden. Dios mío, por favor. Sabía que no iba a obedecerla. El no haber podido hacer nada por su compañera, por Lucía, lo estaba matando. De ninguna manera se apartaría para dejarle vía libre a aquel hombre. Se interpondría, lucharía, y lo mataría por mi culpa.

—Mac, por favor —supliqué desde atrás, aferrada a su camiseta.

—Ni hablar. Ella no tiene nada que ver, Ruso.

—Podría pegarte un tiro ahora mismo y matarte. ¿Crees que sería agradable para ella violarla delante de tu cadáver?

—No lo harás, ese no es tu estilo. Querrás que yo siga vivo para que sea testigo.

—Tienes razón. Llegamos a conocernos muy en El Paso, ¿verdad, Rayne? ¿Todavía estás en la DEA? Lo dudo mucho. Son unos pirados, pero no quieren a su lado a pobres agentes rotos que no sirven para nada. Y tú estabas muy roto cuando te abandoné. ¿Te recuperaste de mis muestras de cariño?

Mac estaba muy tenso. Tenía todos los músculos rígidos, como si estuvieran a punto de estallar. Iba a intentar algo, lo sabía. Yo simplemente recé para que todo fuera bien y sobreviviera. Ni siquiera pensé en mí y en lo que me ocurriría si él moría. No me importaba, ni me preocupaba. Si aquel hombre que nos apuntaba con una pistola mataba a Mac, mi vida habría terminado. Aunque lograra sobrevivir, no quedaría nada de mí, de lo que

había llegado a ser con tanto esfuerzo.

Aparté las manos de la espalda de Mac y solté su camiseta para no entorpecer sus movimientos. Fue mi manera de decirle: «haz lo que debas hacer. Estoy contigo». Di un pequeño paso atrás y todo empezó a moverse a cámara lenta a mi alrededor.

Mac se arrojó sobre él con un grito de rabia, impulsándose poniendo el pie en el asiento del sofá y saltando por encima del respaldo. Sonó un disparo. Miré la pistola saltar por los aires mientras el Ruso caía al suelo por el impacto del cuerpo de Mac. Pensé que la bala le había dado pero que él no se había dado ni cuenta, porque cayó sobre el intruso y empezó a golpearle con saña.

Noté una quemazón en el hombro. Era ligera, solo molesta, y me pregunté que qué demonios era eso. Miré hacia allí y vi que había sangre en él. Aturdida, alcé la mano para tocarla. Estaba caliente, y no dejaba de manar, ensuciando mi ropa.

Parpadeé, sin comprender por qué me salía sangre por el hombro. Al otro lado del sofá, la pelea seguía. Ambos estaban en el suelo. El Ruso había conseguido deshacerse de Mac y se arrastraba hacia la pistola, para cogerla. Mac intentaba impedirselo agarrándolo por las piernas y tirando de él.

«¡Reacciona, joder!», me grité a mí misma.

Me moví hacia el arma, pero mi cuerpo a duras penas me obedecía. Era como si de repente pesara demasiado y no pudiera con él. Caí de rodillas y dejé de ver qué estaba ocurriendo al otro lado del sofá. Miré hacia abajo. Mi camiseta estaba totalmente empapada en sangre. Mis brazos colgaban inertes, pesaban demasiado para mí.

Todo se hizo oscuro a mi alrededor, y dejé de sentir.

\*\*\*

Me cegaron la rabia y el miedo. No podía permitir que Hannah cayera en manos de el Ruso, porque lo que le haría sería mucho peor que la muerte. Ni siquiera tuve tiempo de pensar en un plan, cuando mi cuerpo ya estaba saltando por encima del sofá.

Lo pillé por sorpresa, supongo que por eso falló el disparo. Seguramente esperaba encontrarse con el mismo infeliz que había torturado salvajemente, pero yo ya no era aquel muchacho. Había crecido de muchas maneras, y no iba a permitir que el miedo me dominara. Mi única obsesión fue mantener a

Hannah a salvo.

No le di otra oportunidad de disparar. Caí sobre él como un martillo y le machaqué con los puños. No era un hombre que estuviera acostumbrado a pelear; lo suyo era la tortura, cuando sus víctimas ya estaban encadenadas y no podían defenderse. Pero tuvo un instante de suerte que aprovechó para zafarse de mí y reptar por el suelo intentando coger su arma. Sabía que era la única oportunidad que tendría de volver a tener el control, porque mi rabia y mi furia ciega me habían convertido en un luchador implacable y sin sentimientos.

Sin levantarme del suelo, le agarré los pantalones y tiré de él hasta que volví a tenerlo a mi merced. El mundo había desaparecido completamente a mi alrededor. No era consciente de nada más que de él, del ruido de mis puños al machacar la carne de su rostro, y del placer que sentía al ver cumplida mi tan ansiada venganza. Ni siquiera notaba el dolor en los nudillos, solo existía su rostro cada vez más ensangrentado.

Me detuve por puro agotamiento, porque ya no me quedaron energías para seguir golpeándole. Me levanté, tambaleante. El Ruso permaneció inmóvil, en el suelo. Probablemente estaba muerto. No me importó lo más mínimo.

Miré a mi alrededor y me sorprendí al darme cuenta de que estaba en casa de Gia. Había olvidado completamente que estaba allí. Mi mente me había trasladado hasta el lugar en el que me habían estado torturando sin que me diese cuenta, y había volcado en mis puños todo el dolor, el miedo, la rabia, y la humillación, y los había estrellado contra aquel rostro ahora ya irreconocible.

—Hannah... —susurré, cuando su imagen, allí de pie hacía un segundo, me golpeó la mente. Pero ya no estaba allí. Miré a mi alrededor, aturdido y asustado. ¿Dónde se había metido? Quizá había corrido a esconderse, a ponerse a salvo...

El mundo se vino abajo cuando la vi en el suelo, al otro lado del sofá, tirada sobre la alfombra, con la camiseta empapada en sangre y los ojos abiertos.

—No, no, no, no, no... —supliqué mientras corría hacia ella y me dejaba caer a su lado. Le miré el pulso, desesperado y con los ojos llenos de lágrimas, y ofrecí una oración de agradecimiento cuando sentí su corazón latir, débil, pero no ausente.

—Emergencias, he de llamar a emergencias.

No podía perder un segundo. Mientras con una mano presionaba sobre la herida para intentar detener la hemorragia, con la otra marcaba el 118. Por suerte, la operadora que me atendió entendía perfectamente mi idioma y pude explicarle, entre sollozos, que la mujer de mi vida había recibido un disparo y estaba desangrándose entre mis brazos.

—Estoy en el palacio Macchi, por favor, dense prisa.

Me guardé el teléfono en el pantalón y la cogí en brazos para bajarla a la calle. No sé por qué lo hice. Mi desesperación me llevó a ello.

—Por favor, por favor, no me dejes —supliqué mientras bajaba las escaleras.

Oí el sonido de la ambulancia acuática y respiré aliviado. Ya estaban allí. En nada la atenderían, la curarían, y todo se convertiría en un simple mal recuerdo.

Las horas que pasó en el quirófano fueron una tortura. Intentaron curarme los puños, que tenía ensangrentados y rotos, pero me negué en redondo. Solo cuando Gia llegó, logró convencerme de que les permitiera atenderme.

Cuando volví a la sala de espera, con los puños vendados, Rogers estaba allí esperándome con un oficial de los carabinieri. Me hicieron mil preguntas que yo respondí como pude, aturdido aún, preocupado por Hannah. Sus asuntos no me importaban una mierda, y así acabé haciéndoselo saber de malos modos.

—El Ruso está muerto, en el palacio Macchi. No quiero hablar más del tema.

Me dejaron en paz por fin, y pude volver al lado de Gia y de Dante, que también estaba allí. Había llegado mientras me estaban interrogando. Deseé que no me dirigiera ningún reproche, porque no tenía los ánimos para estupideces, ni los puños curados para romperle la cara.

Por suerte, no pronunció ni una sola palabra. Solo permaneció allí, intentando consolar a su prima, esperando en silencio.

Cuando por fin el cirujano salió a hablar con nosotros, pude respirar aliviado. Hannah estaba fuera de peligro. Por lo visto, la bala había rozado una arteria pero no la había seccionado del todo. Había perdido mucha sangre, pero habían logrado detener la hemorragia y reconstruirla. Si no se producía ninguna complicación, se recuperaría sin ningún problema.

Fue entonces cuando empecé a llorar como un niño. No pude evitarlo. Las fuerzas me abandonaron y caí de rodillas mientras los hombros me

temblaban, y la angustia que me había estado oprimiendo el pecho se liberó en forma de llanto.

—Ya está, tío. Ya ha pasado todo. —La mano de Dante me palmeó la espalda. Me froté los ojos con las mangas, todavía llenas de sangre—. Deberías irte a casa, darte una ducha y cambiarte de ropa.

—No pienso irme a ninguna parte —contesté, apartando su brazo de un manotazo. Él suspiró, resignado.

—Está bien. Dime dónde vives y iré yo a por tu ropa. Supongo que podrán dejarte usar una ducha del hospital. Pero tienes que adecentarte. No querrás que Hannah te vea así cuando despierte.

—No, supongo que no. ¿Por qué haces esto?

Él se encogió de hombros pero no me contestó.

Cuando Hannah despertó, yo estaba a su lado, ya limpio y decente. Abrió los ojos, me miró, sonrió con placidez, y volvió a dormirse. Era normal. Había perdido mucha sangre y era bueno que durmiese.

Pasaron tres días así. Hannah abría los ojos un rato, y me miraba. Intentaba hablar, pero estaba tan cansada que no tardaba en cerrarlos de nuevo.

Afortunadamente, no hubo complicaciones. Cuando despertó al cuarto día, lo hizo muerta de hambre. Cuando la enfermera le llevó un simple zumo y le dijo que eso era todo lo que podía comer de momento, la fulminó con la mirada.

—Estoy muerta de hambre y me trae un zumo —gruñó.

—Poco a poco, cariño. Llevas cuatro días sin comer. Ahora mismo, tu estómago no aguantaría algo más sólido que eso. Y bébetelo despacio —le dije cuando vi que estaba a punto de tomárselo todo de un solo trago.

Cuando terminó, dejé el botellín sobre la mesa. Ella permanecía quieta, mirando al techo, pensativa.

—Quiero volver —dijo de pronto.

—¿Volver? ¿A dónde?

—A Cascade, por supuesto. A casa.

—Hannah, piénsatelo bien. Acabas de vivir una experiencia traumática, y no deberías tomar decisiones en este estado. Date unos días para pensarlo.

—No tengo nada que pensar. Cuando caí al suelo y me di cuenta de la gravedad de la herida, solo podía pensar en que iba a morirme sin haber hecho las paces con mis padres, sin volver a verlos, ni abrazarlos. Tengo que

volver, y aclarar las cosas con ellos. —De repente, sus ojos se abrieron con alarma—. ¿No les habrás contado lo que me ha pasado, verdad?

—No, no lo he hecho. —Respiró, aliviada—. Mientras estabas en el quirófano, no tuve valor para llamarlos. La verdad es que ni siquiera pensé en ellos. Y después, cuando ya estabas fuera de peligro, pensé que quizá querrías ser tú la que los llamara.

—No, no los llamaré. En cuanto me den el alta, volveremos a casa. No puedo pasarme la vida temiendo regresar por miedo a que vuelvan a encadenarme. Metafóricamente hablando, claro. Tenías razón en una cosa, lo que hago aquí, lo puedo hacer perfectamente en Cascade. Puedo montar mi estudio en cualquier parte. Así que volveremos, aclararé la situación con mis padres, y me mudaré a tu casa. Eso sí, quiero la habitación más iluminada para montar mi estudio en ella.

—Lo que tú quieras.

—Y aceptarás sin rechistar todas las decisiones que tome.

—Como tú digas.

—Porque voy a viajar mucho, y a menudo, y tú no podrás acompañarme siempre porque vas a ocuparte de recuperar tu puesto como *sheriff*, ¿entendido?

—Entendido.

—Todavía tengo que visitar Roma, y Florencia, y París... Hay tantos lugares que necesito ver con mis propios ojos.

—Viajarás a donde tú quieras, cuando tú quieras. Pero antes, has de prometerme algo.

—¿El qué?

—Que siempre regresarás a mí.

\*\*\*

Mac aceptó todas mis exigencias sin protestar ni una sola vez. Quince días después, estábamos en el aeropuerto Marco Polo, despidiéndonos de Gia y de Dante. Cuando abracé al segundo, Mac se tragó los celos sin decir una sola palabra.

—Recuerda que me debes un cuadro, *cara* —me dijo este con picardía, mirando a Mac de soslayo.

—Lo tendrás, no te preocupes. Me pondré con él en cuanto esté instalada.

—Eso espero.

Ya en el avión, Mac no pudo evitar preguntar a qué se refería.

—No lo habrás dibujado desnudo, ¿verdad? Me amenazó con algo así hace tiempo.

—Pues sí —le contesté, desafiante—. ¿Tienes algún problema con eso?

Se cruzó de brazos mientras torcía el gesto, enfurruñado, pero no dijo nada al respecto. Tenía que acostumbrarse a estas cosas, y a confiar en mí si quería que nuestra relación se convirtiera en algo serio y sólido.

—Ningún problema. Confío en ti —gruñó, como para convencerse a sí mismo.

Yo lo miré, sonriendo, y me cogí de su brazo para apoyar la cabeza en su hombro.

—Bien.

Cerré los ojos y me dejé llevar. Teníamos por delante un vuelo de quince horas, y pensaba pasar durmiendo la mayor parte.

Lo mejor de mi regreso a Cascade, fue el recibimiento de las locas de mis amigas. Clara y Britt estaban allí, con una enorme pancarta de bienvenida. Me abracé a ellas y saltamos juntas, en corrillo. Cuando vieron mi gesto de dolor por los abrazos, no nos quedó más remedio que contarles lo ocurrido. Lo hicimos en el coche, mientras viajábamos de regreso por la carretera.

Intenté disfrazar un poco lo ocurrido, pensando que Mac no querría que la parte de la historia en que era torturado, y que había desencadenado todo aquello, fuese de dominio público; pero cuando empecé a inventarme esa parte, me cogió la mano y negó con la cabeza.

—Puedes contarles la verdad.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Lo besé, porque eso significaba que estaba empezando a superarlo de verdad y quería celebrar el momento como se merecía, y aunque tuvimos que posponer la fiesta privada hasta haber llegado a casa, una vez allí hicimos el amor como locos hasta caer ambos agotados.

Lo peor, llegó al día siguiente, cuando convoqué en reunión urgente a la familia. Mi hermano John intentó poner pegas cuando hablé con él por teléfono, pero me debió oírme tan decidida, que al final no le quedó más remedio que aceptar, aunque fuese a regañadientes.

Por la tarde, los cuatro nos sentamos a la mesa en la casa en la que nos

habíamos criado y que había sido mi hogar durante toda mi vida.

—Espero que esta reunión sea para decirnos que has recuperado el sentido común y vuelves a hacerte cargo de los almacenes —gruñó mi padre con cara de pocos amigos.

—No, papá. Lo siento, pero no. Esta reunión es para poner las cosas claras. No voy a volver a hacerme cargo del negocio familiar. Nunca lo he querido, y lo hice solo por respeto y porque alguien tenía que hacerlo, ya que mi hermano había decidido largarse a hacer su vida.

—Si tengo que escuchar tantas tonterías, me largo —protestó John.

—Tú no te vas a ningún lado —le dije, mirándolo con seriedad.

—Hannah...

—Silencio. Todos. Por una vez vais a escucharme sin interrumpirme ni rechistar. Papá —le dije, mirándolo a los ojos—. Te quiero. Igual que a mamá. Pero no podéis intentar encadenarme de nuevo a algo que no quiero. Quiero pintar, es lo que siempre he querido, y es lo que voy a hacer. Y eso no me va a dejar tiempo libre para dedicarlo a la tienda. John, eres tonto. Tus sueños de grandeza te hicieron marchar de Cascade. Lo entiendo, intentaste conseguir lo que querías, pero no ha salido bien. Ahora mismo, estás atado a un trabajo mediocre que te da un salario mediocre. Un trabajo que, además, odias y te amarga la vida. Pero eres incapaz de aceptar la derrota y ver que tienes una gran oportunidad delante de tus propias narices, en forma de Almacenes Summer. Toma. —Saqué un legajo de papeles del bolso. Hacía apenas un rato que había pasado por casa de los señores Rayne. El padre de Mac era nuestro contable desde siempre, y había preparado aquel informe a toda prisa en cuanto le llamé por teléfono desde Venecia—. Esto es el informe económico de los almacenes Summer del último año. Échale un vistazo. Mira las cuentas. Pero, sobre todo, mira los beneficios. Si vuelves a Cascade para hacerte cargo de los almacenes, serás tu propio jefe. No tendrás que aguantar a nadie que te dé órdenes. Papá ya ni pincha ni corta en esto. —Lo corté con un gesto cuando este intentó interrumpirme para protestar. Mamá le dio un pellizco para que se callara, y tuve que aguantarme las ganas de reír cuando vi la cara de sorpresa que puso él—. Así que no tendrás que darle explicaciones ni pedirle permiso para nada. Por mi parte, si te comprometes a trabajar duro, yo tampoco te pondré pegas a las decisiones que tomes. Si me pides consejo, te lo daré. Sino, me mantendré al margen y las aceptaré.

»Además, tienes dos hijos a los que a duras penas puedes ver ahora

mismo por culpa del trabajo, y te dejas un dineral en niñeras para que se ocupen de ellos mientras estás trabajando. Desde que te divorciaste, tienes que vivir en un piso pequeño, y de alquiler, porque no puedes permitirte comprar otra casa. Dime, ¿no sería mucho mejor para todos si os venís a vivir a Cascade? Puedes vivir con papá y mamá, que te ayudarán con los niños más que encantados. O puedes alquilar una casa de verdad, no cuatro paredes mohosas con una ventana cochambrosa que da a una pared. Tendrás un buen sueldo como director y, además, tendrás la mitad de los beneficios anuales.

—Bueno, visto así...

—¿Es que hay otra manera de verlo? Todos salimos ganando, John, sobre todo, tú.

Sí, fui convincente. Tanto, que al cabo de una semana ya estaba instalado temporalmente en casa de nuestros padres, mientras buscaba una casa a la que mudarse.

Y yo, por fin pude respirar tranquila y dedicarme a acondicionar mi nuevo estudio en casa de Mac.

¡Ah!, por cierto. Mis padres estuvieron encantados al saber la noticia de que Mac y yo estábamos juntos. Les hizo menos gracia cuando supieron que no tenía intención de casarme con él, por lo menos de momento.

Pero es que Mac iba a estar a prueba durante mucho, mucho tiempo. No fuese a pensar que me tenía segura a su lado y dejase de esforzarse por mantenerme feliz.

Antes, tenía que resarcirme con creces de todos los sinsabores que me había causado.

## Epílogo

Lo había terminado, por fin. Después de semanas batallando con él, porque fue más una batalla que otra cosa, por fin había terminado mi primer cuadro de esta nueva vida.

Me aparté del lienzo para poder verlo bien en perspectiva. No estaba mal. El hombre desnudo tumbado sobre el diván parecía casi real. Sonreí con picardía. Era guapo, mucho más con ese rostro relajado y los ojos entrecerrados prometiendo mil placeres prohibidos.

Estaba segura de que iba a gustarle.

Oí llegar a Mac y me apresuré a taparlo todo. No quería que él lo viera todavía porque no sabía cómo reaccionaría. Quizá se enfadaría conmigo, o quizá no. Había cambiado mucho, esa era la verdad. Se mostraba feliz y alegre. Me había acostumbrado a verlo y oírlo reír, a sus bromas pícaras, y a sus arrebatos de pasión.

La última fue en el mismo estudio. Tuve que tapar el lienzo a toda prisa cuando entró por sorpresa. Me agarró sin decir palabra, me besó hasta aturdirme, y follamos sobre la mesa de trabajo, tirando al suelo frascos, botes, pinceles y tubos de pintura. Acabamos ambos manchados, pero no nos importó. Nos metimos en la bañera, juntos, y volvimos a hacer el amor.

—¡Hannah!, ¿estás en casa?

—¡Estoy arriba!

La casa, de dos plantas, era inmensa, así que había escogido la habitación que daba a la parte de atrás, y la habíamos remodelado para ponerle un ventanal bien amplio para que entrara mucha luz natural.

—¡Subo!

—¡No, ya bajo!

Antes de que terminara de decirlo, Mac estaba en la puerta, justo cuando acababa de tapar el lienzo. No me había pillado por poco, otra vez.

—Esa pintura me trae de cabeza. ¿No será la que le prometiste al italiano, verdad?

—No voy a decírtelo.

Sabía que seguía teniendo muchos celos de Dante, aunque se los aguantaba y no los manifestaba.

—Eres cruel conmigo —se quejó, sonriendo.

—¿Y no te lo mereces?

—Totalmente.

Me cogió por la cintura y me atrajo hacia él para besarme. Como siempre, perdí el mundo de vista. Solo existía él, su tacto, su lengua, su olor tan característico, que me obnubilaba sin remedio. Fue por eso que no me di cuenta de sus intenciones hasta que fue demasiado tarde.

Se quedó quieto, rígido como un poste, y yo abrí los ojos, parpadeando sorprendida, para mirarlo.

Estaba mirando detrás de mí, justo donde estaba el lienzo. Había tirado de la sábana que lo cubría para destapararlo y ver qué se escondía detrás.

—Soy... —dijo, emocionado, pero no pudo terminar la frase.

—Sí, eres tú. ¿Te gusta?

Había hecho trampas. Quizá Dante se molestase cuando le dijera que no iba a pintarle a él, que los esbozos que había tomado, los había usado como referencia para pintar a Mac. Bueno, quizá esa segunda parte no se la diría.

—Pero... ¿cómo lo has hecho? No he posado para ti.

—No necesito que poses. Tengo cada curva de tu cuerpo, cada músculo, cada cicatriz, grabada en mi memoria. Simplemente te he estado observando y después lo he plasmado en el lienzo.

—Veo que te has fijado bien en todos los detalles —murmuró con picardía señalando el pene erecto en el lienzo.

—Por supuesto que sí. Soy una profesional. ¿Dónde quieres que lo colguemos? A mí me encantaría ponerlo en el vestíbulo, para que fuese lo primero que viesen las visitas.

—¿¡Qué!?! ¿Estás loca? —se escandalizó, y yo me eché a reír a carcajadas.

—Madre mía, si te vieras. Están a punto de saltársete los ojos de las órbitas.

—Hannah, lo digo muy en serio. Por ti soy capaz de cualquier cosa, pero eso, no. Nunca. Jamás de los jamases.

—¿De veras? —le pregunté mordisqueándole la mandíbula—. ¿Estás seguro?

—Muy seguro.

—Pues tu voz titubea.

—No, es firme y segura —pero acabó soltando un gemido cuando le acaricié el miembro por encima del pantalón del uniforme—. Eres malvada. Ponlo donde quieras. Seré el hazmerreír del pueblo, pero no me importa con tal de que sigas acariciándome así.

—Lo pondremos en nuestro dormitorio, tonto. No querría tener que arrancarle los ojos a ninguna amiga.

—Eres una provocadora...

Terminamos llenos de pintura, otra vez. Pero ninguno de los dos se quejó lo más mínimo.

Más novelas Sweetystories

RANCHO TRIPLE K

de Laia Sinclair

[Mientras esperas](#)

[Mientras sonrías](#)

[Mientras estás sola](#)

[LA DAMA DE BLACKMOORE](#)

de Eleonora Crane

[COMO CAÍDA DEL CIELO](#)

de Kattie Black

EL CLUB DE LAS CUATRO

de Angélica Bovarí

[Malos presagios](#)

[Échale la culpa al Karma](#)